



Pío Baroja
EL MAYORAZGO DE LABDAZ

Lectulandia

El argumento de *El Mayorazgo de Labraz* es folletinesco: Don Ramiro, que se ha fugado con la esposa de su hermano Juan, trae a ésta gravemente enferma a Labraz. En seguida inicia relaciones con Micaela, la sobrina de don Juan al cuidado de la enferma. Antes de desaparecer con su nueva amante, roba el tesoro de la iglesia y suministra a la enferma una sobredosis, con el fin de unirse a Micaela sin impedimentos.

Sin embargo, por debajo de la trama ramplona y vulgar, se despliegan y se discuten ideas como es consustancial a las novelas de Baroja. Así podemos ver el enfrentamiento secular, preludio de lo que estallaría años después, entre las viejas ideas conservadoras, cercanas al carlismo y reaccionarias ante el progreso, y las ideas modernas, liberales, socialistas y llevadas, por oposición a sus contrarias, al exceso; vemos cómo estas dos concepciones del mundo se van radicalizando y entre ellas se abre un abismo infranqueable.

Lectulandia

Pío Baroja

El Mayorazgo de Labraz

Tierra vasca - 2

ePub r1.1

Artifex 07.12.2014

Título original: *El Mayorazgo de Labraz*

Pío Baroja, 1903

Imagen de cubierta: *Rincón de Labastida*, de Pablo Uranga (1861-1934)

Editor digital: Artifex

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

LABRAZ

De un cabo la cerca el río
y del otro la atalaya;
del otro catorce cubos,
del otro la barbacana.

ROMANCERO DE LABRAZ

Una tarde de Agosto fui a visitar Labraz, pueblo de la antigua Cantabria. Me habían dicho que era una ciudad agonizante, una ciudad moribunda, y mi espíritu, entonces deprimido por la amarga tristeza que deja el fracaso de los ensueños románticos, quería recrearse con la desolación profunda de un pueblo casi muerto.

La ciudad apareció a lo lejos, con su caserío agrupado en la falda de una colina, destacándose en el cielo, con color amarillento, con traza humilde y triste; algunas torres altas y negruzcas se perfilaban enhiestas entre la masa parda de sus tejados torcidos y roñosos.

Fui acercándome a Labraz por una carretera empinadísima, llena de pedruscos, que subía primero y rodeaba después el recinto amurallado de la población, los restos de baluartes que aún se conservaban en pie, las antiguas fortificaciones derruidas que iban subiendo y bajando por los desniveles de las lomas, por los riscos y barrancos que circundaban la ciudad.

Desde la escarpa del foso nacía el césped que terminaba en la empalizada, como alfombra de un verde oscuro y brillante.

Atravesé un puente de piedra tendido sobre un río seco. Por la margen izquierda de éste, y por encima de un talud, partía una barbacana que, torciendo a la derecha, iba sosteniendo un camino en cuesta que terminaba en un portal negruzco con su puente levadizo, que daba acceso al recinto de la población.

Pasado el puente se hallaba una puerta de una sola pieza, de madera ya carcomida, que se deslizaba de arriba a abajo entre dos ranuras y que tenía como refuerzo clavos de hierro y enormes cerrojos.

El portal concluía en un pasillo estrecho y lleno de aspilleras en las paredes, que daba entrada a una plaza empedrada con losas, entre cuyas junturas nacían hierbas de aspecto enfermizo. Entre el pasillo y la plazoleta había otra puerta de tablas.

Era Labraz un pueblo terrible, un pueblo de la Edad Media. No había calle que no fuese corcovada, las casas tenían casi todas escudos de piedra. Casi todas eran silenciosas y graves; muchas estaban desplomadas, completamente hundidas.

En alguno que otro portal dormitaba alguna vieja; pasaba un mendigo tanteando el suelo con la blanca garrota, y los perros famélicos corrían por el arroyo.

Había cuatro o cinco iglesias arruinadas; algunas convertidas en pajares.

Me detenía a veces contemplando casas de piedra sillar de arco apuntado; Había otras con el piso principal ventrudo y saliente, sostenido por canecillos tallados en el extremo de las vigas que sobresalían a la altura del techo del piso bajo: otras ostentaban ventanas con rejas labradas y ajimeces con molduras que seguían los contornos de puertas y balcones.

El pueblo tenía una plaza grande, la Plaza Mayor, a uno de cuyos lados estaba la Casa de la Ciudad, hermoso palacio plateresco, con seis balcones de gran vuelo, un ático y un escudo redondo sobre el arco de entrada. En medio de la plaza había una fuente con su abrevadero.

Las casas de la plaza tenían soportales, cuyo piso hallábase más alto que el del centro de la misma; en el fondo de los arcos veíase alguna que otra tiendecilla estrecha, pañerías en las que se amontonaban telas y mantas, y cererías en cuyo escaparate estaban en orden admirable exvotos, velas rizadas, adornos hechos de azúcar, y dulces, ya fósiles, cubiertos de grajea descolorida.

Desde la Plaza Mayor, las calles subían, empedradas con cantos, hasta otra plaza, limitada de un lado por los vetustos paredones de una iglesia, de otro por las altísimas paredes de un convento y de otro por una vieja casa solariega.

Tenía la iglesia un atrio, a su lado una explanada con acacias y bancos de piedras, y un balcón desde el cual se dominaba el pueblo.

Desde allá arriba se veía Labraz alrededor de una gran torre, como un montón negruzco de tejados con sus chimeneas blancas y sus casas medio derrengadas.

Al rededor se extendían terrenos calizos; luego un extenso panorama de montes pelados y lomas desnudas rojas y blancas que se iban sucediendo, formando ondulaciones como las olas del mar; cerca del pueblo había huertas, y a orillas del río filas de álamos, que a trechos se espesaban formando bosquecillos verdes.

Más arriba de la iglesia, sobre una loma, aparecían las ruinas de un castillo que se continuaba con la muralla derruida.

Me senté en uno de los bancos a contemplar el paisaje y el silencioso pueblo. Los sonidos de un cornetín de pistón rompían aquel silencio. Eran notas también tristes, de una tristeza cómica.

Sentado en el banco, vi a dos hombres que se acercaban a mí, paseando. Uno de ellos, de barba blanca, andaba apoyándose en el bastón, y miraba con ojos tristes los montes rojizos, los montes blanquecinos que se destacaban a lo lejos, en el cielo azul, limpio y radiante. El otro, afeitado, llevaba el sombrero en la mano; gesticulaba, sonreía y hablaba solo. Parecía entretenerse mucho en el diálogo que tenía consigo mismo.

Los dos se acercaron a donde yo estaba y se apoyaron en el barandado del balcón de la iglesia. Les saludé, y al más triste de los dos, que fue el que paró en mí su atención, le dije: «¿Parece que hay poca vida en este pueblo?»

Y el hombre asintió y sonrió tristemente.

Labraz —dijo, después de muchas digresiones— era en otro tiempo ciudad importante de gran número de vecinos. Desde este cerro en que se asienta dominaba todo el valle; era dueño de las tierras labrantías y de las dehesas de monte bajo y de tomillo que en primavera tapizan el monte con alfombra de violeta.

Del castillo que se yergue ahí arruinado, bajaba la muralla que oprimía al pueblo con un abrazo entre cariñoso y amenazador.

Teníamos hasta siete parroquias, y en lo quebrado del monte, perdido entre grandes pinares centenarios, había un monasterio de cartujos, rodeado de cabañas para los peregrinos penitentes.

Algunos días bajaban los monjes con sus hábitos blancos y sus barbas más blancas todavía, o iban pidiendo limosna de puerta en puerta por las calles tortuosas.

Al otro lado de la montaña, en chozas humildes, habitaban leñadores y cabreros medio salvajes, de aspecto primitivo y hablar desaliñado y tosco.

En nuestra ciudad, los hidalgos vivían conforme a su condición. Los pobres tomaban la leña que necesitaban en los pinares de los frailes y trabajaban en las heredades de los ricos.

La desamortización echó a los cartujos del monasterio; cambiaron las costumbres, vinieron nuevos usos, nuevas ideas; las familias hidalgas se arruinaron o huyeron a la capital; las nobles casas solariegas sirvieron de pajares; Labraz empezó a despoblarse, y como los carros y las recuas no transitaban, se descuidó la carretera.

Mientras tanto en Chozas, en el lugar de los leñadores y cabreros medio salvajes, se levantó una fábrica de aserrar madera, luego otra y otra, y se formó un pueblo con sus casas blancas y sus tejados rojos, a donde fueron a vivir los madereros enriquecidos con la venta de los pinares del monasterio y con la tala de nuestros montes.

Labraz vendió todos los árboles de los alrededores. El pueblo que antes vivía de la agricultura y de la ganadería al mismo tiempo, trató de vivir sólo de la agricultura; se roturaron todas las tierras, se labró más terreno que el que buenamente podía cultivarse y todo quedó mal cultivado.

Un día vinieron a Labraz los contratistas del tren. El alcalde, un hombre enemigo de todo progreso, dijo que el ferrocarril incendiaba las mieses, que suprimía la carretería y no quiso que la línea pasase por Labraz; en cambio, los de Chozas trabajaron para que el tren cruzase por su pueblo y lo consiguieron. Después se presentaron en Chozas ingenieros con anteojos y trípodes, midieron unos sitios, plantaron estacas en otros; al cabo de algún tiempo, un mundo de obreros hicieron túneles y trincheras, y pasaron los trenes bramando y echando humo.

Chozas aumentó de tamaño, tuvo una bonita estación y alumbrado por la noche; en cambio, Labraz se fue arruinando, le quitaron a la iglesia la dignidad de colegiata,

trasladaron el juzgado a Chozas y de aquí se fue todo el mundo.

De los hidalgos sólo quedó uno, quizás el de la familia más antigua, el hidalgo don Juan de Labraz.

—¿Y nosotros? —preguntó el anciano que gesticulaba y hablaba solo, con un acento marcadamente extranjero—. ¿No somos hidalgos?

—Pero no somos de aquí.

—¡Ah! No importa.

—¿Y vive en Labraz todavía ese hidalgo? —pregunté yo.

—Sí, en una de las casas de la plaza pequeña, al lado de esta iglesia; es la que tiene un gran escudo en la puerta.

Me despedí de los dos señores y fui a la plaza. La casa del hidalgo era grande, vieja, de piedra sillería. Tenía ventanas y balcones con adornos del Renacimiento y una puerta plateresca con un escudo nobiliario. Encima del escudo un capacete heráldico empenachado con plumas y lambrequines ondulantes se elevaba hasta encuadrar el hueco del balcón y abría la visera como una boca mellada. El liquen verdinegro sombreaba el tosco relieve carcomido.

En el último piso, la casa tenía una galería de arcos, tapiados con maderos, ladrillos y paja. Uno de los balcones del primer piso estaba lleno de tiestos y de cántaros rotos con tierra en donde nacían geranios rojos y pálidos, que caían como una cascada de sangre sobre la fachada gris de la casa.

Contemplaba aquella plazoleta desierta cuando oí el retumbar de las campanas, y aparecieron poco después una docena de personas en el pórtico de la iglesia. Entre ellas salió un anciano alto y corpulento acompañado de una mujer esbelta, vestida de negro, con el cabello entrecano. El hombre alto y hercúleo andaba vacilante, con la cabeza para abajo.

Pasaron junto a mí y oí que preguntaba el hombre:

—¿Hace buen día?

—Sí, muy hermoso.

Me intrigó la pregunta, contemplé con curiosidad al anciano y vi, al levantar éste la cabeza, que tenía la cara picada de viruelas y las órbitas de los ojos vacías.

La mujer me miró con atención. Era de una simpatía extraordinaria. Les vi a los dos que atravesaban la plaza y paseaban al sol un momento. Por no parecer importuno me marché de allí a recorrer el pueblo. Al pasar por una plazoleta con árboles me detuve a contemplar la escuela, por sus ventanas abiertas.

No sé por qué una escuela me produce una gran melancolía: aquellos cartelones de letras grandes, los mapas, las mesas negras con sus tinteros, me recuerdan la infancia, un prólogo de la vida casi nunca agradable.

Estaba en mi contemplación melancólica cuando uno de los señores con quienes había hablado en el balcón de la iglesia, el que tenía acento extranjero, me dijo:

—¿Le gusta a usted Labraz?

—Mucho.

—¿Es usted artista?

—Aficionado nada más.

—Si quiere usted pasar le enseñaré algunos cuadros viejos bastante buenos. Ésta es mi casa —añadió señalándome una con un parral, cuyo tronco estaba protegido por cuatro paredes—. He tenido que proteger mi parra. Es lo que no les perdono a los de Labraz; el odio que tienen a los árboles.

Precedido de aquel señor atravesé un zaguán y subí por la escalera hasta llegar a una habitación grande con dos balcones. En las paredes había cuadros hermosos: uno de Tristán, el retrato de un fraile; y otro de Ribera, oscuro y tétrico, el martirio de un santo a quien estaban desollando. En un papel, pegado al marco del cuadro este, había versos en francés:

*Il est des coeurs épris du triste amour du laid,
tu fus un de ceux-là, peintre a la rude brosse
que Nape a salué du nom d'Espagnolet.*

THÉOPHILE GAUTIER.

Había también en el cuarto estatuitas de talla, algunas preciosas.

Visto todo, me preparaba a marcharme cuando el señor me dijo que se alegraría de que le acompañase a comer.

—Yo —me dijo por vía de presentación— me llamo Samuel Bothwell Crawford y soy inglés.

A mi vez me presenté a mí mismo y pasamos él y yo al comedor.

Durante la comida no hablamos más que de pintura y de Labraz. Bothwell Crawford sentía un odio furibundo contra Inglaterra; los pintores, sobre todo los prerrafaelitas ingleses, le indignaban, les negaba toda condición de talento pictórico. Yo contradije todas sus opiniones y afirmé que aunque no había visto más que fotografías de los cuadros de Rossetti, de Madox Brown y de los demás, creía que eran espíritus superiores y hombres de un grandísimo talento.

La contradicción pareció gustar al inglés, y a los postres, sacó una botella de Jerez, y llenando dos copas, exclamó:

—Ahora, como dice Swiveller, bebamos el vino rosado de la amistad y cantemos aquella antigua balada popular que dice: «Lejos de mí cuidados enojosos.»

Recordé que aquel Swiveller era un tipo de Dickens, del *Almacén de Antigüedades*, y le pregunté al inglés si no creía que el novelista autor de *Pickwick* era un escritor admirable.

—Sí, —me dijo muy serio—, era un buen samiota. Bebamos a su salud.

—¿A la salud de uno que no existe? —pregunté yo.

—¿No existe en sus obras más que la mayoría de los hombres que viven, más que tanto coleóptero que nada significa?

Bebimos a la salud de Dickens el vino rosado de la amistad.

El segundo *toast* fue en honor de Ribera, aquel gran espíritu sombrío a quien el inglés admiraba más que por nada por poseer uno de sus cuadros.

Dirigimos después nuestros brindis a todos los maestros de la pintura española, y viendo que el inglés dividía a los hombres en viles samiotas y buenos samiotas, brindé por aquel buen samiota que se llamó Dominico Theotocopuli, el Greco.

Saludó el inglés y bebimos.

Después brindamos por Zurbarán, por Berruguete, por Pantoja de la Cruz, por Goya, y vaciamos dos botellas de Jerez.

Al último, Bothwell Crawford poniéndose en pie con la copa en la mano, y después de rogarme que me levantara, dijo:

—Brindemos ahora por aquel gran caballero, por aquel gran samiota, pintor único, que se llama don Diego Velázquez de Silva.

Concluimos la última botella con este brindis, y el inglés me dijo en confianza que la literatura española le parecía despreciable.

—Pero Cervantes...

—¡Peuh!

—Quevedo...

—¡Psé! Entre los escritores españoles, los únicos que me gustan son el autor de *La Celestina*, el hidalgo de la Oda a su padre, y aquel clérigo que cuenta que llegó a un prado

Verde e bien sencido, de flores bien poblado,

Logar cobdiciaduego para ome cansado.

No discutí los gustos arcaicos del inglés, e iba a despedirme de él cuando me dijo que había escrito una novela cuya acción pasaba en Labraz y cuyo personaje más importante era el hidalgo ciego, del cual su amigo me había hablado por la mañana. Añadió que si me interesaba la novela me la prestaría; le contesté que tendría mucho gusto en leerla, y el inglés sacó de un armario un paquete de cuartillas atadas con cinta roja, y me las entregó. Yo no me decidí a leerlas hasta pasado algún tiempo. Hoy las transcribo sin poner ni quitar nada de mi parte.

LIBRO PRIMERO

LOS VIAJEROS

Estrella del crepúsculo que resplandeces soberbia en Occidente, que asomas tu radiante faz por entre las nubes y te paseas majestuosa sobre la colina... ¿qué miras a través del follaje?

OSSIAN

Avanzaba la noche; el cielo estaba negro, la luna llena salía del seno de un nubarrón negruzco para volverse a ocultar; el viento soplaba fuertemente, y aquel correr de las nubes por el cielo daba un extraño y fantástico aspecto al paisaje.

Tan pronto dominaba la oscuridad como brillaba la luz clara de la luna, y aparecían en el suelo las grandes sombras de los matorrales.

En la tierra, endurecida por la helada, veíanse carriles hechos por ruedas de carros... A la luz de la luna, o al vago resplandor de algunas estrellas, siguieron los viajeros aquellos surcos del camino, el cual tan pronto se dividía en sendas, como terminaba en lugares yermos, poblados de matorrales de berceo y de retama.

Se borraron las sendas, se ocultó la luna, y los viajeros toparon con un río que se deslizaba por un lecho de piedras.

Eran los viajeros un hombre y una mujer, jinetes en caballos escuálidos; cuando la luna aparecía, podía notarse que el hombre era alto, delgado y esbelto; de la mujer, montada sobre jamugas y envuelta en un mantón, no se advertía más que la borrosa silueta.

—Estamos desorientados —murmuró el hombre tranquilamente—; nos hemos debido de perder.

—¿Tendremos que atravesar el río?

—No habrá más remedio.

—¿Y no hay puente? —preguntó la voz débil de mujer.

—No.

—¿Será muy hondo?

—Ya veremos.

El hombre metió su caballo en el río, pasando por encima de altos juncales, y agarró al otro caballo de la brida.

El agua se fue haciendo cada vez más profunda y la corriente más impetuosa.

Los caballos, hundidos hasta los flancos, hincaban desesperadamente sus herraduras entre las piedras del cauce.

Alguna estrella brillaba en el fondo terso y negro del río, sobre todo en los remansos en donde el agua parecía inmóvil. En la inmediata presa resonaba con rumor de misterio la corriente.

Después de pasar el vado, halláronse los viajeros con otra vena del río, y enfrente

con la orilla opuesta, que se levantaba como un muro escarpado e impracticable.

Siguieron andando en medio de las dos corrientes, entre mimbrales negruzcos y charcos helados que brillaban pálidamente a la luz vaga de la noche.

De pronto un puente de tablas largo y estrecho se presentó ante los ojos de los viajeros; parecía la blanca osamenta de algún animal fabuloso.

Cruzaron los dos jinetes el puente, y por un camino de herradura, que entre breñas y matorrales había, subieron hasta la cumbre de un peñascal.

Se ocultó la luna.

—Hay que ir hacia allá —dijo el hombre—, en dirección de aquella estrella; ¿no te parece?

—No sé, no recuerdo —murmuró la voz débil de mujer.

—Yo no tengo el sentido de la orientación —añadió el hombre con indiferencia.

A espaldas de los viajeros, al salir la luna, se presentaba blanco, como de plata bruñida, un monte ceñudo por encima de quebradas lomas y de ingentes peñascos.

Al bajar a una hondonada profunda, cuenca llena de juncas y de retamares, el camino se bifurcó en sendas de ganado, y las sendas se perdieron. La luna se ocultó tras de una nube y brilló en el cielo una estrella con su luz blanca.

—¡Es una bonita situación la nuestra! —murmuró el hombre irónicamente—. Con esto y con que Juan no nos quiera recibir, nos hemos lucido.

La mujer no contestó.

—¿Tú crees que Juan nos recibirá bien? —repuso el viajero.

—No sé, Ramiro —dijo la mujer con voz apagada.

—Hay cosas que un hombre no olvida.

—Pero puede perdonar.

—Sí, es muy bueno nuestro hermano —añadió él con ironía.

Los caballos continuaban chapoteando en el suelo pantanoso a medio helar. El viento frío y recio pasaba tendiéndose por el hondo y yermo descampado.

—Vamos a subir a una de esas lomas a ver si desde ellas se distingue algo.

Hiciéronlo así; atravesaron la desierta cañada y allí, oteando desde la altura, vieron a sus pies otra garganta más lóbrega, llena de matorrales que semejabán puntos negros que esmaltaban las vertientes esclarecidas por el pálido resplandor de las estrellas.

—Vamos en dirección de ese lucero —murmuró el hombre—; ya que no tenemos rumbo, no andemos dando vueltas, siquiera iremos a alguna parte.

Ante ellos veían la eterna sucesión de colinas iguales, bombeadas como caparazones de tortuga, y se destacaban las matas de retama, redondas y negras, y brillaban los charcos helados en las hondonadas.

La sombra confusa de una casa les hizo arrear los caballos con la esperanza de encontrar albergue. Era una majada de pastores; tenía la puerta abierta de par en par.

—Aquí podíamos pasar la noche —dijo el hombre.

—¿Y si hay algún perro de esos de ganado? —preguntó la mujer.

—¡Bah!, le haría callar de un tiro.

—¡Oh! Tengo miedo.

—Entonces, sigamos adelante.

Al cruzar una de las lomas, entraron en campos plantados de viña, con las cepas sin hojas.

Después de los viñedos atravesaron eras de rastrojos.

Una masa negra de árboles se destacó en una loma. Se acercaron a ella, subiendo por una rampa sembrada de pedruscos.

Era una ermita con un atrio. Cerca de ella corría la carretera.

—Estamos ya en el Val —dijo la mujer—. Voy a rezar aquí un momento.

—Como quieras.

La mujer, ayudada de su compañero, bajó penosamente de su cabalgadura apoyando el pie en un poyo que había cerca de la ermita, y se arrodilló en el pórtico. En el fondo de éste, por un ventanillo con rejas, se veía un altar iluminado por una mariposa que nadaba en un vaso de aceite.

Un Santo Cristo de cara muy afligida, con una mata de pelo que le cubría a medias la cara, vestido con enaguillas de terciopelo negro, pendía de una cruz.

Mientras la mujer rezaba, el hombre desmontó, se embozó en la capa y contempló indiferente la ermita. Era una chabola pintada de blanco, con las tejas sujetas por pedruscos, y una campana sostenida por un tinglado de hierro.

Estaba adosada a un arruinado convento, del cual no quedaban más que cuatro paredes; en una de éstas había una puerta rota y carcomida, y sobre ella una lápida que ostentaba grabados símbolos de muerte: la calavera, las tibias y una cruz. Encima de la lápida, para que la idea de la muerte fuese más profunda, veíase un cráneo humano empotrado en la pared entre cuatro ladrillos.

El hombre sonrió burlescamente ante aquellos lúgubres símbolos, y miró por un resquicio de la puerta: se veía un cementerio pequeño iluminado por la luz de la luna; algunos palos rotos, restos de cruces, descansaban sobre las zarzas y la maleza; algunas lápidas blancas se destacaban entre los hierbajos.

Dio la vuelta a las tapias del convento y se acercó de nuevo a la ermita.

—¿Vamos? —preguntó.

—Cuando quieras.

Ayudó a subir a la mujer sobre el caballo, subió después él y echaron a andar por la carretera.

Desde la ermita partía una fila de cruces de piedra, a la mayoría de las cuales faltaba el travesaño.

Cruzaron un poblado, tres o cuatro casas al lado del camino; a la media hora cruzaron otro.

Hacia arriba se veía brillar alguna luz.

—¿Serán luces de Labraz? —preguntó el hombre.

—Sí, creo que sí.

Fueron acercándose al pueblo. Se veía vagamente un montón oscuro de paredones y tejados y se destacaban algunas altas, algunas sombrías torres que levantaban sus campanarios como brazos negros.

En el cielo vagaban densos nubarrones, y tan pronto al aparecer la luna se veía el pueblo con su montón de casas rodeado de la muralla, como el caserío de Labraz se borraba en la oscuridad de la noche.

—Empiezo a recordar todo como si nunca hubiera salido de aquí —dijo el hombre—. Éste es el Hornabeque ¿no es verdad?

—Sí.

Era un paseo con altos árboles que se hallaba cerca de la muralla, en medio de un ancho baluarte.

—Sobre estos cañones solíamos jugar de chicos —añadió él, señalando unos cuantos que estaban colocados sobre viejas cureñas.

Avanzaron los jinetes hasta entrar en un camino con pretiles a ambos lados.

—Vamos deprisa —dijo el hombre—; la puerta está abierta.

Como empotrada en la muralla se veía una bóveda iluminada por un farolillo. El viajero hizo trotar a su caballo hasta acercarse a la puerta. Ya iba el vigilante a cerrar el portal, cuando él, adelantándose, le dijo:

—Un momento.

Avanzó la mujer con su caballo, y los dos viajeros atravesaron el portal, luego el estrecho pasillo, y entraron en el pueblo.

La calle subía en cuesta; a su comienzo no había más que casuchas y barracas, luego las casas eran grandes. Pronto desembocaron en una plaza.

Por una calle en cuesta que partía de ella, veíase la torre de la Colegiata; negra, erguida, como un centinela gigante, aparecía entre un montón de tejados.

—Ya estamos —murmuró la mujer con voz más desfallecida que nunca.

—Descansaremos aquí un momento —repuso el hombre.

Y delante de una casa que tenía un soportal en la fachada, detuvieron los caballos.

Cuando me marché de Londres (he nacido en Kent, aquí donde usted me ve) y me coloqué en esto pueblo, pensé que era éste el rincón más triste y más apartado de toda Inglaterra y que tendría algún mérito en seguir siendo jovial en semejante rincón.

DICKENS, *Martin Chuzzlewit*

Al final de la calle que comienza en la muralla y termina en la Plaza Mayor, calle que se llama de Jesús, y también Cuesta del Patriarca, haciendo esquina, encontrábase la posada de la Goya.

Era un antiguo caserón de piedra hasta el piso principal, y de adobe de éste para arriba.

Por la parte de la plaza daba a los porches y era donde estaba la tienda que era taberna, tienda de comestibles, almacén de vino y no sé si alguna cosa más.

A la calle de Jesús, tenía la casa una entrada grande para carros en forma de arco, y cubriendo a éste un soportal ancho y sostenido por columnas de ladrillo con basas de piedra. La gente de las aldeas inmediatas que subía a Labraz por la calle de Jesús, llamaba a la casa, posada del Soportalico. Este detalle solo, ya bastaba para distinguir un labracense de uno que no lo fuera, como quien dice un griego de un bárbaro; el labracense decía: casa de la Goya; el aldeano de los alrededores: posada del Soportalico.

El comedor de la posada y la tienda tenían honores de casino; por las tardes y por las noches tomaban allí café, o por lo menos una cosa que se llamaba así y que aunque no era muy buena era barata, las personas principales que vivían en la parte baja del pueblo.

Desde el anochecer hasta las nueve y media o diez de la noche, se reunían allí el maestro, dos procuradores, un usurero, el cirujano don Tomás y algunos otros. Unos jugaban al mus con los grasientos naipes abarquillados, dando golpes en la mesa, conquistando a cada tanto una habichuela blanca o colorada y luego se hacía la cuenta en cuartos; otros eran más partidarios del tute y de la brisca; los más aristócratas se dedicaban al tresillo y a la malilla; los más ordinarios tenían predilección por el mus, el guiñote y el gana-pierde; los más viciosos por la timba, el siete y medio y la treinta una; los más misántropos por los solitarios.

El cirujano don Tomás, que vivía en la plaza, solía ir todas las noches a la tienda, cogía el periódico, al cual estaba suscrita la Goya, se calaba las gafas y se enfrascaba de tal modo en la lectura del diario que era inútil preguntarle nada porque no hacía caso.

Además de los que iban a tirar de la oreja a Jorge, de los adoradores de Baco y de

los que acudían a enterarse de las novedades políticas, no pequeñas en aquella época, había otros, jóvenes en su mayor parte, aunque no faltaban algunos carcamales, rendidores del culto de Venus en las personas de Blanca y Marina, hijas ambas de la Goya la posadera.

La Goya hacía en su mesón un buen negocio. Era una mujer rechoncha y guapetona. Romántica en su juventud, había dado mucho que hablar al pueblo con sus amores con los señoritos del barrio alto en la época de la primera guerra civil.

A consecuencia de supuestos deslices, la Goya a los veinticinco años llevaba camino de quedarse para vestir imágenes, cuando su padre, que era dueño de un mesón, arregló la boda de la muchacha con un mozo vascongado, criado de la casa, bastante filósofo y despreciador de las pompas y vanidades mundanales para no tomar en cuenta las hablillas del pueblo y casarse con la Goya.

Domingo Chiqui, por la unión de su nombre y de su apodo se le conocía al marido de la posadera, ofendió durante muchos años los sentimientos caballerescos de la ciudad de Labraz.

Era un mozo cuando se casó ya entrado en años, más bien bajo que alto, alegre y mentiroso, ligero para el trabajo como una barra de plomo, con un estómago sin fondo como la legendaria tinaja de las Danaides, una nariz en arco de medio punto y una nuez de la garganta tan saliente y en forma tal de gancho que iba desesperadamente en busca de la nariz.

Domingo Chiqui era de esos hombres que tienen fantasías.

Había resuelto el problema de vivir sin trabajar, y esto le ocasionaba un entusiasmo y una jovialidad tales que, cuando encontraba algún paisano de su cuerda en el que adivinaba una despreocupación y una alegría semejantes a las suyas, le contaba en vascuence la odisea de su prosperidad, interrumpiéndose a cada momento para reírse con una risa gangosa, o para lanzar extraños ronquidos.

Hablaba Domingo Chiqui el castellano bastante bien, y si acostumbraba a decir *el serpiente, narices torcidos, el sartén* y otras concordancias vizcaínas, era sólo en aquellos casos en que por un motivo cualquiera se veía obligado a expresarse con más viveza de la que tenía por costumbre.

La fantasía de Domingo Chiqui se manifestaba tanto en sus palabras como en sus libros de cuentas, en donde apuntaba con letras azules muy gordas y muy mal hechas el gasto de la casa y el de paja y cebada de los arrieros.

Llamaba Domingo Chiqui a los de Labraz, y en general a todos los que hablaban castellano, *Belarrimochas*, que en vascuence quiere decir *Orejas cortas*, y esto debía de tener para él más interpretaciones que la Biblia, porque tan pronto lo decía con sorna, como con desdén o con ironía, lanzando ronquidos y guiñando los ojos.

Mientras Domingo Chiqui dirigió la nave de la posada, la cosa marchó muy bien, y aún de noche solía haber gente en la tienda hasta muy tarde.

Si pasaba algún francés por el pueblo tocando el organillo, le hacía entrar y oían los parroquianos trozos de la *Favorita*, de *Marta* y otras canciones románticas.

Se reprochaba en el pueblo a la posada de la Goya, el ser albergue de liberales, y este carácter se lo daba la presencia frecuente de Perico Armentia.

Perico era uno de los liberales del pueblo. Para él, ser liberal era sinónimo de tosco y franco. Tenía unas viñas y unas tierrecillas que le daban para vivir y se dedicaba a asombrar al pueblo. Llevaba los bigotes formidables, el pelo crecido; vestía trajes anchos, un sombrero grande y un garrote enorme.

Otro de los amigos de Domingo Chiqui y de Perico era el panadero que vivía en la plaza, enfrente. Solía aparecer en la puerta de la taberna en camiseta, después de haber cruzado la plaza con los brazos y el pecho al aire, aun en el rigor del invierno.

«¿Que hay, Domingo?», solía decir.

Y Domingo Chiqui ya tenía preparada alguna gracia para espetársela; soltaba el panadero el trapo a reír y charlaban los dos un rato.

«Ahí he dejado a mis hermanas amasando; dentro de un momento voy a ir a cocer.»

Pero el amigo más constante de Domingo era un paisano que tenía un juego de bolos.

Era el paisano un tipo muy serio y muy triste, que hablaba muy poco y con un tono desdeñoso e indiferente. Parecía un hombre disfrazado, tenía una barba que cualquiera hubiese dicho que era postiza. Llevaba unos trajes claros y unos sombreros inverosímiles, y unido todo esto a su aspecto serio y misterioso, le daba el aire de un conspirador disfrazado para asistir a algún espantable conciliábulo.

El del juego de bolos parecía que tenía que cobrar diariamente cierto tributo en copas de vino, y hasta que no lo cobraba no se iba, con gran desesperación de la Goya.

Cuando hablaba aquel hombre tétrico era para hacer una apuesta sin ton ni son. Decía alguno:

—Perico ha comprado una mula de cuatro años que le ha costado sesenta duros.

—¡Ca! —decía él.

—¿Que no?

—Esa mula ni ha costado sesenta duros ni tiene cuatro años.

El otro, que había visto los dientes de la mula y había presenciado la compra, porfiaba que era verdad, y entonces el hombre tétrico echaba mano a la faja, sacaba una bolsa verde y decía:

—¡Cinco duros apuesto a que no es verdad!

Generalmente, el que había presenciado la compra se callaba porque suponía que alguna razón tendría aquel hombre para porfiar así.

Con el panadero, el hombre tétrico tuvo una apuesta que perdió. Había dicho el panadero que era capaz de entrar en el horno de su casa y de poner sobre las baldosas caldeadas dos panecillos, y cuando estuvieran cocidos entrar y sacarlos.

Aseguró desdeñosamente el del juego de bolos que esto era imposible, y el panadero ganó la apuesta en presencia de diez o doce personas.

A los diez años de casado Domingo Chiqui murió, quizás de una indigestión de buena vida, dejando dos niñas a la Goya.

No se recordaba en el pueblo enfermedad ni muerte más alegres que la del marido de la patrona. Sus amigos iban a visitarle al cuarto donde estaba postrado en cama y no parecía sino que la enfermedad le había aguzado el ingenio y la gana de decir chistes, pues a cada paso soltaba uno en su lengua enrevesada, y en la alcoba, en vez de lamentos, se oían risas, y en vez de rostros alargados y tristes, caras alegres y ojos maliciosos y brillantes.

En la agonía hizo perder la seriedad con sus ocurrencias al cura que fue a confesarle, consoló a sus amigos haciendo una descripción grotesca del camino del purgatorio, por donde él tendría que pasar, contó cómo le diría a San Pedro que aunque tabernero había bautizado pocas veces el vino, y cuando ya estaba en las últimas, recordando que en Guetaria, su pueblo, cuando las madres bailaban a los chiquitines al son del tamboril, al concluir la música, decían en mal castellano: «¡Acabo plan, plan!», haciendo un esfuerzo sobre sí mismo y venciendo la rigidez de sus músculos, quiso soltar su última gracia.

«Acabo plan, plan», murmuró, hizo su guiño característico, lanzó un ronquido burlón, y volviendo la cara hacia la pared, quizás para que no se notara en ella un gesto de dolor o de angustia, se murió.

La Goya, después de muerto su marido comenzó a sentir por él cierta veneración respetuosa, que se aumentaba al oír los elogios de los amigos por el difunto. El romanticismo y el instinto novelero de la patrona halló pasto abundante en los libros por entregas que comenzaban a circular por el pueblo.

Las dos hijas, Blanca y Marina, de ocho y de cinco años respectivamente a la muerte de su padre, crecieron y llegaron a ser dos hermosas muchachas. La mayor, Blanca, tenía cierto lejano parecido con su padre, la nariz algo larga, la cara ovalada, sólo que lo que era caricaturesco en Domingo era noble y bien modelado en su hija.

Blanca tenía un carácter, tranquilo, sereno y reposado, era una excelente mujer de su casa, y gracias a ella todo marchaba en orden y a su punto en la posada.

Desde niña casi, Blanca tenía amores con Antonio Bengoa, un sobrino de don Diego de Beamonte, el cual era hidalgo de campanillas del barrio alto, descendiente de casa ilustre, entonado y orgulloso.

Antonio de Bengoa quería a Blanca con verdadero entusiasmo, y como se hallaba seguro de que su tío no había de dejarle casar con la hija de la mesonera y estaba convencido de que si se casaba con ella, don Diego le iba a desheredar, estudiaba en Madrid para boticario y pensaba casarse con su novia inmediatamente que concluyese la carrera.

Tipo opuesto al de Blanca era el de Marina, la otra hija de la Goya; parecía haber heredado todos los instintos de su madre; tenía la misma ansiedad romántica, un desprecio enorme por lo vulgar y lo corriente, un anhelo de vivir más, de no enmohecerse en el rincón de aquel pueblo.

Mientras su hermana trabajaba y atendía a todos los cuidados de la casa los más insignificantes y pequeños, Marina solía sentarse a la puerta de la posada y miraba sin ver los aldeanos con sus mulos que cruzaban la plaza, los mendigos con anguarinas pardas que iban pidiendo limosna de puerta en puerta, las mujeres que pasaban con la herrada en la cabeza...

¡Qué odio tenía a todo aquello! ¡Con qué gusto hubiera abandonado el pueblo, la vida de Labraz tan monótona y hubiese huido, huido sin saber a dónde!

Suenan herraduras;
¡Eh!, una luz.

SHAKESPEARE, *Macbeth*

En aquella hora no quedaban en la tienda de los que allí se reunían más que dos jóvenes, ambos galanteadores de la hija menor de la patrona. Estaban además un arriero, un pintor inglés, huéspedes ambos de la Goya, y un viejo medio criado de la casa.

Los dos mozos galanteadores de Marina pertenecían a familias acomodadas de la plaza. Uno de ellos, Galo Armendáriz, hijo de un confitero rico, era alto, moreno, con la cara de color oliváceo, de continente gallardo; vestía una chaqueta con grandes solapas, cuello alto, gran corbata y sobre los hombros una esclavina con un borlón de seda, con el que se entretenía haciéndolo girar sobre los dedos.

El otro, Benito Zárate, estaba más en bruto; era rechoncho y fornido, de cabeza cuadrada y pómulos salientes. Vestía un chaquetón de color negro en cuyos bolsillos abrigaba las manos, unos pantalones de pana, y entre éstos y el chaquetón una ancha faja encarnada.

Marina se levantaba de vez en cuando del lado de su madre y se entretenía en coquetear con sus dos adoradores, sin hacer caso de ninguno de ellos.

—¿Te podré ver después? —le preguntó Galo bajando la voz a Marina, al pasar ésta por su lado.

—No es posible.

—¡Que no es posible!

—No, no; te digo que no —y añadió confidencialmente—: Blanca nos está fisciando. Ayer, cuando hablábamos desde la ventana, salió del cuarto y escuchó nuestra conversación.

Galo hizo girar en sus dos dedos el borlón de seda de la esclavina y murmuró:

—Tu hermana es muy mojigata.

Marina, que se entretenía en enzarzar uno contra otro a sus dos adoradores, fue al extremo del mostrador de la tienda en el que se hallaba Benito Zárate mirándola foscamente.

—¿Esta noche podré hablar contigo desde la calle?

—No, está noche no.

—¿Por qué?

—Porque no puede ser. Éste —y Marina señaló a Galo con un rápido movimiento de ojos— suele andar rondando por aquí.

—¿Por qué no le despacháis?

—¡Despachar! ¿Por qué?

—Si no le voy a romper los huesos —murmuró fieramente Zárate.

—¡Bah! —replicó la muchacha con marcada impertinencia.

Los dos pretendientes se lanzaron miradas iracundas. Marina se acercó a su hermana que estaba haciendo ganchillo y se puso a hablarle en voz baja, mirando alternativamente a los dos rivales. A la luz del quinqué estaba también el pintor inglés con una cartulina pintada sobre las rodillas, entreteniéndose en hacer manchas y en mirar el efecto que producían apartando la cartulina de los ojos. La Goya, que había cogido un libro desencuadernado y grasiento, leía atentamente.

Los otros dos hombres, el arriero y un viejo medio criado medio huésped de la casa, estaban sentados en la zona de sombra y no se les veía.

Marina, que retozaba como una niña, impedía a su hermana trabajar.

—Vamos, no seas chiquilla —le dijo Blanca.

La Goya levantó la cabeza, y señalando con el dedo el libro desencuadernado y grasiento en que leía, como si hablara con alguien que no se hallara allí, exclamó:

—Esta escena cuanto más la leo más me entusiasma. Ahora entra Rodolfo, el duque, en el cuarto de la costurera... yo creo que es su amante..., porque..., vamos, en fin, debe ser su amante, no me cabe la menor duda.

El arriero que estaba en la oscuridad, inclinóse hacia el viejo y le dijo:

—Oye, Predicador, quizás que el librico este le recuerde alguna de sus pasaícas ¿eh?

El viejo a quien el arriero había llamado *el Predicador*, con hermosa voz de bajo exclamó:

—¡Qué bruto es! ¡Pero dice las verdades el condenado!

La Goya, que medio oyó la observación del arriero, preguntó secamente:

—¿Qué decía ése?

Blanca, que también había comprendido las alusiones de los dos hombres, mirando con severidad a la Goya, murmuró:

—No sé para qué lee usted, madre, esas novelas; no dicen más que mentiras.

—Mentiras... sí, sí... buenas mentiras.

—Mentiras y tonterías —afirmó rotundamente Blanca.

—¡Aoh!, sí... mentiras todo... ¡Estúpido! ¡Estúpido!... —dijo el inglés levantando la cabeza.

—¿Pero tú qué sabes del mundo? —arguyó la patrona dirigiéndose a Blanca—. De estos casos como el que se cuenta aquí, he visto yo muchos... vamos, en fin... pero muchos...

—Ya lo creo y hasta en casa —murmuró el arriero al oído del Predicador, en voz bastante baja para que nadie le oyera.

—¡Je..., je...! —rió maliciosamente el viejo—. Este Riojano ¡qué bruto es!; pero ¡demonio!, dice las verdades.

Hubo un largo momento de silencio. Se oía el lejano tic tac del reloj de cuco de la

sala. Marina seguía al lado de su hermana sin dejarla trabajar.

Zárate se había sentado en el mostrador, como queriendo probar su confianza y su dominio en la casa; Galo daba rápidas vueltas al cordón de su esclavina y se paseaba de un lado a otro de la tienda.

—Anda, Marina, ya que no haces nada, cierra la puerta —dijo la Goya.

Los dos galanteadores se adelantaron a la acción; Galo cogió la barra, y Zárate, bajando de un salto del mostrador, entró en un cuarto inmediato y vino con unas clavijas.

Al acercarse ambos a la puerta, se oyó ruido de herraduras. Algunos caballos entraban en la plaza.

—Llega gente —dijo Zárate.

—¿Quiénes serán? —murmuró la Goya.

—Y se paran en casa —añadió Blanca.

Dos aldabonazos sonoros retumbaron al poco tiempo.

—Preguntad quién es —dijo la patrona.

—¡Bah! ¿No estamos aquí bastantes hombres para no tener miedo? —murmuró el Predicador, y levantándose lentamente de su asiento, sacó las clavijas, quitó la barra y abrió la puerta.

—¡Buenas noches! —dijo una voz de hombre desde fuera—. ¿Nos pueden dar posada por esta noche?

Vaciló el Predicador en contestar; pero el hombre que había hablado, sin esperar contestación, ayudó a bajar de su caballo a la mujer que le acompañaba, y al poco rato entraron en la tienda los dos viajeros.

—Buenas noches, señores. ¿Habrá hospedaje para nosotros, verdad? —dijo él avanzando hasta el mostrador con rostro risueño; luego, dirigiéndose a su compañera, añadió:

—Siéntate y descansa, debes de estar rendida.

El hombre venía embozado en una capa oscura, y al desembozarse se vio que vestía levita larga entallada con un solo botón de oro, un sombrero ancho y botas de montar. Dejó su capa y su sombrero sobre el mostrador, y a la luz del quinqué se pudo ver su rostro de una regularidad perfecta, la nariz bien perfilada, los ojos grandes y tristes, la boca sonriente, la barba negra y la melena larga y crecida, brillante como el ébano.

Tenía un gran aspecto de distinción, una apostura de caballero que trascendía a todos sus movimientos y ademanes.

La mujer parecía más vieja que él; era flaca, extenuada, vestida de negro; tenía la nariz fina con tendencia a formar arco, los ojos grises y hundidos, la boca algo grande y bondadosa, la mirada recta, clara, de un espíritu enérgico.

La Goya, conquistada por el aristocrático aspecto del caballero recién llegado, mandó al Riojano el arriero, que llevase los caballos que traían a la cuadra.

Se levantó el arriero, un hombre rechoncho, con la cara hinchada y cubierta a

medias por un pañuelo negro.

Al poco rato de salir sonaron las pisadas de las caballerías en el zaguán de la posada. Después apareció en la puerta de la tienda el Predicador. En sus ojos se advertía una profunda sorpresa.

La Goya se acercó a él como para darle alguna orden.

—Parece él, ¿verdad? —dijo en voz baja.

—Sí, Goya, es él. Es don Ramiro —contestó el Predicador.

—¿Filósofo, señor?
—Observador de la naturaleza humana, señor.

DICKENS, *Pickwick*.

Hubo un momento de indecisión profunda entre los que se hallaban en la tienda; miráronse unos a otros sin decir palabra.

Marina contemplaba al recién llegado caballero absorta, y en sus ojos se leía una ávida curiosidad. El inglés seguía dando pinceladas a su acuarela.

La Goya y Blanca acudieron solícitas a la viajera.

—¿Está usted mala, señorita? —le preguntó Blanca afablemente.

—No; estoy cansada, nada más muy cansada.

—¿Vendrán ustedes de lejos? —preguntó la Goya.

—Sí, de muy lejos.

—¿Quieren ustedes llevar a mi mujer donde haya un poco de fuego? —preguntó el caballero.

—El caso es —murmuró la Goya— que ahora sólo habrá lumbre en la cocina.

—Es igual —repuso la viajera levantándose.

—Venga usted, señorita —indicó Blanca—. ¡Está usted helada!

—Sí, estoy tiritando.

—¡Tiene usted las manos tan frías!...

Blanca y la viajera entraron por un corredor oscuro, en cuyo fondo negruzco brillaban las llamaradas rojas de la lumbre.

El viajero, dirigiéndose a la Goya, dijo:

—Si pudieran preparar cuarto para nosotros...

—¿Uno o dos? —preguntó con su habitual curiosidad la patrona.

—Es lo mismo. Y si nos pudieran dar algo de comer, no nos vendría mal.

—No les podré servir gran cosa, porque como ya es tarde...

—La cuestión es que sea pronto; mi mujer está delicada.

—¿Es su mujer de usted?

—Sí, señora.

—Por muchos años.

—Gracias —contestó el caballero con indiferencia.

La Goya entró en un cuarto inmediato.

Quedaron en la tienda los dos mozos rivales. El inglés, en el mostrador, colocó sobre un pañuelo de hierbas una colección de pinceles, plumas, esponjitas y platillos.

El caballero entabló conversación con Marina.

Tenía un tono de amabilidad cortés y afable, que infundía confianza

inmediatamente; su sonrisa era la de un buen muchacho que hablara con la mayor franqueza.

—¿Y usted no quiere estar al lado del fuego? —le preguntó Marina.

—Yo prefiero estar a su lado; —y al ver que la patrona volvía a la tienda, encarándose con ella, la preguntó:

—¿Es hija de usted?

—Sí, señor.

—Es encantadora. Puede usted estar orgullosa de tener una hija tan bonita. ¿Y cómo se llama?

—Marina.

—Si quisiera usted, Marina, darme algo para beber, siempre que no sea agua...

—Usted dirá lo que quiere.

Marina pasó detrás del mostrador, abrió un armario que estaba frente por frente de la puerta, en el que aparecieron filas de botellas, y se subió a un banco para tomar una.

—Yo no querría que usted se molestase.

—Oh, no hay molestia... Conque usted dirá lo que quiere. —Y la muchacha cruzó con coquetería los dos brazos sobre el pecho.

—Cualquier cosa. ¡Si unas manos como las tuyas no pueden traer más que gloria!

Todos aquellos discreteos entre el recién venido y Marina produjeron una gran indignación entre los dos rivales, que se creyeron en el caso de hablar alto y de reírse con impertinencia.

Después, sin saber qué hacer y no queriendo marcharse de la tienda, cogieron unas cartas y se pusieron a jugar, mano a mano.

—A fe mía, mi buena señora —dijo el caballero dirigiéndose a la Goya, con el tono sencillo que le era peculiar—, que es gran suerte la de usted en tener hijas tan bonitas, porque supongo que esta señorita que ha ido acompañando a mi mujer será también hija de usted.

—Sí, señor.

—Son de veras preciosas.

—¡Las pobrecillas! —murmuró la Goya confusa—. Ésta, Marina, es vivaracha y traviesa; la otra, Blanca, es más... vamos, en fin... más formal.

Marina había llenado una copa de Jerez y se la acercó al caballero. Éste, antes de beber, la preguntó:

—¿De modo que tú eres la traviesa y la vivaracha de las dos hermanas?

—Sí, señor —contestó la chica, encendida al oírse tratar de tú.

El caballero, saludando al inglés y echando una ojeada rápida a los mozos, dijo:

—¿Ustedes gustan, caballeros?

—Muchas gracias, señor —contestó el inglés.

Los dos jóvenes contestaron con un gruñido.

El caballero bebió el Jerez y dio las gracias a la muchacha al dejar la copa en la

bandeja.

—El señor Bothwell —advirtió Marina maliciosamente indicando al inglés— está en su semana láctea.

—No sé lo que es... —dijo el caballero.

—Una chifladura —replicó la muchacha—. De cuando en cuando está una semana entera no tomando más que leche.

—Se ríen del inglés —dijo el aludido sonriendo.

—¿Es usted inglés? —preguntó el recién venido.

—Sí, señor.

—Es lo más que puede ser un hombre.

—Gracias, señor; pero permítame que no participe de su idea acerca de los ingleses.

—¿De manera que usted no cree en la superioridad de sus paisanos?

—¡Aoh!, no... El inglés es una mala bestia..., egoísta, brutal.

—Además, todos deben de estar locos —añadió Marina.

—No, todos no... desgraciadamente —contestó Bothwell—. Sólo algunos. Aquí está usted, señor —agregó—, en uno de los pueblos más cultos de España.

—¿De veras? —preguntó sonriendo el recién llegado.

—¡Aoh!, sí. Labraz es uno de los pueblos más artísticos. Aquí no se permiten fábricas, ni chimeneas, ni construcciones modernas.

—¿Qué me dice usted?

—Nada de ese falso y estúpido progreso; nada artificial.

—Ya llegará, ya llegará poco a poco.

—¡Aoh!, cuando eso ocurra, el inglés se habrá muerto. Después de mí, el diluvio —añadió riéndose. Luego, en confianza y en voz baja, añadió—: Todos los productos de Labraz son naturales: el vino, los hijos de cura, los pleitos, las barricas y una mina de ocre, también natural, que yo he descubierto.

—¿Y cómo encontró usted este paraíso de Labraz, señor Bothwell? —preguntó el caballero—. ¿Hace ya mucho tiempo que está usted aquí?

—Un año, pero yo no descubrí a Labraz; fue un amigo mío y compatriota el que me trajo aquí. Mi amigo era uno de los hombres más curiosos que han podido existir. Se había empeñado en hacer protestante a España, ya ve usted qué barbaridad, y llevaba una porción de años recorriendo el país con sus biblias. Por todas partes le recibían mal, unas veces a pedradas, otras a tiros; pero él, como se llamaba Tack, que ya sabrá usted que en inglés se dice así a esos clavos de cabeza dorada que sirven para adornar los sillones, y que en español se llaman... no recuerdo cómo se llaman.

—¿Tachuelas?

—Eso es. Pues bien, como él se llamaba Tack, quería ser tan perforante como su apellido. Llegaba Tack a un pueblo, iba a ver a los liberales y demás personas de ideas avanzadas, les echaba un discurso y les dejaba tres o cuatro biblias; los liberales miraban los libritos con espanto, y si no los quemaban ellos, lo hacían sus mujeres.

»Inmediatamente se enteraba el cura, el cura se lo decía al alcalde, y el alcalde mandaba prender al propagandista y lo zambullía en la cárcel que, generalmente, era un cuartucho oscuro y sin ventilación, lleno de telarañas, de ratas y de toda clase de insectos.

»Entonces mi amigo enviaba una carta al embajador de Inglaterra en Madrid, y mientras tanto esperaba en la tranquilidad de su prisión y se dedicaba a escribir sus memorias y a continuar un diccionario de inglés-caló y de caló-inglés que estaba componiendo.

»Venía la orden de libertarle, Tack metía sus dos obras en un morral, agarraba su maleta y salía del pueblo perseguido por la gente, que le apedreaba o le disparaba algún trabucazo, llegaba a otro pueblo, hacía la misma maniobra, y a la semana o cosa así, ya estaba en la cárcel. Con este hombre evangélico vine yo a Labraz.

—¿Y aquí les recibirían a ustedes a cañonazos?

—No. Al principio nos quisieron arrastrar, pero no llegaron a hacerlo.

—¿Y usted, a pesar de eso, se quedó aquí?

—¿Por qué no?

—¿Es usted estoico?

—No sé. Tengo un libro de Marco Aurelio en mi baúl, pero le juro a usted que no lo he leído; mis ideas filosóficas y sociales se compendian en este grito de Swift: «¡Viva la bagatela!» —Luego se levantó el inglés y dijo—: Si está usted aquí algunos días, tendré el gusto de saludarle y de enseñarle la mina de ocre que he descubierto. Me voy porque mañana tengo que levantarme temprano. Hay que trabajar para comer.

Y míster Bothwell, después de hacer un ceremonioso saludo, se fue llevando en la mano el pañuelo de hierbas con sus pinceles, esponjas y pinturas.

—¿Qué hace este señor? —preguntó el caballero a Marina.

—Pinta.

—¿Está algo chiflado?

—Sí, pero es muy bueno.

El caballero se olvidó pronto del inglés y comenzó a galantear a Marina.

La palabra hermosa o preciosa llegó a los oídos de Galo y de Zárate, y ambos se creyeron en el caso de hacer desplantes, hablando y riendo fuerte.

El caballero les contempló con indiferencia y preguntó a Marina:

—¿Alguno de esos mozos es tu novio?

—Oh no, señor.

—Tienen facha de bravucones; me miran quemados porque hablo contigo.

Marina se echó a reír.

—¿Tú les haces caso?

—Yo, no.

—Haces bien; tú mereces más que uno de esos patanes disfrazados de caballero.

—Ya sé que no —murmuró melancólicamente la muchacha.

La Goya, que vio que la conversación entre el recién llegado y su hija se alargaba demasiado, llamó a Marina.

Zárate la siguió.

—¿Qué te decía ese hombre? —la dijo.

—Nada —contestó ella secamente volviéndole la espalda.

El caballero, mientras tanto, cogió una silla, se sentó apoyando el respaldo en la pared, encendió un cigarro y se quedó pensativo contemplando las volutas de humo que subían al techo.

El Predicador entró en la tienda y advirtió a los dos jóvenes galanteadores de Marina, que iba a cerrar. Galo y Zárate salieron mirando foscamente al caballero, el cual seguía abstraído con sus pensamientos.

El viejo adelantó las dos hojas de la puerta y echó la barra; luego se sentó en un banco.

Marina entró y salió de la tienda varias veces llevando platos y copas, sin dejar de mirar con el rabillo del ojo al ensimismado caballero.

De pronto, en el rostro de éste se notó una rápida decisión. Sacó una cartera del bolsillo, arrancó de ella una hoja y escribió rápidamente, con lápiz, sobre el mostrador, algunas palabras. Dobló el papel en forma de triángulo, y luego, dirigiéndose al Predicador, le dijo:

—¿Podría llevar alguno, de prisa, esta carta a casa de don Juan de Labraz, en la plaza de la Iglesia Vieja?

—El Riojano la puede llevar; pero don Juan estará ya acostado.

—Entonces que le dejen la carta.

—Está bien —contestó el Predicador.

Y levantándose pesadamente, tomó el papel, se marchó cojeando por el corredor, habló con alguien y volvió al poco rato.

—Ya va.

Se sentó el viejo en el poyo donde acostumbraba a hacerlo. Quedaron los dos hombres silenciosos.

El caballero se puso a pasear de un lado a otro de la tienda. De la puerta que había detrás del mostrador se veía, al final de un pasillo, la cocina del mesón; en ella, junto al fuego, estaban la viajera y Blanca y una vieja acurrucada junto al fogón, la cual, de cuando en cuando, renovaba las teas que ardían en una pala de hierro sujeta a la pared.

No más noticias, que se las lleve el viento.

SHAKESPEARE, *Macbeth*.

De pronto el caballero, dirigiéndose al Predicador, le pregunto bruscamente:

—Usted me conoce ¿verdad?

—Sí, usted es don Ramiro.

—¿Desde el principio me ha conocido?

—Sí.

—¿Cómo está Juan?

—¿El Mayorazgo? Bien.

—¿Y la niña?

—¡La pobrecica!, es más lista y más traviesa... Ahora está aquí su tía doña Micaela.

—¿Está Micaela?

—Sí.

—¿Será ya una mujer?

—Vaya; y guapa.

—Sí, de niña era bonita. ¿Y Juan la quiere mucho a Rosarito?

—Mucho.

—¿Y Micaela?

—También.

—¿Está alta la niña?

—Sí.

—¿Es buena?

—Sí.

—¿Se parece a mí en la cara?

—No, se parece a doña Cesárea, a su madre. El otro día estaba yo tocando las campanas para llamar a misa, que ya sabe usted que las toco desde el descansillo de la escalera de la torre, cuando veo a doña Rosarito que había subido solica las escaleras y que me dice:

»—¿Qué haces, Predicador?

»—Pues tocando las campanas, doña Rosarito— la contesté.

»—Te vas a cansar —me dijo.

»—No.

»—Si yo tuviera fuerza... ya te ayudaría, pero soy muy chiquita.

»Y se subió a mis rodillas. ¡Es más buena!

En aquel momento entró Marina a avisar a don Ramiro que la mesa estaba puesta.

—Ahora voy, hermosa —la dijo.

—Cuando usted quiera.

Don Ramiro, volviendo al Predicador, le preguntó de nuevo:

—¿Y cómo quedó el Mayorazgo cuando Cesárea se marchó de casa?

—¡Cómo había de quedar! Desesperado y triste que daba lástima verle —exclamó en tono decidido el Predicador—. Cuando iba a la iglesia y se sentaba en el coro, se le veían salir las lágrimas de sus ojos vacíos, corriéndole por la cara. ¡Él que es tan hombre! Luego la madre dama Cesárea...

—No, no quiero saber nada de eso —murmuró con voz alterada don Ramiro, dando largos pasos por la tienda.

—Como me preguntaba usted...

—No, no, basta de noticias; no quiero saber más.

Después, contradiciéndose rápidamente, preguntó de nuevo:

—Y ¿el pueblo qué dijo?

—El pueblo dijo, que lo que habían hecho a don Juan era...

—¿Qué?

—Pues dijo que... era una canallada.

Pasó una sonrisa por la boca y por los ojos de don Ramiro, y con tono indiferente añadió:

—¡Quién sabe si el pueblo tendría razón!

Volvió Marina a llamar a don Ramiro, y a decirle que su mujer estaba en el comedor. Serenóse el rostro del caballero, rodeó delicadamente el talle de la muchacha, y con voz insinuante la dijo:

—¡Que feliz será el hombre que sea dueño de tus encantos!

Marina se desasíó de los brazos de don Ramiro y éste desapareció en el pasillo.

El Predicador quedó solo en la tienda, y a la vista de don Ramiro sujetando por el talle a Marina, recordó una escena presenciada por él hacía muchos años.

El Predicador era un viejo alto, corpulento, de pelo largo y tufos por encima de las orejas; vestía una blusa corta y una boina azul en la cabeza. Había sido cabo de miñones durante mucho tiempo, hasta que un fuerte reumatismo en las piernas, le dejó imposibilitado. Estaba recogido en casa de la Goya, medio de huésped medio de criado, y como cantaba en la colegiata, por esto quizás le llamaban el Predicador.

El recuerdo que le vino a la memoria al ver a don Ramiro sujetando a Marina por el talle, era éste:

Hacía ya mucho tiempo, más de veinte años, que la Diputación, atendiendo a los ruegos del alcalde de Labraz, había dado orden de expulsar de este pueblo hasta el límite de la provincia a una turba de gitanos que había establecido su aduar en las bóvedas del castillo.

El Predicador y seis compañeros recibieron la orden de expulsarlos y de custodiar la cuadrilla hasta la provincia de Vizcaya.

El día en que los expulsaron había mercado en Labraz; los sorprendieron a los

gitanos en su cubil, y por la mañana los acompañaron por la carretera.

Había que ver la gente que iba aquel día camino de Labraz; aldeanos y aldeanas, jinetes en caballos, mulos y borricos, gente que llevaba trigo y hortalizas a vender a la feria, unos envueltos en capas pardas larguísimas, otros con capisayos y mantas listadas, y en medio de aquella procesión, pasaba la cuadrilla de gitanos, chillando, lamentándose a grito pelado y tras de ellos iban los miñones con sus sombreros de copa cubiertos en funda de hule, sus chaquetones cruzados en el pecho por la amplia correa blanca, sus mochilas, cananas y sus fusiles de pistón al hombro.

De todos los conducidos, sólo el jefe de la caravana, un gitano, alto y varonil, se mostraba tranquilo. Llevaba un chiquillo moreno subido sobre los hombros, iba cantando y a veces cogía a su mujer por la cintura y marchaba con ella a la cabeza de la banda.

Al llegar al primer pueblecillo de la provincia próxima, el alcalde se hizo cargo de los gitanos y los encerró en la planta baja de la casa del Ayuntamiento.

Un año después, volviendo el Predicador con otro compañero por el monte, en el encuentro de una vereda y de un mal camino de herradura, se encontró con un chiquillo de unos siete años que se hallaba sentado sobre una piedra.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó el Predicador.

—Nada.

—¿De dónde eres?

—No sé.

—¿Cómo has venido hasta aquí?

—Andando.

—¿No tienes casa?

—No, señor.

—¿Pues con quién vivías?

—Iba con unos gitanos.

El Predicador se acordó de la escena presenciada por él el año anterior. Discutió con su compañero lo que habían de hacer con el niño y decidieron llevarlo a Labraz. Estuvo el chico unos días y desapareció.

Dos o tres años después, la madre de don Juan el Mayorazgo, dama Cesárea, paseando por el Hornabeque se encontró con un muchacho desarrapado que dormía en un hueco de la muralla. Al verlo tan abandonado y tan hermoso, la piadosa dama sintióse conmovida y mandó que se le llevara a su casa.

Muchas veces el Predicador creyó reconocer en el muchacho recogido por dama Cesárea, el mismo que él había visto en los hombros del gitano el día de la expulsión de la caravana y el mismo encontrado por él en el monte.

El niño recogido por dama Cesárea era don Ramiro.

Voy a escuchar detrás de la puerta.

SHAKESPEARE, *Ricardo III*

Mientras los viajeros se hallaban en el comedor, La Goya y sus hijas se habían trasladado a la cocina.

La cocina era grande y alta de techo; junto al fogón tenía una plataforma de madera con mesas y bancos en donde solían comer los arrieros y los aldeanos en días de feria. Una fogata ardía en el hogar.

Mientras Blanca servía la mesa a los huéspedes, en la cocina hablaban intrigados. Silbaba el viento en la campana de la chimenea y mugía sordamente a lo lejos.

Habían llamado discretamente a la puerta varias veces y nadie había contestado.

El inglés, que escuchó la llamada, bajó desde su cuarto a la cocina y advirtió que llamaban hacía rato. Abrió el Predicador la puerta del soportal y apareció un hombrecillo con una linterna en la mano.

—Hola, señor Capitán, siéntese usted —dijo la Goya al verle.

Se sentó el llamado Capitán, apagó la linterna y la dejó sobre una silla. A la luz de la lumbre se vio su cuerpo estrecho, enfundado en el traje como un espadín en la vaina. Iba vestido a la antigua, con calzón corto.

Era uno de los contertulios más importantes de casa de la Goya. Se le veía frecuentemente por la calle de Jesús y los alrededores de la muralla con una gran llave en la mano.

Si se preguntaba a alguno del pueblo: «¿Quién es ése?», contestaba el preguntado: «Es el Capitán de las llaves».

El que había oído la respuesta se daba a pensar qué necesidad tendrían las llaves de capitán, y cuando volvía a interrogar acerca del cargo que ejercía aquel hombre tan delgado y tan tieso, se enteraba de que el Capitán de las llaves era el encargado de cerrar la puerta Nueva de Labraz.

De las dos puertas del pueblo, la de Francia solía cerrarse al anochecer, y la Nueva quedaba abierta hasta las nueve o diez de la noche. De ningún modo podía estar mejor mantenida la tranquilidad de los labracenses; estaban guardados, primero, por la puerta de la alcoba, después por la de la casa y luego por las dos del pueblo.

Llegaba la noche, y a las nueve en invierno y a las diez en verano, un corneta que estaba a las órdenes del Capitán, se encaminaba a lo alto del Cubo y desde allí llamaba a trompetazos a los dispersos habitantes del pueblo.

El que escuchaba la corneta desde cerca de la muralla aceleraba el paso; el que la oía desde más lejos echaba a correr, y si los ecos del bélico instrumento llegaban a los oídos del que se hallaba a una legua de distancia, el que oía, dudaba si correr o ir

despacio, y generalmente después de dar una desesperada carrera que le dejaba echando el bofe, comprendía que no iba a llegar a tiempo y se resignaba a dormir fuera del pueblo, y seguía su camino despacio.

Terminados los toques de corneta, el Capitán hacía girar la gran puerta ferrada y claveteada, y dejaba durante un cuarto de hora el acceso libre por el portillo.

Los vecinos del pueblo llegaban desalados, como chicos que salen de la escuela. Eran casi todos braceros que volvían del campo y algunas mozas del partido que andaban merodeando en los alrededores de la muralla.

El Capitán presenciaba la entrada de los rezagados y decía, con la benevolencia del que se encuentra en un puesto elevado:

—Vamos, vamos, que ya es hora.

Después cerraba el portillo; luego una puerta empalizada de dos hojas que daba hacia el pueblo y subía por una escalerilla a un balcón de madera que había dentro del hueco de la puerta, encima de un gran crucifijo. Allí tenía su casa el Capitán de las llaves. Muchas veces, a las altas horas de la noche, tenía que levantarse, no de muy buen humor, para abrir a algún vecino o al médico.

El Capitán de las llaves gozaba de muchísima importancia en casa de la Goya. Según decía, él representaba para el pueblo entero la familia, el reposo del hogar. En sus manos estaba la clave donde descansaban todos los elementos de la vida del pueblo.

No comprendía el señor Capitán, y se comprende que no comprendiese, que hubiera pueblos tan locos y tan imprevisores que quisieran derribar sus murallas.

Le parecía esto sencillamente absurdo.

El Capitán de las llaves no preguntó nada. El enterarse de quiénes eran los viajeros que habían entrado en casa de la Goya, era para él como una función aneja a su cargo, y como no correspondía a su importancia el preguntar lo que había pasado, esperó las explicaciones a que creía tener derecho.

—¿Y el pueblo está tranquilo? —le dijo el inglés Bothwell.

—Lo tengo en un puño —contestó el Capitán.

Esta respuesta hizo sonreír al inglés y se frotó las manos en señal de satisfacción.

La Goya no se preocupó gran cosa del Capitán de las llaves.

—¿Y el Riojano? —le dijo a Marina.

—Se marchó.

—¿Adónde?

—No sé.

—Oye, Predicador —gritó la Goya.

El viejo salió de su amodorramiento, sobresaltado.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¿Dónde está el Riojano?

—Ha ido a llevar una carta.

—¡Una carta! ¿Para quién?

—Para el Mayorazgo.

—¿De don Ramiro?

—Sí.

—¿Y por qué no me lo has dicho? —preguntó la Goya indignada.

El Predicador se encogió de hombros.

—¿Qué le dirá? ¿Qué enredo habrá pensado este hombre? —exclamó la patrona.

—El pobre don Juan lo pagará —dijo con acento convencido el Predicador.

—¿Qué idea habrá tenido para volver aquí? Es lo que yo me pregunto —murmuró la patrona.

—Yo creo que querrá llevarse la niña.

—Más me pareció a mí que quiera dejar en Labraz a su mujer.

—Quizás, quizás sea eso.

El Capitán de las llaves, viendo que no le daban las explicaciones satisfactorias, preguntó:

—¿Es querido don Ramiro de Labraz?

—Sí, —contestó la patrona.

—¿De Labraz? —interrumpió el Predicador—. Don Ramiro no es un Labraz. Podrá tener el apellido, pero no la sangre de los Labraz.

El inglés miró al Predicador con entusiasmo.

—La sangre..., la sangre... —dijo—. Es enérgico, es hermoso..., la sangre...

—Sí será cierto lo que tú dices, Predicador —observó la patrona.

—¡Vaya si es cierto!

—Pero también es verdad que el tío del Mayorazgo, el hermano de dama Cesárea, le reconoció al morir.

—¿Y por qué lo hizo? Por odio nada más.

Blanca, que volvía del comedor, exclamó:

—¡Me da una lástima esta pobre mujer! ¡Debe llevar una vida con ese hombre!
—Y agregó—: Parece un demonio. Mira como si tuviera fuego en los ojos.

—Oh, sí, es verdad —repuso Marina con vago acento.

—Y él está hecho un muchacho —dijo el Predicador—. Pues debe tener lo menos treinta y seis o treinta y siete años.

—¡Cá! —replicó Marina.

—Ya lo creo —contestó la Goya—. Tendrá la misma edad, poco más o menos, que el Mayorazgo.

—Si yo fuera como don Juan —prorrumpió con vehemencia Blanca—, ni le recibía en mi casa ni le volvía a hablar más a ese hombre.

—La verdad —dijo pausadamente el Capitán de las llaves— que la culpa la tuvo dama Cesárea, la madre de don Juan. Cuando recogió a don Ramiro, trataron en su casa al muchacho como lo que era, un abandonado. Pero cuando don Juan se quedó ciego a consecuencia de las viruelas, entonces todo el cariño que la señora tenía por su hijo se trocó en indiferencia.

—Y yo creo que hasta en odio —interrumpió el Predicador.

—¡Y que es verdad lo que dices, Predicador! —añadió el Capitán—. ¡Quién había de pensar que dama Cesárea llegara a querer más a un advenedizo que a su propio hijo!

—Aquella señora sería muy buena, Dios la haya perdonado —murmuró el viejo—, pero lo que hizo con don Juan estuvo muy mal hecho. Ni aun los animales abandonan así a sus hijos.

—Lo más raro fue que dama Cesárea convenciese a su hermano de que adoptase a don Ramiro —añadió el Capitán.

—Eso fue por odio, y nada más que por odio —murmuró el Predicador.

—Yo creo que la hechizó —dijo la Goya—. ¡Como es tan guapo, tan simpático! A todos los que quiere los debe hechizar.

Marina movió la cabeza afirmativamente y se quedó ensimismada.

—Y esa pobre mujer enferma como está —exclamó Blanca—. Decía hace poco, al lado del fuego: Creí que no llegaba, pero tendré la dicha de morir en Labraz.

—¿Decía eso? —preguntó Marina.

—Sí. Y él como si tal cosa; alegre, tranquilo. ¡Debe ser más malo!

—¿Y no ha dicho desde dónde vienen? —dijo la Goya.

—No se lo he preguntado.

Nadie pensaba en acostarse en la casa. Se esperaba con ansiedad a que viniera el Riojano. El Predicador seguía al lado del fuego, dormitando o pensando; el inglés se frotaba las manos; el Capitán de las llaves, sentado en su silla, aguardaba a ver el desenlace para ir a su rincón.

La Goya, impaciente, iba de un lado a otro, se acercaba de puntillas a la puerta del comedor, miraba por una rendija y volvía a la cocina a comunicar el resultado de sus observaciones.

—No se hablan. Ella está muy triste.

—Estarán reñidos —dijo el Capitán de las llaves.

—Pero, señor, ¿qué irá a pasar? —se preguntó la patrona—. ¿Le habrá escrito don Ramiro a don Juan diciéndole dónde se encuentra? ¿Vendrá don Juan aquí?

—Pues que se incomode el Mayorazgo —gritó el Predicador—, y ciego y todo le aplasta a ese gitano de un puñetazo como a una mosca.

—No será tan bárbaro —arguyo Marina.

—¿No? Debía de matarle y arrastrarle después por el suelo.

—¡Por Dios, qué cosas dices! Tras de que me muero de impaciencia —murmuró la Goya—. ¿Si no le habrá encontrado el Riojano a don Juan?

—No, aún no tiene tiempo de estar de vuelta. No había acabado de decir esto el Predicador, cuando se oyó en la plaza el ruido de los cascos de un caballo.

—Aquí está —dijo el viejo, y levantándose salió de la cocina.

La oscuridad es una presión. La noche es una especie de mano puesta sobre nuestra alma.

VÍCTOR HUGO, *El hombre que ríe*

Resonó más cerca el trotar de un caballo. Poco después apareció en la puerta del cuarto un hombre alto y fornido.

—Buenas noches a todos —dijo—. Salud.

A la luz de la lumbre que ardía en el hogar, no se notaba en el rostro del Mayorazgo ni sus ojos vacíos ni las huellas de la viruela. Era hombre maravillosamente conformado; llevaba un gabán especie de anguarina amarillenta hecha de piel, calzón corto y abierto por los extremos y sombrero ancho.

—¿En dónde están los viajeros? —dijo avanzando con vacilación.

—¿Quiere usted que les avise? —preguntó la Goya.

—No, no hay necesidad. Les preparo una sorpresa —agregó con una risa triste.

—Venga usted —le dijo Blanca, y cogiéndole de la mano lo llevó a la puerta del comedor.

—Gracias, Blanca, gracias —dijo el Mayorazgo conmovido, y empujó la puerta y entró.

Se oyeron dentro exclamaciones, al parecer de alegría; luego no se oyó el menor ruido.

En la cocina la expectación era inmensa, y al poco rato, cuando se presentó el Riojano, todos comenzaron a interrogarle.

—¿Quién le leyó la carta que le llevaste a don Juan? —preguntó la Goya.

—Yo mismo.

—¿Y qué decía?

—Que estaban en la posada.

—¿Y nada más?

—Nada más.

—¿Y qué hizo el Mayorazgo al saber la noticia?

—Se quedó muy triste, muy triste; se pasó la mano por la frente y dijo: —Ahora voy.

—¿Y después, qué hizo? Dime. Cuéntamelo todo.

—Pues luego bajó las escaleras solo y de prisa, muy de prisa...; yo le seguí; él mismo aparejó su caballo. Antes de montar me preguntó:

—Y Cesárea ¿cómo está?

Le contestó que tenía mala facha, y entonces él murmuró:

—¡Pobre! ¡Pobre!, varias veces. Luego subió al caballo y se escapó echando

chispas.

—¡Qué buen corazón debe tener! —exclamó Blanca.

—Vaya, ya lo creo —dijo el Predicador.

La patrona, impaciente y nerviosa, se acercaba a la puerta del comedor y trataba de pescar alguna palabra de la conversación que tenían dentro.

—Parece que no riñen —dijo desilusionada—. ¡Hablan como si tal cosa!

—¿Le preparará el Mayorazgo alguna encerrona? —preguntó el Riojano al Predicador.

—¡Ca! Es demasiado bueno.

—Él debía decirle —exclamó la Goya inflamada en ardor caballeresco—: Usted es un canalla, usted ni es caballero ni nada, y desafiarle después.

—Dice usted unas cosas, madre —replicó Blanca—. ¡Buena defensa iba a tener el pobre Mayorazgo siendo ciego!

Oyéronse al poco rato pasos en el pasillo, y entró en la cocina de la posada el Mayorazgo.

—¿Está aquí el hombre que ha estado en mi casa? —preguntó.

—Aquí estoy, don Juan —dijo el Riojano.

—Vuelve a mi casa y dile a Quintín, que entre él y el hijo de la señora Cándida, traigan la silla de manos que hay en la sala.

—Está bien.

—¿Qué, le pasa algo a doña Cesárea? —preguntó la Goya.

—Se encuentra muy débil ahora. El cansancio del viaje...

—¿Necesitará algo? —preguntó Blanca.

—No; está dormitando.

El Mayorazgo alargó el brazo, cogió una silla y se sentó junto al fuego.

—¿Quién está aquí? —preguntó.

—Estoy yo —dijo el inglés—, Bothwell el pintor.

—¡Ah!, el pintor. ¿Siempre tan satisfecho en nuestro pueblo?

—Siempre.

—¡Usted que habrá visto pueblos tan hermosos!

—Ninguno como Labraz.

—¡Bah! Se ríe de nosotros, ¿verdad, Goya?

—Yo creo que sí, señor Mayorazgo.

—Nada de eso.

—Y qué ¿pinta usted mucho?

—Sí, mucho, pero mal. ¿Cuándo quiere usted, don Juan, que empiece su retrato?

—Cuando le venga bien. Pero también es capricho raro empeñarse en retratar un hombre ciego... y desgraciado, ¿verdad?

—En Labraz no hay nadie digno de que se le haga un retrato más que usted... —replicó el inglés—. Muchas veces he pensado a quién podía retratar y he pasado revista a los hombres del pueblo; unos me recuerdan un caballo, otros un mono, o un

perro; hay algunos que tienen movimientos de buey, como el notario; otros parecen búhos o papagayos.

—¿Y las mujeres? —preguntó sonriendo el Mayorazgo.

—Con las mujeres me sucede lo mismo. Hay unas que parecen perrillos falderos; otras muchas tienen cara de gato; pero lo que más me entristece es ver lo que abunda en ellas, el recuerdo de la cara de un cerdo. Entre las que conozco sólo hago una excepción, y es Blanca, la hija de la Goya; como entre los hombres hago una excepción, que es usted. Ella tiene cara de mujer, como usted tiene cara de hombre.

—Gracias, por ella y por mí. Es usted un bromista, señor Bothwell.

—A veces hablo en serio. Yo no sé pintar, pero tampoco sé mentir.

—Yo no digo que usted mienta, pero puede usted tener predilección en su arte a representar lo que indique dolor, desgracia... ¿qué sé yo?

—Sí, es indudable; ¿y cree usted que todos los grandes pintores no han tenido esa predilección?

—Yo no sé. No he visto en mi vida cuadros más que de niño y ya no recuerdo; pero es posible que en el rostro de los que sufren haya más expresión que en el rostro de los que gozan.

—¡Ya lo creo!

—Porque yo cuando he sentido dolores... como el de verme ciego, por ejemplo, al sufrir me he encontrado más limpio; no creo que me expreso bien.

—Yo creo que le entiendo, sin embargo.

—Muchas de mis preocupaciones son consecuencia de mi vida solitaria; pero sí, yo creo que hay dolores que son como una ventana que le abrieran al alma. En cambio hay otros que la envilecen, que van envueltos en cóleras sordas, en envidias, en bajas pasiones. Y eso es muchas veces lo peor del dolor, ese légamo de vileza que arrastra. Yo siempre he pedido a Dios que si me envía desgracias, deje mi alma limpia para sufrirlas. El conocer la tribulación, el analizarla, el medirla, es ya un principio de consuelo, como el reconocer el miedo, el analizarlo y el medirlo, es ya un principio de valor.

Hablaba el Mayorazgo con una perfecta calma; más parecían sus frases dichas para sí mismo que para los demás.

Se levantó al cabo de un momento de estar junto al fuego y volvió al comedor.

No tardó mucho tiempo el Riojano en aparecer con otro hombre.

—¿Eres tú, Quintín? —preguntó la Goya.

—Sí, señora Gregoria. Díganle ustedes a mi amo que aquí está lo que ha pedido.

Blanca, Marina y el Capitán de las llaves salieron a la puerta a ver lo que habían traído Quintín y su compañero. Era una litera pequeña con adornos barrocos antiguamente dorados, pero ya ennegrecidos.

Entró la Goya en el comedor, y al poco rato salió don Juan llevando del brazo a Cesárea; detrás de ellos iba don Ramiro.

—¡Quintín! ¿En dónde estás? Acercad la litera.

—¡Oh, Juan! —exclamó Cesárea sollozando.

—Es la litera del abuelo... ¿No te acuerdas?

—¡Oh, sí, Juan!

Y volvió a sollozar.

—Arrópate bien, Cesárea.

Blanca, que la había ayudado a subir y a sentarse en la litera, envolvió los pies de la enferma con cariñosa solicitud.

—¡Juan! ¿Y vosotros? —preguntó. Cesárea.

—Te escoltaremos. Vamos, Quintín.

Los dos criados se acercaron a las varas de la litera.

—Un instante —dijo don Ramiro—. Voy a coger mi sombrero y mi capa que está en la tienda.

Don Ramiro entró por el corredor y volvió al poco rato. En la puerta de la cocina se detuvo a hablar con Marina.

—Te tengo que decir una cosa.

—¿A mí?

—Sí, a ti.

—Dígamela usted.

—No, hija mía. Ha de ser a solas.

—¿A solas?; y Marina se quedó turbada.

La Goya se acercó a su hija.

—Mañana hablaremos de eso —dijo don Ramiro cambiando de tono, y se embozó y salió a la calle.

Los criados levantaron la litera en el aire.

—¿Y el farol? —preguntó uno de ellos—, ¿quién lo llevará?

—Yo —dijo el inglés—, y cogiéndolo se puso a la cabeza de la comitiva.

Cruzaron la plaza y se les vio subir por una callejuela empinada y estrecha.

La Coya, desilusionada por aquel final, dijo que no comprendía la mansedumbre de don Juan.

Marina quedó ensimismada.

Blanca se lamentó repetidas veces de la suerte de Cesárea.

Desde la puerta de la posada dejó de verse la comitiva en la estrecha calle.

—Pues yo creo —dijo el Riojano— que don Juan no se ha de quedar así. Tratará de vengarse como un hombre.

Y el Predicador, con un asomo de amargura desdeñosa, repuso varias veces:

—¡Ca! Es demasiado bueno.

LIBRO SEGUNDO

DON RAMIRO

Un silencio frío reina en las salas desoladas.

BYRON, *Childe Harold*

Dos callejas angostas conducían a la plazuela en la cual se hallaba la antigua casa solar de los Labraz; una de ellas desembocaba en la muralla, pasando por debajo de un arco que tenía la imagen de un Cristo, de noche iluminada por una lámpara de aceite; la otra callejuela daba vuelta al ábside de la iglesia vieja, erizado de gárgolas y canecillos que lanzándose en el aire al pie de los botareles, abrían sus fauces amenazando morder los muros fronteros.

Era aquella plazoleta uno de los sitios menos frecuentados de la abandonada ciudad. Algún cura, o alguna beata que salía o entraba en la iglesia, eran las únicas personas que transitaban por la desierta plaza.

Desde las ventanas y balcones de casa del Mayorazgo veíase la fachada sur de la iglesia, la, cual tenía una hermosa puerta románica, pintarrajeada y estropeada por restauraciones absurdas; sobre su medio punto había un gran bajorelieve que representaba a un obispo recibiendo los regalos de un rey o de un emperador, consistentes en un libro de los Evangelios y dos candeleros.

La iglesia vieja, como lo indicaba su nombre, era la más antigua del pueblo. Al exterior era alta, negruzca, con una torre cuadrada con aspilleras. Tenía tres naves, su ábside, su crucero y varias capillas laterales.

Había sido fundada, según unos, por Alfonso VII; según otros, por Fernando el Santo. Su estilo era una mezcla de románico y de gótico en la parte baja, y de gótico y del Renacimiento en la alta.

En el siglo xv había, según un cronista de la villa, don Juan Manuel Alizaga, más de ocho parroquias; pero como eran muchas para el pueblo, no se daba culto más que en la iglesia vieja dotada con cuarenta o más beneficiados que, por su corto sueldo, eran, naturalmente, de pocos estudios, y tan sencillos y humildes, al decir del cronista Alizaga, que se pasaban el tiempo jugando y emborrachándose, recuestando hembras y corriendo galgos.

Esto, visto por los vecinos ricos de la ciudad, formaron el proyecto de reunir los beneficios todos de las iglesias en una Colegiata. Pidieron a León X la elevación de la iglesia a esta categoría y el Papa accedió, organizándola como todas con un abad, un prior, chantre, tesorero, maestrescuela, canónigos, racioneros, medio-racioneros y otros beneficiados. Luego la Colegiata decayó, y sus plazas quedaron reducidas a las de un abad, dos canónigos de oficio, ocho de gracia y seis beneficiados.

Conseguida la categoría de Colegiata para la iglesia, los vecinos de Labraz costearon una nueva, y en la pared de la entrada de ésta, en el lado de la Epístola,

colgaron un caimán que fue, durante mucho tiempo, asombro y admiración de todos los comarcanos y motivo de discusiones para los eruditos de Labraz; pues no se sabía de dónde procedía aquel caimán, ni si lo habían traído o había llegado él a Labraz por su propia voluntad.

Asunto es este muy importante, pero como el autor no tiene competencia científica para resolverlo, lo abandona a otros más sabios investigadores.

Se entraba en la casa del Mayorazgo por ancho zaguán que terminaba en un patio grande bastante sombrío y triste. Tenía el patio, a los lados, una galería sostenida por columnas de piedra berroqueña, lo cual le daba aspecto de claustro, el suelo empedrado con losas y piedrecillas que formaban dibujos, y en medió un pozo con un brocal de piedra labrado toscamente y un tinglado de hierro encima con su polea, también tosca y maciza.

Las paredes del patio eran de sillares, tenían balcones y ventanas con adornos barrocos y remates que consistían en grandes jarrones.

Una escalera monumental que comenzaba frente a la puerta de entrada, conducía a las salas del primer piso, las cuales daban vuelta alrededor del patio. Eran casi todos salones espaciosos, oscuros, medio desmantelados. El techo era, en unos sitios, de grandes vigas que se reunían en el centro, formando trabazón de bello dibujo; en otros, artesonado tosco y ya carcomido.

Eran diez o doce salas en cada piso que se utilizaban en mejores tiempos; unas en invierno y otras en verano. Hallábanse más arriba la biblioteca, desvanes y buhardillas; el último piso hacía ya mucho tiempo que no se abría. En todos aquellos salones que circundaban el patio, se advertían restos de pasada prosperidad; las cornucopias de lunas claras y brillantes, las arcas talladas, alternaban con las tapicerías antiguas, de grandes relieves, y los cuadros de tonos oscuros, donde se destacaba vagamente la cara macilenta de un santo.

Por la parte de atrás de la casa estaba la capilla y se extendía la huerta, un trozo de tierra no muy grande que llegaba hasta la muralla.

Dos grandes parras subían por la pared trasera de la casa, alargando los sarmientos hasta el alero. En verano encuadraban las ventanas con su follaje verde; al comenzar la otoñada cubríanse los parrales de racimos negros y violáceos.

Un antiguo matacán convertido en mirador, había permitido, en tiempos pasados de prosperidad, vigilar a los Labraz desde su casa la trilla de sus cosechas en las eras que antiguamente se extendían al pie de la muralla, más allá de la empalizada del foso.

El palomar, puesto sobre el tejado, rivalizaba en altura con el campanil del convento de las monjas Carmelitas.

En las habitaciones que daban al norte de la casa y que estaban frente a la iglesia, se oía por las mañanas el rumor del órgano y el tintineo de una campanilla.

Llegaba también del contiguo convento el murmullo del rosario que rezaban las monjas.

Todo el lado derecho de la casa hallábase sin habitar, y las ventanas, a falta de maderas, estaban tapiadas. En el ala izquierda, y en el piso segundo, era dónde vivían don Juan, Rosarito y Micaela, una antigua criada de ésta y algunos otros sirvientes.

Don Juan ocupaba dos cuartos, uno de alcoba y otro como despacho, ambos desprovistos de adornos; de muebles no había en la alcoba más que la cama de madera; y en el otro cuarto una mesa y un armario con libros de cuentas, en donde el administrador apuntaba los ingresos que daban las tierras.

Micaela, más aficionada al lujo que el Mayorazgo, tenía en la parte de la casa que daba a la muralla, un gabinete tapizado de azul en donde solía estar cosiendo y bordando.

Era un cuarto adornado a estilo de Madame Pompadour, tenía en techos y paredes relieves de madera figurando ramajes entrecruzados y ostentaba pinturas de pastoras y pastores, a la manera de Watteau. En una galería, a la cual daba el gabinete, había una fuente que era un montón de piedras con una figurita encima de una Venus de alabastro.

La criada de Micaela, una vieja vascongada devota, asistente perpetua de novenas, cuarenta horas y adoraciones nocturnas, dejaba con mucha frecuencia sola a su señorita y a la niña en el antiguo caserón.

Micaela llevaba en Labraz una vida retraída. Aseguraban los criados que era muy orgullosa. Se trataba únicamente, fuera de las personas de la familia, con el magistral y las señoras de Peralta.

El magistral era la segunda dignidad de la Colegiata; tenía fama en el pueblo de ser un pozo de ciencia, y como hombre galante, a pesar de su cargo y mangoneador en asuntos de congregaciones, visitaba a todas las señoras del pueblo. A pesar de su fama era un presuntuoso badulaque, pagado de sí mismo, que tenía condiciones de cómico, y hablaba a labriegos ignorantes de cosas que no podían entender, de Horacio, de Virgilio, de dioses paganos, de hipóstasis y de thanatologías, en vez de decir con sencillez a aquellos aldeanos mezquinos y egoístas que fueran buenos, honrados y generosos.

La otra amistad de Micaela, las de Peralta, era de esas amistades que se tienen más por vanidad que por cariño. Micaela era bonita; las de Peralta, Segunda y Concha, feas y escuchimizadas; Micaela tenía adoradores; las de Peralta no encontraban ningún desesperado que se acercara a ellas. Indudablemente, las dos de Peralta odiaban a Micaela; Micaela desdeñaba a las dos; pero fingían entre ellas un cariño que estaban muy lejos de sentir.

De la familia de Labraz sólo quedaban algunos parientes venidos a menos, con quienes Micaela no se trataba, y el tío Nazarito, que algunas veces iba a verla.

Era éste un señor viejo muy amable, muy tímido y muy insustancial. Era hombre de esos que se vive junto a ellos y apenas se nota su existencia. Parecía que estaba pidiendo perdón a todo el mundo por haber nacido. Muy bueno, muy hábil, muy complaciente, no creía que nada ni nadie pudiese ser malo. No se atrevía a hablar

delante de persona alguna. Herborizaba, y todo su afán consistía en reunir una colección de la flora de la provincia y regalársela a su muerte al Instituto de la capital. Cuando pensaba que con el tiempo se verían entre vitrinas sus colecciones con su nombre, se estremecía de placer.

Todo el pueblo se burlaba amablemente de don Nazarito, y él creía, indudablemente, que tenían razón burlándose de él. Su tipo predisponía a la burla; era chiquito, feo, con anteojos redondos; llevaba en invierno sombrero de copa y en verano de jipijapa, y andaba siempre mirando al suelo. No había salido nunca de casa después de las siete de la tarde. Le dominaba su ama de gobierno. Micaela le mimaba al tío Nazarito, pero éste no se atrevía a ir con frecuencia a casa del Mayorazgo por miedo a importunarle.

La mayor parte de los días Micaela los pasaba sola en casa. Entonces gustaba pasear por los grandes salones casi siempre oscuros. A veces un rayo de sol que entraba por una de las ventanas, mostraba el espejo deslustrado de alguna cornucopia, como si fuera claraboya abierta hacia un cielo brumoso; brillaba en los dorados de los candelabros, se descomponía en prismas en los cristales de las arañas y hacía que en el fondo antes oscuro de los cuadros, brotasen figuras adustas y nobles.

Otras veces, sentada en el huerto, pasaba la tarde cuidando de sus macetas o leyendo algún libro de devoción bajo un rosal siempre florido, mientras Rosario corría y jugueteaba.

Sólo en la mesa Micaela veía al Mayorazgo. Tratábale con una gran consideración como al jefe de la familia; pero no manifestaba por él ni cariño, ni siquiera piedad por su desgracia.

Era Micaela una mujer fría, de sentido práctico, pero más aún que esto, de una gran idea de sí misma y de su clase.

Toda expansión que pasara de cierto tono le parecía grosera, y sin fingirla ni rebuscarla tenía en sus ademanes una calma patricia, un aplomo perfecto, que le daban su egoísmo y su frialdad.

Era muy admirada, y también muy envidiada en el pueblo. Ella fingía no enterarse ni de las admiraciones ni de las envidias.

Al anochecer, Micaela marchaba a su cuarto y tocaba en una espineta del siglo XVIII canciones populares, himnos aprendidos en el colegio y algunos trozos de óperas y zarzuelas llegados al pueblo.

Los domingos paseaba con las de Peralta por las alamedas próximas al río; mientras Rosario, el Mayorazgo y un criado, iban por los viñedos, por entre aquellas tierras áridas y desnudas, y la niña jugaba con el ciego como con un chiquillo.

En la casa había dos criados y dos criadas, viejos todos; pero además vivía allí un tullido hijo de una lavandera. Se llamaba Mamerto y le decían todos Mamertín.

Había nacido con las piernas atrofiadas, y desde chico andaba en un carrito que no era más que una tabla con cuatro ruedas. Era Mamertín muy inteligente y de una mala intención extraordinaria; hacía siempre el daño que podía, incomodaba a todo el

mundo. Andaba en su tabla con ruedas por las calles de Labraz, menos por las que tenían mucha cuesta, pero a veces también se arriesgaba a bajar calles empinadísimas. Con los dos palos que llevaba en las manos empujaba en el suelo y corría velozmente. Solía llevar una botellita de aceite con una pluma guardada en un bolsillo de la chaqueta, para untar los ejes de su carro.

Mamertín sólo respetaba a don Juan y a Micaela.

Ésta no hubiese permitido bromas de aquel lisiado bufón.

Un día, Micaela, revolviendo y husmeando en los salones altos, dentro de un cajón cerrado encontró envuelta en varios lienzos un arpa pintarrajeada y llena de adornos. El mismo cajón guardaba unos cuantos libros amarillentos; había novelas en francés, entre ellas *Matilde de Rokeby* y *La Dama del Lago*, de sir Walter Scott, *Graziella*, de Lamartine, y otros; los demás libros eran devocionarios, y entre sus hojas guardaban estampas y cédulas de confesión.

Micaela hizo bajar el arpa a su cuarto y leyó las novelas que había encontrado. A pesar de su natural tranquilo y de su aristocrática frialdad, toda aquella balumba de amores lánguidos, de tiernas quejas, hizo impresión en su alma y el virus de lo romántico envenenó su pensamiento.

Serena y poco apasionada, con una comprensión clara y fría de la vida, creyó que nada de lo que había leído se realizaba en las condiciones normales de la existencia, monótonas y vulgares; pero a pesar de su frialdad y de su inteligencia supuso, dejando así un hueco para cualquier locura, que en condiciones especiales podrían darse aquellas grandes pasiones, aquellos héroes de corazón tierno como el de una niña ante su amada, y fiero y bravo como un león ante el peligro. Supuso también, con lógica, que debía de haber esferas sociales en donde estas pasiones fuertes podrían desarrollarse mejor, por ejemplo, entre cortesanos, y soñó con amores y con intrigas en grandes palacios.

En el fantástico paraíso creado por ella, los sueños de amor se mezclaban con sueños ambiciosos; nunca era la decoración de la escena en que ella y un él imaginado hablaban y se juraban amor eterno, la humilde cabaña, ni la lancha del pescador que espera cantando el día; sino el parque con fuentes de mármol, o el salón atestado de cuadros y de tapices.

Todas sus fantasías y todos sus entusiasmos eran puramente cerebrales.

Como se aburría, se le ocurrió aprender a tocar el arpa, pero en Labraz no había nadie que supiera pulsar tan romántico instrumento.

Micaela comunicó su deseo al magistral, y éste se encargó de decírselo al organista de la Colegiata.

El organista, don Ignacio Armendáriz, a quien el magistral manifestó el deseo de Micaela, acudió inmediatamente a ver al Mayorazgo. Tenía el organista un gran deseo de entrar en casa de los Labraz; sentía una pasión grandísima por los pergaminos y

papeles viejos, y hacía mucho tiempo que buscaba un pretexto para colarse en la biblioteca de la casa de don Juan.

El organista dijo a Micaela que su sobrino Raimundo, uno de los beneficiados de la Colegiata, era un verdadero músico, y que él podría dirigirle, al menos en los comienzos. Le pareció bien esto a Micaela, y un día, después de vísperas, el organista presentó en casa del Mayorazgo a su sobrino.

Era Raimundo un jovencito humilde, pálido y exangüe; envuelto en su manteo, parecía la imagen afeminada de un San Luis Gonzaga.

Habló el joven con timidez, cohibido ante Micaela, que le examinó con su tranquilidad de mujer fuerte. Dijo que su tío le había puesto en un compromiso, pues como era natural, el arpa era para él un instrumento tan desconocido como el tambor o la dulzaina; pero que si los pocos conocimientos que él tenía de música podían serle útiles, estaban a disposición de Micaela si quería utilizarlos.

Las primeras lecciones fueron pesadísimas; había que hacer escalas y más escalas hasta dominarlas. Micaela tenía una gran fuerza de voluntad y no cesaba en sus ejercicios. El cura solía preparar y copiar las lecciones, y luego acompañaba a Micaela en el piano.

Mientras tanto el organista había encontrado el camino de la biblioteca, y se había instalado en ella. Convenció al Mayorazgo de que era necesario ordenar los libros y manuscritos que tenía allá, y todas las tardes iba a la biblioteca a leer y a revolver papeles, lo que constituía su pasión favorita.

Realizado su deseo, no se preocupó de nada más.

Las lecciones siguieron, Micaela fue progresando con ayuda de su profesor.

Un día, por la abertura de una cortina, vio al cura que cogía un pañuelo olvidado por ella sobre un velador y que lo guardaba presuroso.

—¿Estará enamorado de mí? —pensó.

Se hizo la desentendida y lo observó atentamente. Raimundo debía de estar enamorado de ella locamente; cuando se sentaba al piano, la miraba con extático arrobamiento, pero fingía por temor y por respeto. Aquella pasión tan intensa, tan contenida, produjo en Micaela un íntimo placer.

Algunas veces, cuando se asomaba al balcón, veía la silueta negra del cura que cruzaba la plaza, miraba hacia arriba a las ventanas de casa del Mayorazgo con temor, después entraba en el arco que conducía a la muralla y desaparecía en él.

Si la campana te avisa
de nuestra iglesia mayor
cuando es fiesta, oyes deprisa
con un amigo hablador
que te divierte, una misa.

MORETO, *La ocasión hace el ladrón*

Con la llegada de don Ramiro y de Cesárea, cambiaron las costumbres de la casa del Mayorazgo.

Cesárea encontrábase delicada, y sólo salía a pasear por la huerta con Rosarito y don Juan.

Don Ramiro, cuyo carácter no se prestaba a la quietud, organizaba expediciones con míster Bothwell, iba y venía de un lado a otro, visitaba la casa de la Goya, jugaba, y al poco tiempo de estar en Labraz, se encontraba aburrido de la vida del pueblo.

Al segundo domingo de llegar allí, fueron Micaela, don Juan y don Ramiro a misa mayor. Cesárea aún no se encontraba bastante fuerte para salir de casa.

Salieron los tres y entraron en la tortuosa callejuela que daba vueltas al ábside de la iglesia vieja. Bajaba la luz desde la ranura estrecha que formaban los tejados, y después de iluminar de soslayo las alabeadas y ventradas paredes de las casas y los relieves grabados en el cilindro ciclópeo del ábside, caía amortiguada sobre el pavimento húmedo.

En los balcones de retorcidos barrotes, algunas mujeres desgredadas aparecían y contemplaban a los dos hombres y a Micaela, que iba en medio de ambos recogiendo su falda.

Micaela estaba elegante y hermosa. Bajo su traje negro se modelaban las líneas del seno mórbido; parecía más blanca y más rubia su cabeza entre las blondas negras de la mantilla; su talle esbelto se balanceaba al andar y se contorneaban las redondeces de sus caderas.

El contraste entre don Juan y don Ramiro era raro y chocaba a todos. Don Juan llevaba un traje de moda atrasada, mal vestido, vacilante al andar, de aspecto triste; parecía un viejo. Don Ramiro, en cambio, estaba insultante de juventud y de petulancia. Vestía un frac verde ajustado al talle, el chaleco bordado con dibujos, los pantalones estrechos, las botas de charol y el cuello de la camisa tan alto, que le obligaba a llevar la cabeza rígida. Sus manos calzaban guantes amarillos, y la derecha jugaba con un junco.

Al entrar los tres en la plaza y luego en el atrio de la Colegiata inundado de luz, algunos hombres y mujeres se acercaron a verlos con curiosidad.

Había un grupo de señoras, en el que estaban las de Peralta y la de Beamonte, y a él se acercó Micaela. Don Ramiro saludó y quedó al lado del Mayorazgo.

Los chiquillos corrían sobre las lápidas del atrio que aún conservaban, aunque medio borradas, antiguas inscripciones funerarias.

Las mujeres del pueblo, envueltas en pañolones alfombrados, pasaban presurosas meciendo al andar la ancha campana del refajo; los labradores, en mangas de camisa, discutían en grupos las adversas o felices probabilidades de la próxima sementera.

En el viejo muro de piedra sillería de la Colegiata titilaban al sol las ristras de rosarios multicolores de un buhonero, y las mozas campesinas los contemplaban puestas en hilera agarradas unas a otras de la mano.

Las amigas de Micaela alabaron la elegancia de don Ramiro. Ella miró a su cuñado disimuladamente y sus miradas se cruzaron.

Entró todo el grupo de amigas en la iglesia, avanzó don Ramiro y alzó la pesada cortina para que pasaran los demás.

Salió del interior una bocanada de aire frío saturado de incienso.

Tras de la claridad exterior, apenas si se veían dentro las luces del altar y las siluetas de los fieles arrodillados en la oscura nave. Casi a tientas y dirigidos por don Juan, cruzaron hasta una de las capillas laterales.

Se veían dentro, además de las luces del altar, una porción de cerillas encendidas en el suelo, colocadas por las mujeres arrodilladas en la ancha nave.

Los hombres estaban cerca del presbiterio y en el coro. Cada uno tenía su sitio en la iglesia y el lugar de la antigua sepultura de la familia; los Labraz oían misa desde su capilla, que era una de las laterales frontera a la bautismal. Esta capilla había sido fundada por un Labraz, en el siglo XVI, el cual, en unión de otros hidalgos del pueblo, fue de los que costearon la iglesia nueva, según rezaba la inscripción gótica que rodeaba, como una imposta dorada, los cuatro muros de la capilla.

Al llegar el Mayorazgo y sus acompañantes, la celadora de la iglesia les abrió la verja de la capilla y sacó de un arca un almohadón bordado que colocó en el reclinatorio, en donde se arrodilló Micaela.

Don Ramiro se puso a observar a Micaela; en sus movimientos había una serenidad y una elegancia exquisitas. Era de esas naturalezas que tienen inconscientemente, por un sentimiento profundo de orgullo y de dignidad, la armonía del movimiento y del ademán. ¡Qué diferencia entre ella y las demás mujeres del pueblo! Las superaba a todas en sencillez y en elegancia.

Don Ramiro, que no tenía ni remotamente la idea de rezar, se puso a contemplar la iglesia. Se veía el altar mayor entre los barrotes floreados de la verja.

La única ventana de la capilla, cubierta por un espeso cortinaje azul, filtraba tan débil claridad, que todo aparecía velado en la penumbra azulada. Alguna umbrela del retablo perfilaba sus acantos retorcidos, y sobre el fondo negro de las tablas pintadas se distinguían los nimbos de oro de las figuras, como una constelación de soles apagados.

Oíase murmullo de rezos, cuchicheo de conversaciones, roce de faldas, estruendo de toses, y de cuando en cuando el chirriar de un postigo que se abría y se cerraba, lanzando a intervalos un dardo de luz que se hundía en el misterio lóbrego de la nave.

Entre las dos pilastras del transepto brillaba la capilla mayor iluminada por hileras de cirios.

Se describió una cortina y atravesó el aire opaco de la nave una luz oblicua, multicolor; incendió la verja plateada del presbiterio y fue a caer sobre el triple mantel del altar, irisándolo de verde y rojo, de violeta y de azul de zafiro.

Preludió el órgano una marcha solemne y aparecieron en el presbiterio los acólitos, vestidos de blanco y rojo, llevando los altos ciriales, y los sacerdotes con albas rizadas, que se enrojecían a la luz de los blandones.

Seguían el diácono y el subdiácono, revestidos con dalmáticas verdes, y entre los dos un viejecillo tembloroso que casi desaparecía bajo los pliegues redondos de la espléndida capa pluvial constelada de pedrería.

El celebrante y los dos ministros marcharon en ala, sosteniendo éstos en una mano la fimbria del pluvial; llegaron a la grada más baja, se adelantó el anciano hasta el altar y lo bendijo.

En aquel momento vio Micaela dos muchachas que se acercaban a la capilla y se arrodillaban en una sepultura. Eran Blanca y Marina. Micaela las conocía de verlas allá todos los domingos. Micaela creyó notar que al sentarse una de las muchachas había lanzado una mirada de inteligencia a don Ramiro.

«¿Se conocerán?», se preguntó, y haciendo como que rezaba espío a la muchacha.

Era la morena la que había mirado; tenía una figura esbelta y los ojos muy vivos.

Comenzó la misa y Micaela no volvió a sorprender la mirada.

Un rumor confuso se extendió por toda la iglesia; la muchedumbre vaciló un momento, sonaron ruido de sillas y murmullo de rezos.

El subdiácono despojaba, en tanto, del pluvial al celebrante, y el diácono le revestía con la casulla.

Acercóse luego el anciano hasta el ara, y con una voz que parecía un quejido comenzó la misa.

Le respondió el coro con un Amén formidable, seguido por el estruendo del órgano. La iglesia entera vibraba desde los cimientos a la clave, y desde las altas ojivas despedía una tempestad de notas sobre la muchedumbre encorvada bajo las iras del Dios vengador.

«Hoy toca él, el órgano», pensó Micaela.

Buscó con la mirada a Raimundo, en los sillones del presbiterio, donde solía sentarse los domingos; no estaba.

La ceremonia siguió su curso. Los oficiantes pasaban y repasaban en fila por delante del sagrario, inclinaban las tonsuradas cabezas al mismo tiempo y hacían reverencias y genuflexiones.

Las casullas destellaban al choque del rayo de sol que las hería, y al arrodillarse

los sacerdotes, sus ropajes de urdimbre de oro se quebraban como las gruesas estofas pintadas en los primitivos retablos, con rígidos y esquinados pliegues.

Los incensarios, columpiándose sin cesar, desprendían volutas pomposas de humo perfumado que ascendían en el aire, se coloreaban de mil tonos cambiantes y subían lentamente hasta la gloria del cimborio.

Micaela sorprendió otra mirada entre la muchacha de los ojos negros y don Ramiro.

«¿Sé conocerán?», pensó; y se volvió a un lado para mirar a don Ramiro, con la cabeza inclinada. Por entre los dedos lo vio en una actitud de conquistador, con el pulgar de la mano derecha en el hueco del chaleco, en una postura nada mística. «¡Qué fatuo!», se dijo; y comparó a Ramiro con el Mayorazgo, que arrodillado y con la cabeza baja, rezaba.

Sonó la campanilla que anuncia el prefacio.

Micaela cerró los ojos. El sacerdote recitó la oración, marcando las frases finales con largas cadencias.

Callaron las voces del coro; no se oía el más leve ruido cuando el órgano comenzó su canto.

A las primeras notas, Micaela sintió oprimido su pecho y suspiró profundamente.

El órgano sollozaba en sus registros bajos, y no era su canto el canto de dolor que acompaña al sacrificio; no iba a morir al pie del altar en las manos del oficiante, iba a Micaela, que sentía vibrar en aquellas notas la queja dolorida de un alma hambrienta de amor y llena de deseos.

De pronto cesaron las notas doloridas, y un canto de gloria, de virilidad, se levantó en el aire lleno de pujanza.

Micaela abrió los ojos. La iglesia estaba llena de la bruma blanca del incienso que atravesaba un rayo de sol como una barra de oro. El órgano había dejado de gemir...

Hay en las almas —dice William Cowper en *La tarea*— simpatías por los sonidos. Micaela sentíase dominada por la música de Raimundo, pero al dejar de oírla olvidábase de ella y esquivaba el dominio que ejercía en su alma.

Salieron Micaela, el Mayorazgo y don Ramiro de la iglesia. El sol reía en el atrio. El vendedor de rosarios los pregonaba a gritos. Micaela pasó por delante de unas mendigas acurrucadas al sol, y una de ellas, alzando el rostro de nariz ganchuda y boca de sumidero, al ver a ella y a don Ramiro juntos, exclamó: «¡Qué preciosa está la señorita y qué buena parejita hubieran hecho los dos!».

Don Ramiro dejó caer una moneda en la zarpa rugosa que alargó la vieja. Micaela le miró asombrada.

Salieron de la plaza.

De las rejas abiertas al ras del suelo en el muro salitroso de la iglesia, salía un relente de bodega cargado de olor a moho que balanceaba las telas de araña tendidas

entre los hierros roñosos y descascarillados como palos de canela.

En la revuelta de una callejuela vio Micaela que les seguía, muy a lo lejos, una figura negra...

La niña perdiendo va
las rosas de su color.
Pensando en su porvenir
se asusta su corazón.

CANCIONERO ANTIGUO

—Qué ¿no nos acompaña usted a dar serenata a las chicas? —le preguntó Antonio Bengoa a don Ramiro.

—Sí, con mucho gusto.

—El señor Bothwell viene también, ¿verdad? —preguntó el muchacho al inglés.

—¡Ya lo creo! Antes morir.

—Bueno; pues entonces vengan ustedes conmigo al sitio donde nos reunimos.

Atravesaron callejuelas y callejuelas, y en una muy angosta y tortuosa que se llamaba de la Pellejería entraron los tres. Llamaron en una puerta y a un zaguán grande, iluminado por un candil, lleno de trastos de zapatero.

Al principio, con el humo que salía de la chimenea, apenas si se veía en el cuarto; luego don Ramiro y el inglés vieron ocho o nueve muchachos, la mayoría vestidos de negro, con caras de torero.

El dueño de la casa, un hombre alto, fornido, de aspecto brutal, saludó rudamente al inglés y a don Ramiro, y les obsequió a los dos con aguardiente y bizcochos.

—Gracias, muchas gracias —dijo el inglés.

—En mi pueblo no se contesta gracias —dijo el dueño de la casa.

—¿Pues qué se contesta?

—Estacazo.

Echáronse a reír todos, y Antonio Bengoa presentó a don Ramiro y al inglés los mozos amigos suyos; unos eran estudiantes de cura, semicuras les llamaban, que estudiaban en Pamplona y estaban de vacaciones; los otros eran muchachos del pueblo. Se estrecharon las manos unos y otros, llegaron más muchachos y cuando estaban todos reunidos, el zapatero echó el último trago y se organizó la cuadrilla de cuatro en cuatro, y se entregaron los instrumentos.

Los músicos eran doce; los cuatro primeros llevaban bandurrias y los ocho últimos guitarrillos y guitarras. A los que no tocaban ningún instrumento, el zapatero les entregó un garrote.

—Si vienen los serenos, ¡leña! —dijo por toda advertencia.

Delante, como para abrir el paso, se colocaron cuatro de los semicuras y uno como director; era éste el que cantaba, y llevaba una varita en la mano.

Se terciaron las capas unos, otros se envolvieron en los tapabocas y en las mantas; dio la señal el primero con su varita y, al compás de un pasodoble, se puso en marcha

la rondalla.

Iban por callejuelas tortuosas empedradas con cantos; las casas se alargaban a ambos lados, oscuras y lóbregas, sin una luz; arriba, la pálida luna iluminaba el pueblo, y en medio de la noche silenciosa resonaban las notas de bandurrias y guitarras con una violencia salvaje.

En algunos callejones estrechos tenían que ir todos en fila. En algunos pasadizos se veían efigies de santos en hornacinas, con su farolillo delante y su guirnalda de flores secas.

Al llegar frente a la casa del Mayorazgo formaron un corro y la emprendieron con la jota navarra, y el semicura que dirigía la estudiantina lanzó al aire su voz sonora.

Cantó dos jotas. Siguió la cuadrilla adelante, se detuvo al pie de las celosías del convento, y el cantor, quitándose la gorra, gritó:

—¡Vaya por la superiora del convento y por todas las monjas guapas! —y tiró la gorra por el aire como un torero. Cantó una copla amorosa, y al terminarla la emprendieron con el paso doble y comenzaron a bajar formados hacia la Plaza Mayor.

Delante de casa de La Goya hubo nuevo guitarreo y nuevos cánticos. Se abrió uno de los balcones y apareció a la débil claridad de una luz la sombra de una mujer.

—Voy a dar las buenas noches a mi novia —dijo Antonio Bengoa; y agarrándose con brazos y piernas a una columna, se subió hasta el extremo del fuste, y desde allí asió con la mano uno de los hierros del balcón y a pulso subió arriba. Entró en el balcón, dio con los nudillos en el cristal y gritó:

—Buenas noches, Blanca.

Después volvió a bajar por la columna hasta el suelo.

Siguió adelante la rondalla; luego quedó silenciosa la plaza.

Blanca no se había acostado aún. Escribía a su novio en la sala. Era ésta un cuartito bajo de techo, con las paredes pintadas de azul y un balcón con colgaduras. Tenía un canapé de enea y varias sillas de paja. Sobre el canapé había un espejo cubierto con una gasa y en las paredes litografías iluminadas que representaban románticos episodios de Malek-Adel y de Matilde, de la obra de Madame Cottin. Enfrente del canapé una cómoda curva de caoba ocupaba casi la mitad del cuarto, y encima de ella un Niño Jesús con una bola de metal en la mano sonreía dentro de un fanal. Cesó Blanca de escribir al oír la estudiantina y escuchó palpitante las coplas que los mozos las dedicaron a su hermana y a ella. Iba a ponerse a escribir de nuevo, cuando oyó en el cuarto de Marina sollozos contenidos.

«¿Qué le pasará? —se dijo—. Estará soñando.»

Se acercó de puntillas al cuarto y oyó que Marina se agitaba y parecía contener el llanto.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

—Nada —dijo con voz seca Marina.

Blanca tomó el quinqué y entró en el cuarto de su hermana. Marina, sentada en el lecho, despeinada, tenía una expresión grande de angustia y de dolor; los ojos, rojos de haber llorado; la boca contraída, llena de amargura.

—Pero ¿qué tienes, Marina?

—Nada —volvió a contestar ella con voz entrecortada por los sollozos.

Blanca la contempló con asombro y pena, después la abrazó e hizo que apoyara la cabeza en su pecho.

Entonces el dolor de Marina se resolvió en un diluvio de lágrimas. Blanca no le preguntó nada hasta que vio que se encontraba más tranquila.

Sentía la hermana mayor una enorme angustia; suponía de qué se trataba; adivinaba que la causa de aquel dolor era don Ramiro. Las visitas de éste tan frecuentes a casa, el haber cesado de repente de ir allá, todo le inducía a creerlo.

«¿Habría llegado Marina a...?» Esto era lo que horrorizaba a Blanca. ¡Con un hombre casado!

Era peor que la muerte. Ella había creído que se trataba de una coquetería de Marina, pero era algo más; aquel llanto lo demostraba... Había visto a Marina, sola, pensativa, preocupada; la sorprendió varias veces llorando; pero como era la chica tan sentimental y romántica, no tomó aquello en serio.

«¿Habría llegado Marina...?»

Blanca recordaba dos o tres muchachas que habían cometido algún desliz. La conducta del pueblo para ellas había sido de una crueldad tal, que la vida allí se les hizo imposible. Las demás muchachas se apartaban de ellas como de un apestado; los hombres se creían con derecho a su cuerpo ya perdido y les mandaban recados con la Cañamera y la Zenona, las dos Celestinas de Labraz; los chicos las insultaban. Era el espíritu canalla y cobarde de todos los pueblos levíticos.

«Y su hermana tan alegre, tan bonita, ¿iba a ser también despreciada así?», pensaba Blanca con desesperación.

Cuando se calmó Marina, Blanca le dijo:

—¡Anda! Cuéntamelo todo.

Marina, con voz entrecortada, contó cómo había hablado durante algún tiempo de noche con don Ramiro por la ventana de la calle de Jesús, y las cartas que le escribió él y las que le contestó ella.

Luego don Ramiro le había pedido que le abriese la puerta una noche y ella no se atrevió a hacerlo.

Volvió a pedirle lo mismo pocas noches después, y Marina se decidió a abrirle.

—¿Y le abriste? —preguntó Blanca.

—Sí, pero dio la casualidad de que el Predicador no se había acostado y, al oír nuestros pasos, salió al portal.

—¿Y le vio a don Ramiro?

—Sí.

—¿Y qué?

—El Predicador tomó del brazo a don Ramiro, le acompañó hasta la puerta y entonces él no ha vuelto más.

—¿Nunca más?

—Nunca.

Blanca suspiró tranquila; Marina suspiró también, pero fue de dolor.

—Pero ¿qué esperabas de ese hombre? —preguntó Blanca—. ¿No sabías que estaba casado?

—Le quería y le quiero —murmuró Marina.

Y a las reflexiones de su hermana, contestó que le quería y que soportaría todos los desprecios y todas las humillaciones por él. Ya los había soportado, porque la Cañamera, aquella mujer repugnante, creyéndola ya perdida, le había hecho proposiciones...

Marina, al decir esto, comenzó a sollozar de nuevo amargamente, y Blanca la abrazó llorando.

El mes era de mayo, un tiempo glorioso,
Quando facen las aves un solaz deleitoso.

LORENZO SEGURA DE ASTORGA

Pasó el invierno con sus lluvias y sus nieblas. Cesárea, la mujer de don Ramiro, seguía sin mejorar; el médico que la visitaba manifestaba pocas esperanzas de curación; aseguraba que no duraría más que hasta que la hoja de la higuera tuviese el tamaño del ala de un murciélago.

Don Ramiro había pasado días y días encerrado en casa, paseándose como una fiera. Cuando los buenos tiempos comenzaron, salía de casa a cazar volvía después por las calles con sus perros.

Tenía don Ramiro una voluntad de las que arrastran, y hacía danzar a todo el mundo con sus proyectos de jiras y excursiones.

Uno de los primeros días de Mayo decidieron ir a ver el antiguo monasterio próximo a Labraz, míster Bothwell, el organista con su sobrino Raimundo, un señor don Juan Manuel de Antoñana, aficionado a la arqueología, y don Ramiro. Éste convenció a Micaela que debía de ir con ellos, proporcionó una yegua mansa, y Micaela a caballo y los demás a pie, fueron todos al antiguo convento.

El monasterio estaba a unas cuatro leguas del pueblo hacia la sierra, en un valle formado por dos montañas.

Salieron temprano, antes del amanecer.

Al principio, por la carretera se cruzaban de cuando en cuando con algún carro con larga reata de mulas.

Desde que se abandonaba el llano y se iba internando en la parte agreste, el paisaje era encantador.

Hacía niebla y aparecían de una manera confusa los árboles y las pocas casas del camino, pero de pronto el sol apareció y quedó el cielo azul, y la luz se derramó a raudales por todas partes.

El río murmuraba allí cerca sobre un fondo de verdura; los pájaros trinaban en las ramas.

El monasterio era grande y abandonado.

Lo cuidaba un viejecillo, antiguo guardián del convento, cuando en este aún quedaban los cartujos.

Entraron en el convento por un patio que tenía en el centro una gran cruz de piedra y al lado una fuente.

De este patio por un arco se pasaba a otro empedrado con piedrecillas, entre las cuales había embutidos huesos de vaca formando dibujos.

El antiguo guardián tenía preparado el almuerzo; se sentaron todos a la mesa.

Micaela estaba con el viaje más alegre y animada que de costumbre, sus mejillas tenían un color de rosa del aire del campo.

Mientras comían, el viejecillo guardián del convento comenzó a contar la vida de los frailes.

Fue una relación monótona de lo que comían, de cómo paseaban, y añadió una gran cantidad de detalles insignificantes.

—¿De manera que vivían mal? —preguntó don Ramiro.

El viejo guiñó los ojos.

—Ya quisiera yo vivir como ellos —dijo.

—¿Comiendo nada más que abadejo?

—El abadejo que ellos comían, podría usted comerlo.

—¿Era bueno?

—*De profundis clamavit.*

Todos se echaron a reír, menos el cura a quien debió de parecerle la cosa algo irreverente.

Después, don Juan Manuel de Antoñana contó las barbaridades que habían hecho los franceses al pasar por allá.

—Rompían a culatazos —dijo— las puertas y las quemaban, forzaban los armarios, robaban frontales, casullas y albas, hollaban las formas, levantaban las aras de los altares, se metían con los caballos en la iglesia y los abrevaban en las pilas del agua bendita.

»He leído —añadió— la descripción que hace uno de los frailes que fue testigo presencial de los atropellos y de las profanaciones.

»Mientras unos tocaban el órgano dando manotadas y golpes sobre él hasta hacerle añicos, andaban los demás a caballo por la iglesia.

»Entre los pies de los caballos veíanse las casullas atadas por el cíngulo a la cola de las bestias; las cruces procesionales, los incensarios y vinajeras andaban rodando.

»Los jefes de la tropa bebían en cálices y vasos de la unción; los soldados desencajaban los retablos, desnudaban las imágenes y las tiraban por el suelo, ponían las peanas como pesebres, hacían pedazos las custodias y abrían hasta los sepulcros recientes.

—Otra de las barbaridades que hicieron —dijo el organista en tono jovial— fue robar un cofrecillo con huesos y otras reliquias de San Prudencio. Los frailes, al verlos marchar a los franceses, rezaban por aquellos sacrílegos porque comprendían que el santo iba a hacer una de las suyas con tales herejes; pero con gran asombro suyo, el santo no hizo nada.

»A uno de los frailes que no muy convencido del poder de las reliquias, trató de disuadirles de que se llevaran el cofrecillo, le ataron una cuerda al cuello y lo llevaron así hasta Labraz.

»Eso no es obstáculo para que las reliquias que están en la Colegiata se

consideren como más milagrosas que nunca.

—Por favor calle usted, tío; si no por mí, por doña Micaela —dijo Raimundo.

—No, déjele usted. Aquí no nos oye nadie.

—Más grave fue lo que sucedió en el convento de franciscanas —añadió el organista.

—¿Que sucedió allá, don Ignacio? —preguntó sonriendo Micaela.

—Pues nada, que entraron en el convento los franceses y... se encarnizaron, desgarraron el estandarte de la Concepción, desencajaron los retablos... lo desgarraron todo... Ya habían asaltado aquellos malditos herejes todas las celdas, cuando la vieja abadesa, que tenía más de sesenta años y bigote tan crecido como un carabinero, acercándose a un gastador francés alto y rubio, le dijo en ansia de martirio poniéndose la mano en el pecho: «*Moa... moa... monja también*».

Raimundo miró asustado a Micaela; pero ésta, al ver la mímica del organista, se reía a carcajadas.

Don Ramiro observaba atentamente a Micaela.

Concluyeron de almorzar, salieron al patio, y por una especie de pasillo oscuro con una imagen en la pared, pasaron a un tercer patio cubierto de grandes losas.

En éste se hallaba la iglesia. Tenía un vestíbulo grande con bancos de azulejos a los dos lados, y sobre la pared un alto relieve con los siete fundadores del convento.

La puerta de la iglesia era gótica, como hizo observar Antoñana, pero de un estilo decadente y tosco al mismo tiempo; tenía en relieve escenas de la Pasión con las figuras pintadas de azul y rojo, y dominando estos relieves la Virgen con Cristo muerto en brazos. Por encima de las dos imágenes corría una greca que decía: «*Videte si est dolor, sicut dolor meus*». La iglesia era grande, tenía un hermoso retablo dorado a fuego y un tabernáculo de ocho a diez metros de alto, que como dijo Armendáriz, era lo más feo y lo más antiartístico que puede salir de la cabeza de un fraile.

—Fíjense ustedes —añadió—, las columna de jaspe parecen de jamón mechado; la otra piedra más oscura debe ser de chocolate; yo esto no lo puedo ver en ayunas, tiene un aspecto tan comestible que provoca el apetito.

—¿Vamos a tocar el órgano? —dijo don Ramiro.

—Sí, vamos allá.

Antoñana prefirió ver la biblioteca.

Subieron los demás una estrecha escalera hasta llegar al coro.

El órgano era viejo, estaba pintarrajeado de mil colores; tenía las teclas amarillas y algunas compuestas con alambres. El fuelle se movía con una palanca de madera pesadísima. Don Ramiro intentó moverlo y no pudo; el organista fue en su auxilio, y entre los dos hicieron elevar la parte de arriba de los fuelles, sobre la cual había dos grandes piedras.

—Toque usted, Micaela —dijo el organista.

—Pero yo no sé manejar estas cosas —dijo ella señalando los registros.

—Raimundo lo hará por usted.

Se sentó Micaela en un taburete y comenzó a tocar una romanza melancólica de *Marta* de Flotow. Raimundo cambiaba los registros, las notas se elevaban en el aire muy tristes, muy románticas.

—Muy bien —dijeron el organista y don Ramiro cuando concluyó.

—Ahora, toca tú —añadió el organista dirigiéndose a su sobrino.

Micaela se levantó del taburete y cedió su sitio al curita. Éste se sentó y se incorporó inmediatamente. El calor tibio que despedía el asiento le había hecho sentir a Raimundo en aquel momento un deseo agudísimo.

—¿Qué es eso?, ¿qué te pasa? —preguntó su tío.

—Nada, nada —balbuceó el cura con la cara enrojecida—. Me ha dado como un desmayo. ¿Qué quieren ustedes que toque?

—Algo tuyo —dijo el organista.

—Bueno.

Sentóse el cura al órgano.

La mano izquierda en las últimas notas bajas comenzó a preludiar melodías que acababan al instante, la mano derecha rozaba ligera sobre el teclado, y ambas iban con rapidez a abrir y a cerrar los registros.

De pronto, hubiérase dicho que una fuerza poderosa, creciente, fue animando al órgano que bramaba y suspiraba como si anhelase lanzarse en un abismo que él mismo contuviera.

Los arpegios aislados y brillantes como perlas de un collar engarzadas en los ritmos graves del acompañamiento, dibujaban curvas cada vez más amplias, cada vez más redondas...

La misma frase, coloreándose, matizándose moría en un quejido... y volvía a renacer; unas veces humilde se ocultaba, y era como el agua entre las hierbas y las hojas muertas; otras reía limpia como el agua que cae en las fuentes abandonadas.

Micaela escuchaba conmovida, los ojos puestos en las manos del cura que se perseguían y revoloteaban sobre el marfil del amarillento teclado...

De pronto un turbión de acordes graves, bramó en las entrañas del órgano. Los trémolos rugían, se amontonaban unos sobre otros, para alcanzar un cántico que los dominaba...; la mano izquierda de Raimundo caía sobre las notas oscuras y temblaba encima hasta dominarlas, y el cántico tranquilo, ideal, se elevaba en las regiones serenas como el águila en el aire azul, y trazaba inmensas espirales sobre los bramidos tempestuosos de la tierra.

La voz fue subiendo, fue subiendo cada vez más, y cada vez más brillante; pero de pronto vaciló, y como un pájaro herido de muerte, se hundió hasta desaparecer en los torbellinos de notas bajas.

—¡Bravo!, ¡admirable! —exclamó don Ramiro en el colmo del asombro.

El órgano aún suspiraba fatigado.

El cura, tímidamente sonriente, miró a Micaela. En aquel momento era suya, estaba aún dominada por la influencia de la música.

—Toque usted algo más —dijo don Ramiro.

—No, no; ya no más —murmuró Micaela—. Sigamos adelante.

Bajaron del coro, vieron el refectorio con sus grandes sillones de nogal.

Era interesante ver la parte de vivienda de los frailes.

Las celdas eran grandes, espaciosas; cada una tenía dos pisos, una gran chimenea, un taller y una huerta con galerías a los lados. Daban todas las celdas a un claustro, cuyo jardín servía de cementerio.

La vida allí debía de ser admirable, tranquila y llena de encantos. El aire movía las hojas de los árboles dulcemente, trinaban los pájaros.

Al anochecer todos volvieron al pueblo.

En suma, me apercibí de que todos eran egoístas, aunque, cuando estaban satisfechos, mostraban como la luna llena algo menos sus manchas.

J. P. RICHTER, *Titán*.

Míster Bothwell Crawford o Bothwell Crawford Esquire se entretenía en asombrar al pueblo con sus rarezas.

Hacía esto, en parte por su inclinación natural a todo lo que fuese estrambótico y raro, y en parte por ir en contra de las preocupaciones de los labracenses.

Su indumentaria era siempre caprichosa: los trajes de grandes cuadros y de gruesas rayas le encantaban; iba a veces a pescar al río con polainas y sombrero de copa, pero generalmente usaba una gorrita pequeña con varias plumas de águila.

Su sitio predilecto era un árbol torcido que se inclinaba hacia el río; sentábase allí en una rama, tendía la caña de pescar, la sujetaba en el árbol y luego sacaba un libro y se ponía a leer. Solía reírse a carcajadas y algunas veces, para tranquilizarse, se desnudaba y se tiraba al río.

Tenía proyectos descabellados de explotaciones de minas y de saltos de agua. Todo el mundo se burlaba de sus proyectos; él nunca se incomodaba.

Algunos decían que el inglés era templado, y lo demostró de tal manera que nadie pudo tener duda de su valor en lo sucesivo.

Había en el barrio alto una casa de juego sostenida por un tunante de Labraz, que después de haber rodado por todas partes había ido al pueblo a casarse con la viuda de un confitero, que además era querida de un canónigo.

A esta casa solían acudir los aristócratas de Labraz a jugar al monte, y allí se hablaba, se murmuraba y se contaban todas las historias y chismes que corrían por el pueblo.

El inglés, aunque raras veces, solía ir allá. Desde que estaba en el pueblo don Ramiro, era muy frecuente que las conversaciones girasen acerca de él, y una de las tardes que fue el inglés hablaban de don Ramiro.

El dueño de la chirlata, un hombre rubio, enfermizo, de muy mala sangre, explicaba, según le habían contado a él, la causa de la fuga de don Ramiro de Madrid.

—Parece ser —dijo— que don Ramiro tenía un amigo revolucionario, hombre ya entrado en años. El viejo revolucionario había cometido la torpeza de casarse con una muchacha muy bonita, muy alegre y muy coqueta. El viejo tuvo la poca prudencia de querer guardar a su esposa excesivamente, y como era hombre celoso y malhumorado, armaba a su mujer un escándalo por un quítame allá esas pajas.

»El revolucionario había conocido a don Ramiro en una logia masónica y llegó a tener una confianza tan grande en él que no tenía inconveniente en que don Ramiro

visitara su casa y acompañara a su mujer mientras él se hallaba fuera.

»Sucedió no sé qué trifulca, y el viejo tuvo que huir de Madrid perseguido por la policía. Antes escribió una carta a don Ramiro recomendándole que no abandonase a su mujer, y efectivamente —añadió el dueño de la casa de juego, con sorna—, don Ramiro no la abandonó hasta que la conquistó, la hizo su querida y le vendió todos los muebles.

»Mientras tanto, al cabo de unos meses, llega el viejo a Madrid, cena con unos amigos que le reciben y le proponen pasar la noche en casa de una Cañamera de allá. El viejo se resiste, pero los amigos le llevan quieras que no. Entran en un cuarto, sale una vieja con unas cuantas mujeres, y después de un momento de charla, la vieja le dice al revolucionario: —Tengo ahora una recién casada que es preciosa. La voy a llamar—. Lo hace así: entra una mujer y el viejo da un grito espantoso y se abalanza sobre ella. La recién casada era su mujer; don Ramiro la había llevado a casa de la vieja y por unas onzas la había vendido.

—¡Demonio! —dijo uno de los jugadores—. ¡Vaya un hombre!

—¿Y el viejo no fue a matarlo? —preguntó otro.

—Sí, lo desafió —contestó el de la casa de juego—; ¿y sabéis lo que pasó? Que a los cuatro días fueron a Monteleón con dos padrinos cada uno, y don Ramiro le metió una bala en la sesera al viejo. Por eso tuvo que escapar.

Se oyó una serie de exclamaciones de admiración.

—A ver si hace lo mismo que con esa mujer con la chica de La Goya —dijo uno.

—¿Con qué chica? —preguntó el inglés.

—Con Marina. Entra ya en la casa de noche.

—¿Quién?

—¿Quién ha de ser? Don Ramiro.

—¡Si no se arregla más que con una!

—Es muy posible que se arregle con las dos.

—¡De casta le viene al galgo! —dijo otro.

Míster Bothwell no quiso oír más. Salió de la casa de juego y marchó a la posada. Entró en su cuarto y llamó a Blanca.

—Esto he oído —le dijo—, yo no creo que sea verdad —añadió fríamente—, pero necesito cerciorarme y saber lo que pasa.

Blanca, llorando, desesperada, contó lo que había ocurrido con Marina.

—Está bien —murmuró el inglés—; ahora me las compondré yo para arreglar esta cuestión.

Abrió su baúl, sacó dos pistolas, las cargó y volvió a la casa de juego.

No había ido todavía don Ramiro y esperó a que llegase.

Al verle se acercó a él.

—¿Sabe usted, don Ramiro, que aquí hablaban mal de usted hace un momento?

—¿Sí? —preguntó don Ramiro sonriendo, esperando una salida rara del inglés.

—Sí.

—¿Y qué decían?

—Muchas cosas; entre ellas, algunas no me interesan, pero otras sí.

—¿Y cuáles le interesaban a usted, señor Bothwell?

—Ésta, por ejemplo: que decían que usted entraba en casa de la Goya porque era el amante de una de sus hijas.

—¿Y esto le interesa a usted, míster?

—Sí.

—¿Y por qué?

—Porque sé que no es verdad.

—¿Se lo ha dicho a usted ella?

—No; me lo ha dicho uno, que cuando pretendió usted entrar, le puso a usted en la puerta de la calle.

Don Ramiro se levantó pálido y dijo:

—¿Viene usted a provocarme, caballero?

—Vengo a pedirle que confiese usted que lo que se ha dicho aquí de la muchacha ésa, es falso.

—¿Usted está reñido con la vida, míster?

—Nada de eso.

—Pues se está exponiendo a que le meta a usted una bala en los sesos, si es que los tiene.

—¡Oh! Lo veríamos. Respecto a puntería no tengo a nadie que envidiar; poseo buena vista y un pulso excelente. Vera usted: ¡a la luz ésa! —Y Bothwell sacó su pistola, disparó un tiro y apagó la luz. Se produjo un gran barullo en la sala—. Con una buena pistola —añadió el inglés con tranquilidad—, de diez blancos hago los diez.

Don Ramiro palideció profundamente; el dueño de la casa de juego y otros dos sacaron las navajas y se acercaron al inglés; pero éste les mantuvo a distancia, y a uno de ellos le atravesó la mano de un balazo.

—¡Que conste —gritó Bothwell— que lo que ha dicho este señor es mentira! ¡Adiós! —Y salió a la calle.

El acto del inglés produjo una enorme estupefacción en el pueblo; no se comprendía aquel quijotismo. Los labracenses se consideraban a sí mismos caballerescos; ¿pero a qué venía ir a defender a la hija de una mesonera? Les parecía esto absurdo hasta la exageración.

Sólo alguno que otro, entre ellos Antonio Bengoa y Perico el liberal del pueblo, defendieron a Bothwell a capa y espada. El escándalo tuvo sus ventajas para las hijas de la Goya: las pistolas del inglés y su valor frío produjeron un miedo cerval entre aquellos valientes de la navaja. Al mes o cosa así, Bothwell dejó la casa de la Goya y alquiló una casa para él.

Como pueblo levítico, Labraz era vicioso, pero de una manera oscura y siniestra.

Había dos Celestinas en el pueblo que trabajaban para el elemento rico y clerical de Labraz. Eran dos mujeres viejas; a una le llamaban *la Cañamera* y era gorda, ventruda, repugnante; solía ir vestida de negro. Tenía en su casa algunas pupilas y las explotaba de una manera miserable. Sabía que aquellas desdichadas no habrían de encontrar protección en toda la tierra y las trataba peor que a bestias.

La otra se llamaba Zenona, y sus asuntos eran más reservados.

Las dos andaban detrás de toda muchacha que estaba al caer y, como cuervos que viven de la carne muerta, se cebaban en ella.

Inmediatamente, la gente honrada de Labraz, el juez que fallaba los pleitos según las recomendaciones, el notario que entraba a saco en la conciencia y en la propiedad ajenas, los que prestaban al sesenta por ciento; en fin, toda la gente honrada, formaba como una muralla para que no les contaminase la atmósfera ponzoñosa de la muchacha perdida que ya no podía ir a la iglesia, ni podía pasear, ni podía salir a la calle porque el alguacil inmediatamente la llevaba a la cárcel.

Mientras tanto se clareaban contubernios entre curas y mujeres casadas; pero nadie decía «esta boca es mía». Se hablaba de si los hijos de un carpintero, en cuya casa vivía el canónigo, se parecían más a éste que al padre legal de las criaturas; pero todas estas sospechas no llegaban a producir deshonor: esto sí, se miraba con cierta sorna al marido, pero nada más.

Era original que los curas que fomentaban la prostitución clandestina la declarasen guerra a muerte públicamente.

Una de las veces que la Cañamera estuvo a la muerte, el cura que la confesó la hizo prometer que abandonaría para siempre su prostíbulo y licenciaria a sus pupilas.

Al curarse la mujer no cumplió su palabra, y al exigírselo así el cabildo entero, la Cañamera dijo que pondría en la puerta una lista de todos, los curas que iban a su casa.

Se zafó la cuestión por miedo al escándalo, y la Cañamera siguió trabajando en su negocio.

Dominaba en Labraz una hipocresía inconsciente; no se daban cuenta aquellos curas ni aquellos señores ricos de su hipocresía. Como esos matones que, un día y otro, reciben una paliza y están convencidos de que son valientes, aquéllos, buenos señores que podían contar con los dedos para no equivocarse, las canalladas que hacían durante el día, estaban también convencidos de que eran buenos, caballerescos y virtuosos.

Ni aun entre los muchachos jóvenes se encontraba generosidad. Estaban tan muertos como los viejos: el joven de diez y ocho o veinte años que tenía una renta de seis mil reales, no trabajaba ya. Cuando se presentara la ocasión, un cura le haría un buen matrimonio con una muchacha que tuviera tanto o más que él, aunque fuese fea

como el mismo diablo, y tan contento. Éste era el estado perfecto para un labracense: la mujer fea alimentaba, y el marido, entre golpes de pecho y señales de la cruz, andaba en tratos con la Cañamera.

Como la gente del pueblo no leía ni pensaba, todas sus energías eran únicamente vegetativas. La única ocupación moral que tenían era el denunciarse y el armar pleitos. Los instintos brutales, a medias contenidos por el miedo al infierno, a medias irritados por el resquicio que la hipocresía deja a todos los vicios, habían hecho a los habitantes de Labraz de una inaudita ferocidad.

Durante las fiestas, esta ferocidad se desbordaba en las corridas de toros; Labraz podía eclipsar a todos los pueblos más salvajes, a todos los pueblos de España en donde las corridas tomen el aspecto más cobarde y más abyecto. Los mozos, señoritos y patanes, se ponían en las vallas y al pasar el toro junto a ellos le hundían pinchos, le pegaban en el hocico, le saltaban un ojo si podían, y al último, cuando echaban un toro ya viejo o una vaca, después de torearla se echaban todos sobre ella, la sujetaban y la iban dando navajadas hasta convertirla en una piltrafa. Luego se bailaba la jota, la estupidez y el salvajismo hechos canto, se bebía mucho y se rezaba en casa.

Los perdidos, los crapulosos del pueblo, cuando llegaba Semana Santa se conmovían y se ponían su sambenito y su coraza para ir en la procesión.

«¡Cho! Porque uno tenga defectos no ha de dejar por eso de ser cristiano.»

La ferocidad se unía en todos aquellos bárbaros con la pereza y la inutilidad más absoluta. Para el rico, jugar, pasear e ir a las perdices o a las codornices; para el pobre, embrutecerse trabajando y emborracharse alguna que otra vez.

Los que tenían buen fondo eran rutinarios y consideraban la idea nueva, el proyecto nuevo como una cosa aborrecible y diabólica.

No era tampoco la vida de Labraz una vida sensual; al revés, los ejes de la existencia del pueblo, eran sentimientos metafísicos: honor, religión, patria... pero sobre todos estos sentimientos metafísicos estaba el dinero. En Labraz era muchísimo más el prestamista rico que el hidalgo arruinado.

Un hecho pintaba al pueblo. Una vez en Semana Santa, mientras la procesión andaba por la calle, se presentó un bohemio con un mono pidiendo limosna. Iba el hombre por las calles en donde no andaba la procesión, haciendo bailar al mono al son del pandero. De pronto el cielo se nubló, y al cabo de poco tiempo empezó a llover. La gente, enmascarados que volvían de la procesión y otros que llevaban el palio, estandartes y mangas, supusieron que el mono del bohemio tenía la culpa de que lloviera; un canónigo con cara de cerdo dijo que el que anduviera aquel día el bohemio era efectivamente un desacato a su Divina Majestad, y en seguida todos los valientes del arremangado brazo se echaron sobre el mono y lo cosieron a navajadas. El bohemio echó a correr y le persiguieron a pedradas hasta que lo perdieron de vista.

Todos estos hechos los explicaba Perico el liberal del pueblo por este cantar, probablemente inventado por él:

*¿Cómo quieres que en Labraz,
haya muchos liberales,
si son tos hijos de cura,
de canónigos y frailes?*

Estoy loca llorando por una cosa que me produce alegría.

SHAKESPEARE, *La Tempestad*.

Fue para don Ramiro una época extraña de su vida. Comenzó a dejar de salir de casa y a todas horas se pasaba charlando con Micaela. Al principio sus conversaciones eran de asuntos indiferentes, luego se hicieron más personales, más hondos.

Al anochecer, muchas veces sin más luz que la de las llamas de la chimenea, se sentaban al lado del fuego y hablaban largamente.

Don Ramiro trató de insinuarse en el alma de Micaela, de ver lo que había en el fondo de aquella mujer de apariencia tan fría, y cuando se encontró a sí mismo preocupado, pensando siempre en ella, se alarmó.

Pronto pudo comprender que en su alma nacía una pasión fuerte, y entonces quiso allanar los obstáculos que podían oponerse a su amor.

«Es tan orgullosa —pensó— que aunque me quisiera no se rendiría. Su pudor y su orgullo serán siempre un obstáculo para mis intentos.»

Comprendiendo esto, con una constancia de un hombre de voluntad firme, se dedicó a todas horas a llevar la conversación con Micaela a asuntos escabrosos, a exponer teorías libertinas velándolas siempre.

Micaela discutía con él sin turbarse, comprendía el esfuerzo que hacía Ramiro para destruir su pudor, y ella, que se sentía por dentro pervertida, se recreaba íntimamente con su perversidad.

Y ninguno de los dos creía perder terreno, y los dos, poco a poco, iban saturándose de amor.

Algunas veces la voz de Micaela temblaba y brillaban sus ojos; Ramiro sentía intenciones entonces de aprisionarla entre sus brazos, pero una mirada fría de ella le hacía desistir de su intento.

Don Ramiro recurrió a todos los procedimientos, prestó a Micaela *Faublas* y las *Liaisons dangereuses*, por si influían en ella; pero Micaela, después de haber leído los dos libros, se los devolvió diciendo que los encontraba necios y tristes.

Poco tiempo después, don Ramiro pudo comprender que iba perdiendo la partida; lo que no comprendió fue que no era sólo suya la derrota.

Micaela sabía fingir mejor bajo su máscara de frialdad; su corazón estaba turbado.

Una tarde de Agosto, mientras la vieja criada estaba en la iglesia y Cesárea dormía, bajó Micaela al huerto y, como el sol picaba, se refugió en un cenador cubierto por el ramaje de un rosal tardío, plagado de rosas de té.

Estaba Micaela pálida y triste; su rostro, generalmente tranquilo, expresaba languidez y pesar.

Había en aquel ángulo del jardín filas de tiestos rotos y de cajones llenos de tierra, que servían de sementeras del huerto.

Micaela se detuvo pensativa.

Por encima de la muralla se veía el campo recién segado, lomas y lomas desnudas de árboles, que se sucedían monótonas. Una fila de chopos, que desarrollaba grandes curvas, indicaba el trayecto del río.

Los caminos de herradura se esparcían por el valle, cuadriculado en eras de mieses y en campos de olivos y de viñas.

Alguno que otro huerto frondoso bordeaba el río, y el camino real se tendía como una cinta blanca escalando lomas amarillentas y rojas, sombreado por olmos negruzcos y acacias de copa verde.

Micaela recorrió el jardín abandonado; pasó por debajo de rincones sombríos entoldados por cortinas de hierbajos y de maleza que pendían del muro.

Contemplaba sin ver las manchas verdosas de las viejas paredes, las grietas de donde brotaban las avispas para revolotear al sol como gotas flotantes de oro.

Pasaba bajo los cobertizos de cañas carcomidas, empotradas en la pared por un extremo, que antiguamente sostuvieron enredaderas y madreselvas.

Luego dejó los andenes laterales y se sentó al borde de la alberca, en el centro del jardín.

Distraída arrancaba la simiente de los juncos que crecían en el seco estanque, y contemplaba el vetusto ciprés que se alzaba oscuro y rígido en el huerto.

¡Qué triste era aquel árbol!... ¡Siempre solo, mustio! Únicamente en lo alto de la copa el ramaje, de color de bronce, verdeaba un poco, una pálida señal de vida. Al soplo caliente de la tarde se balanceaba con todo un mundo de gorriones que se guarecían entre las ramas rugosas pegadas al tronco del árbol, como las venas en la piel de un viejo degenerado.

Micaela se sentó al borde del estanque en un banco verde, medio podrido, que allí había. Con la cabeza apoyada en las manos miraba el cielo azul profundo. Una pareja de cigüeñas pasó volando.

El aire vibraba seco, caliente, como el hálito ardoroso de un horno; las hojas, agostadas por el calor, colgaban flácidas de su tallo.

Micaela, embriagada ante aquella luz y aquel calor, se adormecía voluptuosamente, y una sensación de sequedad, casi de ahogo, le hacía respirar con fuerza el aire de fuego que traía el aroma de las flores calcinadas por el sol.

Deslumbrada por la claridad del cielo, cerraba los ojos, y al atravesar la luz sus párpados se enrojecía, y Micaela experimentaba la sensación de hallarse bajo una gran bóveda roja de color de sangre.

El piar de los pájaros, el deslizarse de las lagartijas entre la hojarasca, el rezongueo de los moscardones, todos los murmullos del jardín, reunidos al zumbido del calor, semejante al eco que los grandes caracoles guardan en sus volutas de nácar, le acariciaban con la armonía vaga de un ensueño. Sentía una enorme laxitud y su

corazón latía violentamente.

Hubiese querido estar siempre así, tendida en la tierra, sin preocupaciones ni cuidados, reflejando en sus ojos grises, tan pronto el cielo azul como el parpadear de las estrellas. Como si su voluntad se hubiese de repente agotado, no se sentía con fuerza para levantarse.

Oyó que la llamaban.

—¡Micaela! ¡Micaela!

Era don Ramiro que se acercó a ella.

La muchacha se levantó con rapidez.

—¿Qué hay?, ¿qué pasa? —preguntó malhumorada.

—Venía a ver dónde estabas.

Micaela, lánguidamente, se acercó a la tapia de la huerta y se sentó en ella. Don Ramiro hizo lo mismo.

Comenzaba a anochecer. Sobre el cielo, de color de malva, se extendía el campo violáceo, y la torre de la Colegiata se erguía roja y brillante por los últimos rayos del sol, como una brasa, ardiendo.

Los vencejos se perseguían en bandadas, girando vertiginosamente con algarabía estrepitosa.

Don Ramiro habló a Micaela con voz insinuante y temblona. Micaela le escuchaba estremecida.

La brisa de la tarde se tendía sobre el valle, oíase el rumor de las esquilas de los rebaños que volvían al pueblo, una ligera bruma se levantaba del río y el humo de las hogueras de rastrojos iba rasando la tierra.

En el cielo, jirones largos de niebla se unían y formaban un inmenso lago de plomo.

Traspuso el sol la cordillera lejana y desapareció; resonaron en la torre de piedra de la Colegiata las campanadas del Ángelus, y sus notas graves rodaron en el aire hasta perderse en el horizonte lejano.

—¿Vamos? —preguntó don Ramiro.

—Vamos, sí.

Y Micaela se levantó pesarosa.

En sus ojos fijos, iluminados por el último resplandor de la tarde, don Ramiro leyó algo muy extraño.

Tomó la mano de Micaela y ella no la retiró; luego la tomó por el talle y la besó en los labios.

Ella permaneció en los brazos de don Ramiro.

—Ven. Serás mía —murmuró él con voz apagada.

Micaela se desasíó y, con voz ronca, dijo:

—No. Hoy no.

Es preciso que el proverbio se cumpla: «El mendigo a caballo le hace galopar hasta la muerte».

SHAKESPEARE, *Enrique IV*

Don Ramiro paseó por el jardín, mirando la noche que había ya cubierto con sus negruras la tierra.

Se sentía dominado; aquella serenidad suya de siempre ante las circunstancias más críticas de la vida, había desaparecido.

No tenía la conciencia de su fuerza, se encontraba intimidado ante aquella mujer. Otras veces sintió la seguridad más absoluta de que los hechos se producirían a medida de sus deseos; en aquel instante observaba en sí mismo que no iba a saber resistir a la fuerza de los acontecimientos, que éstos le arrastrarían, no se sabe dónde, como las olas a un barco sin timón y sin guía.

Era preciso fingir tranquilidad, sobreponerse a la falta de energía de un momento; vivir mientras la debilidad de su espíritu persistiera imitándose a sí mismo, haciendo alarde de frialdad, de impasibilidad, dominando sus palabras y sus gestos.

Sentía estremecimientos de angustia, un gran temor al notar que una vida de pasión se desenvolvía en él, que sus sentimientos antes fuertes, incommovibles, se deshacían, y que un principio de ternura, de necesidad de humillarse, trataba de reemplazar a su pasada frialdad.

Aquella falta de energía de su espíritu se manifestaba además por un gran temor inmotivado y por recuerdos que se revolvían en su cerebro sin ninguna ilación.

Recordaba la infancia, lo que hasta entonces nunca había recordado; le parecía que el resto de su vida se iba borrando.

Aquella época horrible de su infancia en que abandonado y sin hogar había andado errante, comiendo de limosna, durmiendo en cuevas y en matorrales, no se apartaba de su mente.

De una época anterior, tenía la vaga idea de haber vivido en una casa grande, con una mujer muy hermosa, que él suponía era su madre. Luego, sin transición, se encontraba viviendo en un caserío en donde hablaban vascuence, pero no sabía quién le había llevado allí, aunque recordaba haber ido a caballo por el campo con un hombre moreno.

La vida en el caserío era la que mejor recordaba a medida que iba pensando en ella; todos los detalles de las personas y de las cosas vistas se le iban apareciendo en la imaginación.

El caserío aquel hallábase en el recodo de un sendero; estaba oculto entre viejas encinas, robles corpulentos y hayas de robustos brazos y plateada corteza. Parecía

mirar de soslayo hacia el camino y esconder su cuerpo para ocultar su decrepitud y las huellas que el viento, la humedad y los años habían impreso en sus paredes.

Por debajo tenía un hayal extenso que se llamaba *Pagadi Beltz*, 'hayal negro' en vascuence, y por estar el camino cercano a él se le decía lo mismo.

En Pagadi Beltz vivía una familia a cuya custodia encomendaron no se sabía quiénes a Ramiro. Era una de esas familias desdichadas, opulenta en desgracias, pues el buen Dios no se cansaba de derramar infortunios sobre ella.

El dueño se pasaba la vida trabajando, pero tenía una tierra malísima, más estéril que una cortesana, y se dejaba en ella la poca energía de sus ya cansados músculos.

En Pagadi Beltz se vivía en la mayor miseria, se alimentaban de pan de maíz y de legumbres. La casa no tenía piso en el suelo, sino tierra; no había tampoco chimenea; encendíase el fuego en medio de la cocina llenando de humo todo. Era la vida más miserable que imaginarse puede.

Ramiro no hacía nada, andaba como un salvaje a todas horas y sólo aparecía en casa para comer y para dormir.

Al año o a los dos años de estar el muchacho allá, enfermó el hombre del caserío, y como estaba acostumbrado a sufrir tranquilamente, y el pueblo estaba lejos, no llamaron al médico.

Una noche, al volver Ramiro a casa encontró al viejo del caserío muerto.

Al día siguiente, un hombre vino con una caja atravesada sobre un caballo, metieron allí al viejo, y entre los dos hijos y los amigos lo llevaron al pueblo a enterrarle.

Por la tarde, en el caserío hubo la comida de funerales; en una sartén echaron una gran cantidad de tocino hasta liquidarlo por completo, y hecho esto pusieron la sartén en un poyo, formaron los hombres un círculo alrededor y fueron mojando sucesivamente en la grasa pedazos calientes de borona.

Concluida la comida, se fueron marchando los invitados y los hijos y no quedó en la cocina de la casa más que la vieja. Ramiro, mejor que allí, prefirió dormir en el campo y salió de casa.

Hacía una noche de otoño húmeda y templada; la recordaba don Ramiro profundamente, con sus sentidos; veía las nubes que corrían atropelladamente en pelotones opacos; le parecía sentir la frescura dulce del viento que murmuraba entre los árboles y contemplaba la claridad de la luna que atravesaba el follaje y daba un aspecto fantástico a los troncos caídos en el monte.

Era la primera vez que Ramiro había pensado en su vida, en su porvenir, aunque de una manera vaga.

A la revuelta de un camino se halló de improviso frente a una casa. Escapaba la luz por los intersticios de la puerta del granero. Impulsado por la curiosidad, el muchacho subió una rampa que había para llegar al granero y miró por las rendijas de la puerta.

En un local extenso, a la luz de unos candiles que humeaban, unos hombres y

mujeres habían formado un corro alrededor de un gran montón de mazorcas de maíz, a las que despojaban de sus cubiertas.

Habían debido de terminar el trabajo, porque al cabo de poco tiempo se levantaron todos y fueron amontonando las mazorcas en un lado y las hojas en otro por los rincones.

Cuando se despejó el granero, uno de los mozos cogió un acordeón, y en el silencio de la noche comenzaron a sonar las notas del instrumento, primero confusas y atropelladas, luego con un aire de gaita. Otro de los mozos se levantó e invitó a bailar a una muchacha, fresca y rozagante; ella, después de hacerse la remilgada, se plantó frente a él, un viejo marcó el compás, dando con su pipa de barro en un vaso, y comenzó el baile que se fue haciendo más general.

Pasaban ellos y ellas de la luz a la sombra; se oía acompasado el castañeteo de los dedos, las fuertes pisadas de los mocetones que hacían estremecer el pavimento, chillidos agudos de mujer y de vez en cuando algún *irrintzi*, grito de salvaje alegría, y la risa zumbona de algún viejo que a la mitad se transformaba en una tos pertinaz...

Ramiro sentía una enorme tristeza; al alejarse de allí, una voz de mujer cantaba subrayando una canción en vascuence que aún Ramiro recordaba, una canción en la cual el poeta campesino acusa a una muchacha de saber bailar mejor que escardar el maíz.

Los demás acompañaban el canto dando palmadas y repetían a cada estrofa, el estribillo de la canción:

Ai ene, nik ere nahi nuke
Ai ene, zuk nahi bazenuke.

Estribillo que tenía entonaciones cariñosas, sensuales, productoras de nostalgia de amor en boca de aquellas muchachas garridas y fuertes.

Dejó Ramiro de mirar el granero y dio la vuelta al caserío.

En otra vivienda había una ventana iluminada. Se acercó y oyó vagamente el cántico de una madre que dormía a su hijo; Ramiro, entonces, sintió los ojos arrasados en lágrimas y se alejó de allí; se tiró al suelo entre los húmedos helechos, y con la cara oculta entre las manos, lloró largo tiempo, amargamente...

Nunca después había sentido una emoción tan grande como la de aquella noche. Ante su recuerda de niño, palidecían y se borraban todos los de su vida de hombre.

LIBRO TERCERO

EL SACRILEGIO

Es de noche; cae la lluvia del otoño; muge con estruendo el vendaval...

HEINE, *Intermezzo*.

Había llegado el otoño; después de algunos días de lluvias torrenciales, el sol brillaba más pálido en los campos segados; vapores tenues flotaban en el cielo; los árboles amarilleaban y clareaban, viéndoseles las ramas negras; y en la tierra las hojas amarillas y rojizas se agitaban con furor, e iban y venían y correteaban formando torbellinos negruzcos.

De noche el viento gemía en las chimeneas, golpeaba puertas y ventanas, roncaba y silbaba con furia.

Una noche, en la casa de Labraz, en un gran salón estaban reunidos todos sus moradores. Cesárea permanecía en la cama, se hallaba peor.

El aposento era grande; hallábase contiguo a un estrado que nunca se habitaba y que siempre estaba oscuro. A pesar de las luces de un pesado velón de cobre de cuatro pábilos, colocado en sólida mesa de nogal, y a pesar de las llamaradas del fuego de la chimenea, la estancia se hallaba a media luz y los muebles y los objetos tomaban formas indecisas.

A cada lado de la chimenea, que era alta, de piedra, había sillones de cuero ennegrecido, con grandes clavos dorados. En las paredes se destacaban cuadros grandes, en los cuales no se distinguían ni figuras ni colores; en el techo vigas negras, poderosas, cruzadas, formaban artesonados; del centro una lámpara de cobre grande y tosca colgaba de una gruesa cadena.

En el resto del cuarto se veían sillas y sillones rotos, y un velador atestado de frascos de botica.

En uno de los sillones, situado junto a la chimenea, hallábase Micaela; en el otro el Mayorazgo con Rosarito, su sobrina, en brazos. La niña dormía con la cabeza apoyada en el pecho de don Juan.

Don Ramiro paseaba por el cuarto y miraba atentamente a Micaela. Ésta cubría el rostro con sus manos en agitado movimiento. A veces entraban don Ramiro y Micaela en el cuarto de la enferma, y al volver seguía él midiendo con sus pasos la sala y ella removiendo el fuego.

Y pasaba el tiempo; el reloj de la Colegiata contaba en sus campanadas tristes y lentas las horas que pasaban, y al poco rato el reloj de la casa, un reloj largo, estrecho y huraño, como un señor búho, envejecido, refugiado en un rincón, lanzaba desde el fondo de su caja, que parecía un ataúd, su voz gangosa y malhumorada...

Soy de los que tienen un respeto supersticioso, un respeto de salvaje por los

relojes. Me inquietan en la soledad como si fueran personas que me contemplan. Hay, sobre todo en las sacristías de los pueblos, unos relojes altos que tienen el péndulo de porcelana y la esfera llena de adornos. Yo creo que estos relojes tienen alma...

—¿Por qué no se acuesta a Rosarito? —preguntó don Ramiro.

Acercóse Micaela a don Juan, trató de tomar la niña en sus brazos, pero ésta se negó agarrándose al cuello del Mayorazgo.

—Dejadla —dijo éste—. Cuando se duerma la llevaremos.

Don Ramiro siguió paseándose por el cuarto.

—Tarda en venir el médico... —murmuró.

—Habitualmente viene un poco más tarde —dijo don Juan—. ¿Está dormida Cesárea?

—Aletargada más bien —contestó Micaela.

—¿Tiene calentura en este momento? —añadió el Mayorazgo.

—Sí, yo creo que sí. Antes estaba hablando.

—¿Delirando? —preguntó don Ramiro con ansiedad.

—Sí, deliraba —repuso Micaela secamente.

—¿Vosotros creéis que el médico habrá conocido bien la enfermedad? —dijo don Ramiro.

—Sí, en eso tengo confianza —contestó don Juan.

Micaela se levantó, se asomó a la ventana y apoyó su frente en el cristal. En la noche oscura, en el campo negro, brillaban algunas llamas rojas. Después de lanzar una mirada larga y huraña a don Ramiro, Micaela exclamó:

—Voy a ver cómo sigue.

—Yo voy también —dijo don Ramiro.

—¿Quién tendrá cuidado de separar este cacharro de la lumbre cuando esté hirviendo? ¿Lo harás tú, Rosarito?

—Sí, tía.

—¿No te dormirás, hermosa?

—No.

Micaela y don Ramiro salieron de puntillas del cuarto.

Don Juan, con la niña en brazos, había dejado caer la cabeza sobre el pecho. En su memoria se amontonaban tristes recuerdos...

Su infancia dolorosa y triste; su juventud al lado de Cesárea, tan feliz después de su ceguera, y en medio de su vida sombría, sin escenas ni accidentes, aquella luz tan pura, aquel sol que rompía las nubes negras y purificaba el cielo de su existencia y le dejaba azul y diáfano e inmaculado. Y luego el dolor inmenso de la traición y la lucha consigo mismo contra sus instintos de acometer, la lucha para llegar a la resignación sufriendo la ironía tosca y estúpida de la gente, el abandono, la soledad, la eterna negrura de sus ojos sin luz. Después, cuando Micaela huérfana y sin parientes fue a

vivir a Labraz, una nueva esperanza brotó en su alma, no ya de amor, sino de afección tranquila. En su existencia quebrantada fue como un crepúsculo, una tregua al dolor.

Cuando apareció Ramiro con su mujer, su instinto le advirtió que la tragedia oscura de su alma no había llegado al desenlace.

Se renovaron las heridas, la traición pasada le hizo ver claro, con un ascetismo completo, la situación en que se hallaba, y venciendo las torturas que le proporcionaban sus ideas, llegó a poder dominar el desconcierto de sus instintos desordenados.

A veces sentía una grande y alta satisfacción al elevarse por encima de sus pasiones y al someterse a sí mismo como objeto de observación con una serenidad absoluta.

Otras veces, sin el valor necesario para afrontar el sufrimiento, se aferraba a la creencia de que sus preocupaciones eran efecto de su aprensión constante. «Soy demasiado desconfiado, pensaba, y trato de prever la desgracia. Si tiene que venir, vendrá, entonces será el momento de sufrirla.» Su sospecha se había acentuado en una breve conversación que tuvo con Cesárea.

Era en el cuarto de la enferma, pocos días antes. Cesárea hablaba con Juan, le contaba los sueños que le producía la fiebre.

—He soñado —murmuraba— que me moría. Me vestíais un hábito, y tú y Rosarito me llorabais; pero los demás, no. Después de muerta, pasaba por un camino llevando a Rosarito de la mano y allí había un buitre grande y negro que quería quitarme la niña. Tú estabas allí y me defendías.

—¡Qué locuras! —murmuró don Juan.

—Sí, son locuras —dijo la enferma—; pero en estos sueños he pensado yo muchas veces que, si no se adivina el porvenir, se ve claro el presente.

—¿Y qué has visto en ese sueño?

—He visto... en fin, quizá sean extravagancias. Quisiera que me prometieras una cosa, Juan.

—¿Qué?

—Que no te separarás de mi niña. Si me muero y Ramiro se vuelve a casar, tenía siempre junto a ti. ¿Me lo prometes?

—Sí, te lo juro. A no ser por la fuerza, no la separarán de mi lado.

—Gracias, Juan, gracias.

Y Cesárea al poco rato quedó amodorrada. El Mayorazgo, con el corazón oprimido, se acercó a la ventana. A lo lejos se oían voces de niños que jugaban al corro. Don Juan se estremeció y suspiró dolorosamente. De pronto, en el jardín, oyó la voz de don Ramiro apasionada, insinuante y luego la de Micaela, alegre, armoniosa. Era la misma indiferencia que tenían aquellas voces lejanas de niño, la indiferencia enorme de la felicidad por la desgracia.

Pensaba en esto mientras mecía sobre sus rodillas a Rosarito.

—No te duermas, Rosario —le decía—. Mira a ver si podemos sacar ya el cazo del fuego.

—Sí, ya está hirviendo el agua. ¿Lo sacaré?

—No, no vayas a quemarte. Ayúdame.

La niña tomó la mano de don Juan y éste cogió el cazo y lo dejó en un velador.

—Tío Juan —murmuró la niña—, mamá dice que se va a morir... ¿Tú crees que se morirá?

—No, chiquita mía, no.

—¿Y si se muere?

—Si se muere irá al cielo y vivirá allá arriba con los ángeles.

—Papá le ha dicho a tía Micaela que mamá se moriría pronto.

—¿Le ha dicho eso? ¿Delante de ti?

—No, delante de mí, no...; pero yo lo he oído.

—Calla, chiquita, calla. No hables más y duerme ahora.

Enmudeció la niña y enmudeció también el Mayorazgo; pero en el fondo de sus corazones palpitaba la inquietud.

—¿Y a mí me llevarán después de aquí, tío Juan? —preguntó la niña tras de un largo momento de silencio.

—¿Después? ¿Cuándo?

—Cuando se muera mamá.

—No sé, Rosarito; yo no sé nada —exclamó el Mayorazgo, turbado completamente con las palabras de la niña.

—Sí sabes, sí. ¿Me llevarán como llevaron a mamá?

—Si tu papá lo manda...

—¿Y tú, vendrás con nosotros?

—Yo no...; es decir, no sé.

—¿Y tía Micaela?

—Mira, duerme; duerme otro poco.

—Yo quiero estar contigo —exclamó la niña, y se subió a las rodillas del Mayorazgo, que la besó y lanzó un profundo suspiro.

Macbeth. ¡Si fracasamos...!
Lady Macbeth. ¿Nosotros fracasar?

SHAKESPEARE, *Macbeth*

Salieron Micaela y don Ramiro del cuarto, y entraron ambos en la alcoba inmediata. A la luz de un quinqué, cubierto con una pantalla verde, se veía vagamente a la enferma sobre el lecho blanco. Al lado de la cama dormitaba la vieja criada de Micaela.

—¿Cómo sigue? —preguntó don Ramiro.

—Igual, igual —murmuró la vieja.

Micaela se acercó a Cesárea y le arregló las cubiertas de la cama.

—¿Estás bien? —la dijo.

—Sí. ¿Qué hace la niña?

—Está durmiendo.

—Llevala a la cama.

—Ahora la llevaré.

Micaela salió del cuarto y poco después salió Ramiro. Tenían que atravesar un largo pasillo para llegar al gabinete en donde Rosario dormía con Micaela.

Ramiro detuvo a Micaela junto a una ventana del pasillo. Su voz temblaba por el deseo.

—¿Por qué me haces sufrir? —la dijo—. ¿No me has dicho que me quieres? ¿Que serás mía?

—Sí.

—¿Y me atormentas, sin embargo?

—No quiero que otra mujer, aunque sea una enferma, aunque sea una moribunda, tenga derechos sobre ti.

—Pero Cesárea no tiene vida, su corazón no puede resistir ya...

—El médico dijo ayer que hay personas enfermas del corazón que viven muchos años.

—Pero no con la enfermedad tan avanzada como Cesárea...

—¿Quién puede asegurar hasta dónde ha avanzado su enfermedad?

—¿Y después serás mía?

—Sí.

—¿Sin reservas, sin condiciones, sin más retardos?

—Sí.

—¡Oh, Micaela! ¡Si tú supieras lo que sufro por ti! Me sofoca día y noche el deseo ardiente de estar a tu lado, mis labios tienen sed de los tuyos, tu voz me turba,

tu presencia me enloquece. ¡Oh!, déjame que te quiera.

—No. No quiero que ninguna mujer tenga derechos sobre ti. Si yo he de ser tuya, quiero que tú seas mío, exclusivamente mío, no como un esclavo que puede tener la voluntad libre, sino como una cosa inerte que no tiene voluntad.

—Así seré yo, alma mía. Pero déjame besarte.

—No.

Don Ramiro se pasó la mano por la frente.

—¿Y cuando muera?...

—Aún no ha muerto.

—Es que no puede durar mucho...

—¿Quién sabe? Ayer tenía peor aspecto que hoy.

—Sí, es verdad.

—Puede ir mejorando.

Don Ramiro contempló a Micaela y la miró a los ojos; al verla impasible y tranquila, comenzó a pasear por el corredor a oscuras.

—Oye, Micaela —dijo don Ramiro—; tú ya sabes que yo no soy de esos hombres que han sustituido sus instintos por un código religioso o moral; tengo una sed ardiente de tus labios rojos y de tu piel suave y tibia, y... estoy dispuesto a todo. ¿Me entiendes?

—Sí.

—Yo quizás no soy tu igual; soy de otra raza despreciada que no tiene más leyes que sus instintos y la libertad. He nacido del choque de pasiones salvajes, y esas pasiones rugen en mi alma como los leones en el desierto. Cuando encuentro un obstáculo en mi camino, lo destruyo. ¿Comprendes?

—Sí.

—Entonces no te digo más. ¿Esta noche velarás tú a tu hermana?

—Sí.

—¿Sigue tomando digital?

—Sí.

—¿Cuándo toma la medicina?

—A media noche.

—A media noche estaré yo allí. ¿Cuántas gotas toma?

—Tres en una copa de agua.

—Está bien. Hasta luego.

—Hasta luego.

Micaela entró en el cuarto en que se hallaban don Juan y Rosarito, y se sentó en el sillón.

—¿Cómo está? —preguntó el Mayorazgo.

—Igual, igual.

—¿No está peor? Dime la verdad.

—No sé, Juan, no sé —contestó Micaela con voz extraña—; temo que se nos

vaya esta misma noche.

Don Juan se levantó, dejó a Rosarito en el sillón y se puso a andar de un lado a otro.

—¿Y Ramiro está muy asustado? —dijo.

—Sí.

Oyóse ruido de pasos en el interior de la casa. Don Juan inclinó la cabeza y dijo:

—Vienen el magistral y el médico.

—No los oigo; pero sí, es verdad.

—¡Oh! Los ciegos tenemos buen oído.

Micaela se estremeció. ¿Habría escuchado? ¡Ca! ¡Qué locura!

Entraron en la sala el magistral y el médico, precedidos de Quintín, que les alumbraba con una palmatoria. Éste dejó la luz sobre un arca.

El magistral saludó alegremente; era un hombre pequeño y feo, que por egoísmo suponía que todo marchaba bien en el mundo; para él no había enfermo grave, ni familia en la miseria. Con asombrar a la gente con sus sermones y andar siempre metido en los asuntos de Congregaciones, estaba contento. El médico era un hombre alto, de una cincuentena de años, de nariz larga y perfil romano, con aspecto de labriego.

—¿Cómo está? —preguntó a Micaela.

—Igual.

—Vamos a verla.

Pasaron los dos al cuarto de Cesárea, mientras el magistral se sentó al lado del Mayorazgo.

—¿Usted no va a verla, don Antonio? —preguntó don Juan al canónigo.

—Iré después, cuando se halle sola.

—¿Ustedes creen que se encuentra muy grave?

—No, yo creo que no. Los médicos exageran, y le asustan a uno con sus palabras raras; le llaman a un catarro, bronquitis; ya ve usted si no sería más natural llamarle catarro... —El magistral siguió charlando así durante largo tiempo.

El Mayorazgo se sumergía más y más en la oscuridad de sus dolorosos pensamientos. De vez en cuando entraba Quintín y echaba un brazado de sarmientos y de ramas secas a la chimenea. A la luz de la palmatoria, olvidada por el criado sobre un arca, se veían dos grandes y pesados bargueños, cuyas cerraduras oxidadas representaban el escudo de los Labraz.

Al cabo de un cuarto de hora entró el médico.

—¿Qué tal? —le preguntó el Mayorazgo con ansiedad.

—Lo mismo. El corazón está fatigado. Así se puede vivir algún tiempo, pero es posible que cualquier cosa precipite la muerte.

—¿No está peor que ayer?

—No.

—Oye, Martín, y ¿habrán influido sus desgracias en esa enfermedad?

—En parte sí.

El canónigo salió del cuarto y se fue al de la enferma, molesto por lo que hablaban.

—¿De manera que los dolores no influyen mucho en el corazón, verdad? —dijo el Mayorazgo.

—No. Influyen, pero no mucho.

—¿Y no se sentirá tampoco con el corazón, eh?

—No.

—Lo he pensado algunas veces. El alma debe estar en la cabeza.

—Probablemente..., si hay alma —dijo el médico.

—¿Tú dudas de que la haya?

—Yo sí.

—¿Pero cómo dudas de que haya alma?

—Dudo... ¿qué le voy a hacer?

—¿Entonces no crees en la otra vida?

—No.

—Es extraño...; yo tampoco creo.

Ninguno de los dos trataba de discutir ni de argumentar, y se callaron.

Al poco rato volvió el magistral, y en compañía del médico salió de la casa.

Micaela acostó a la niña, don Juan quedó cerca del fuego en el sillón dormitando, y Micaela fue a velar a la enferma que se hallaba amodorrada.

Pasaron las horas lentamente. Se aproximaba el momento de dar la medicina a Cesárea, cuando entró don Ramiro en la alcoba. Se acercó con lentitud a la cama y contempló a su mujer; cogió furtivamente la copa del mármol de la mesilla de noche, salió con ella, volvió al poco rato y la dejó llena en el mismo sitio.

—Dale la medicina —dijo.

—¿Está ya? —preguntó Micaela.

—Sí.

Al volverse los dos vieron a Cesárea incorporada en la cama, que les miraba con una horrible expresión de espanto.

Micaela y Ramiro se quedaron tan turbados que no pronunciaron una palabra.

—Llamad a Juan —gritó Cesárea con una voz entrecortada por la fatiga.

Ramiro y Micaela se miraron horrorizados.

—Vete —dijo Micaela a Ramiro.

De pronto Cesárea vaciló, dio un grito sordo y cayó en la cama hacia un lado. Su cara adquirió un tinte de cera; resonó en la alcoba un gorgoteo largo, siniestro; pocos instantes después quedó muerta.

—Trae la copa —dijo Ramiro a Micaela; y tomándosela de la mano, abrió el balcón y la vació.

Ramiro quitó la pantalla al quinqué y lo acerca a la muerta.

—Tiene un aspecto de sufrimiento grande —murmuró fríamente.

—Sí, es verdad —dijo Micaela.

—Pongámosla en una posición más natural.

Don Ramiro, ayudado por Micaela, tomó la cabeza de Cesárea y la colocó sobre la almohadas Después arregló las cubiertas del lecho.

—Ahora llama a Juan —murmuró Ramiro.

Micaela entró en la sala en donde el Mayorazgo dormitaba junto al fuego.

—¡Juan! ¡Juan!

El Mayorazgo se levantó de repente.

—¿Muerta? —exclamó.

—¡Sí, acaba de morir! —contestó Micaela.

El Mayorazgo sin vacilación, se dirigió a la alcoba, se acercó a la cama y cogió la mano de la muerta; luego, inclinándose con majestad, la besó en la frente.

No se engañe nadie, no,
Pensando que ha de durar lo que espera,
más que duró lo que vio,
porque todo ha de pasar por tal manera.

JORGE MANRIQUE

En la puerta de la casa, los canónigos rodeaban el ataúd colocado sobre una mesa vestida de negro. A su alrededor estaban las hijas de María, con la mantellina de franjas sobre la cabeza y el pecho cruzado por un escapulario blanco. Tras ellas veíanse los notables del pueblo.

Cuando llegaron a la casa un cura, dos monaguillos y un acólito que llevaba un estandarte azul, cuatro labradores de las tierras del Mayorazgo tomaron el ataúd que encerraba los restos de Cesárea y lo bajaron por las estrechas callejuelas seguido por el séquito de hombres y mujeres hasta la Colegiata. Entraron en la iglesia, y en la capilla de los Labraz, sobre un catafalco negro, dejaron el féretro.

La iglesia estaba a oscuras; gruesas cortinas verdes cerraban los altos ventanales. Los monaguillos encendieron los cirios bajo la imagen de la Concepción, colocada cerca de la verja gótica del coro. El sacristán y el chantre hojeaban las planas amarillentas de los libros de canto llano, cruzadas por la roja signatura musical.

En la capilla, cerca de la verja del presbiterio, colocáronse las señoras del barrio alto, vestidas de negro, y tras de ellas algunas viejas plebeyas de rostro tostado por el sol, manos negruzcas, corpiños oscuros y refajos de bayeta.

A los lados del túmulo central había dos bancos, y allí se sentaron todos los hidalgos y personas ricas del pueblo. Hallábanse los representantes de las familias más viejas de Labraz, los Beamontes, los Zárates, los Bengoas, los Armentias. Algunos de aquellos hidalgos llevaban sombrero alto y frac; otros vestían calzón corto, sombrero ancho y amplia capa.

Entre todos ellos se distinguía la figura caballeresca de don Diego de Beamonte, vestido con uniforme de maestrante. Su cabeza noble tenía una expresión de orgullo y de altivez; la melena blanca le caía por encima de las orejas; acariciaba su perilla con mano nerviosa, y en su pecho brillaban una porción de condecoraciones.

Al lado de Beamonte estaba Herrandonea, vestido de calzón corto y afeitado por completo. Era un hombre de mediana talla; en todas sus actitudes revelaba un vigor y una fuerza extraordinarios; su frente avanzaba por encima de los ojos, descansando en su base sobre las cejas unidas y cerdosas. Al lado de éstos se veían otros, tipos de labriegos, afeitados, con caras de sordidez la mayoría de ellos.

Alizaga, el usurero, rezaba con gran fervor. Era un hombre éste que parecía haber querido representar el tipo clásico del usurero: delgado, sin edad definida, triste,

vestido de negro. Tenía una cabeza de medalla antigua, pálida y blanca; vivía, miserablemente. Prestaba al sesenta y al ochenta por ciento, hablaba poco y apenas tenía amigos.

Mientras esperaban la misa estaban todos sentados. De vez en cuando chirriaba el postigo del crucero y entraba una ráfaga de luz blanca que se tendía sobre el pavimento desgastado. Después, al apagarse el resplandor, sonaba el golpe sordo de la puerta.

El rastreo de los pasos se alejaba por la nave oscura. El pertiguero recorría el ábside, sonaba la pértiga de plata sobre las losas con un ruido seco. Al pasar por debajo de las ventanas, con sus vidrieras de cristales amarillos y verdes que cernían la luz, se le veía con su traje morado y rojo, la cabeza empenachada con una gran peluca blanca que le caía hasta los hombros.

El pertiguero, desde el trascoro, descorrió la cortina que cerraba el rosetón de la gran nave. Una faja de luz multicolor atravesó el ámbito de la iglesia, doró los florones terminales de un altar y fue a perderse en una de las oscuras capillas de los lados.

Comenzó a doblar la campana a muerto; Salió de la sacristía el sacerdote oficiante revestido con alba y estola negra, entre dos acólitos con sobrepellices; el uno llevaba el caldero del agua bendita y el hisopo, el otro el incensario y la naveta.

Mientras cruzaban la iglesia, tañía más lúgubrementemente la campana. Al llegar cerca del túmulo, el cura echó el agua bendita y entonó una antifona.

«*De profundis clamavi ad te, Domine*», cantaron en el coro.

Comenzó la misa; la voz vigorosa de los chantres subió potente hasta el cimborrio, con el acompañamiento de las graves notas del órgano.

A veces callaban los cantores y tan sólo se oía una vocecita de anciano, cansado y anhelante, que recitaba de una manera temblona el Evangelio. Al terminar la misa, un cura seguido del acólito se puso a los pies del féretro, y después de echar agua bendita sobre él y de incensarlo, cantó varios responsos. Se oyeron en el coro las voces agudas de los tiples.

Cuatro criados de la casa de Labraz cogieron el ataúd por las asas y lo llevaron atravesando la iglesia. Los hidalgos iban besando uno tras otro la estola del cura, y salieron al atrio, en donde el ataúd estaba colocado sobre una mesa negra. Volvieron allí a bendecirlo de nuevo y a consagrarle más responsos.

Después se puso en marcha el cortejo; primero iba un cura con sobrepelliz y la cruz alzada entre dos ceroferarios; luego los canónigos, después los hombres que llevaban el ataúd y tras de ellos el acompañamiento. Comenzaron a subir una calle empinadísima, empedrada con pedruscos; de cuando en cuando se paraban y se rezaba un responso; las campanas de la Colegiata seguían tañendo a muerto.

Detrás de todos iba un viejo aldeano, cojeando, con una azada al hombro; era el enterrador. Con él iba su ayudante, un hombre flaco, largo y melancólico que era su yerno, y hablando con los dos míster Bothwell. El inglés se sentía casi paisano de

Hamlet, y hacía al enterrador preguntas raras. El cojo se reía alegremente sin comprender lo que le hablaba; el yerno contestaba melancólicamente. Hubo un momento, al llegar a una calle que hacía zigzag, en que la procesión, iluminada por el sol, se destacaba sobre el fondo de fachadas antiguas con grandes blasones, y míster Bothwell creyó contemplar una ceremonia del siglo xvii.

Llegó el cortejo al camposanto, se incensó el ataúd de nuevo. Colocáronse después cerca de la fosa y a su alrededor muchos de los hidalgos. El cojo y otros tres hombres tendieron dos cuerdas y por ellas se deslizó la caja hasta el fondo del agujero.

—*Requiescat in pace* —dijo el cura.

—Amén —contestaron todos.

Los enterradores echaron las primeras paletadas de tierra, que resonaron lúgubrementemente, y todos salieron del camposanto; míster Bothwell quedó allí mirando cómo los enterradores terminaban su trabajo.

—¿Es un buen oficio, verdad? —preguntó el inglés.

—¡Pse! —contestó el yerno del cojo, con una sonrisa melancólica—. Al menos los huéspedes no se quejan.

—¿Y por qué se han de quejar? —replicó el cojo—. ¿Acaso se les trata mal?

—No —replicó su yerno—; pero no debe ser agradable pasarse la vida ahí dentro.

—Igual que en cualquiera otra parte —le contestó el cojo.

—¿Y hace mucho tiempo que es éste el cementerio del pueblo? —dijo el inglés.

—Sí, mucho, pero antes era mayor; según dicen, ya hace cientos de años que en este sitio enterraban a la gente; una vez que hicimos cerca de la tapia unas zanjas —y el cojo indicó un sitio— encontramos filas de pies y luego filas de cabezas.

—Hombres que habían enterrado, acostados unos junto a otros —dijo el yerno del enterrador.

—Para que no tuvieran frío —añadió riéndose el cojo.

—¿Y dónde están esos huesos?

—Ahí detrás de la capilla, en el osario.

—¿Está abierto?

—Sí.

—¿Por dónde hay que ir?

—Hay que cruzar la capilla.

Hízolo así el inglés, y pasó a una tejavana llena de calaveras y de huesos. Como contraste de aquellos montones de restos siniestros, se veían tiradas por el suelo figuras pintadas entre palos, tablas y adornos de purpurina. Eran imágenes de apóstoles, de santos barbudos, cojos, desnarigados, mancos y luego toda una turba de angelotes y muñecos rollizos, mutilados como si hubieran caído heridos en un campo de batalla, llenos todos ellos de una vida alegre, grosera y vulgar, y en medio de estos angelotes se alargaba un ataúd negro y podrido, lleno de tierra...

Bothwell salió de allá y se sentó en la tapia del cementerio.

Se veía abajo el pueblo. Los tejados cubiertos de musgo que amarilleaban aquí y brillaban allá como si fueran de plata, estaban encorvados y torcidos; entre ellos se destacaba negra, llena de cicatrices y agujeros, la torre de la Colegiata. Sobresalía también la casa del Ayuntamiento con su greca de piedra.

Imperaba en todo el pueblo un silencio de algo vacío, y no lo turbaba más que el cacareo de un gallo, el ladrido de un perro o el batir de las alas de una paloma.

En las calles estrechas que se descubrían desde arriba como rendijas sinuosas, no se veía a nadie; algunas chimeneas echaban ligeras columnas de humo en el aire.

En el campo no había trabajadores; sólo alguna galera pasaba en un intervalo largo, levantando nubes de polvo por el camino blanco. En los glacis verdes iban y venían los cordeleros retorciendo el cáñamo que llevaban en la cintura.

Derramemos una lágrima por la memoria de aquél que fue nuestro amigo, y luego nos iremos a comer.

DICHO POPULAR

En el comedor de la casa de Labraz, desde las primeras horas de la tarde estaban sentados a la mesa todos los invitados a la comida de funerales por la muerte de Cesárea.

El comedor de la casa era un cuarto larguísimo, con ventanas al patio y a la huerta. No se utilizaba más que en época de fiestas. Estaban blanqueadas sus paredes y el techo y no tenía adornos. En medio había una ancha mesa de nogal sin labrar, y cerca de las paredes una fila de sillones fraileros, con grandes clavos.

Cada uno de los hidalgos estaba sentado en un ancho sillón. Un solo mantel, con los escudos de la casa de Labraz bordados en colores, cubría la mesa.

La vajilla era espléndida, de antigua loza castellana; los cubiertos, los tenedores y los cuchillos eran de plata pura, enormes, algunos llenos de labrados toscos.

Presidía la mesa, sentado en una cabecera, el abad de la Colegiata; estaba a su derecha don Juan de Labraz y a su izquierda don Diego Beamonte; en la otra cabecera hallábase don Ramiro; en medio había otros hidalgos, unos del barrio alto, empaquetados en sus levitas; otros hidalgos campesinos, que habitaban en pueblecillos inmediatos, que trabajaban la tierra y vivían como labriegos. Algunos estaban con sus hijos, y éstos, que habían perdido por completo la preocupación nobiliaria que aún conservaban sus padres, parecían ya gañanes del campo y se encontraban atados y cohibidos entre señores. En medio de estos labriegos se encontraban míster Bothwell y Antonio Bengoa.

Todos tenían cierto aire de pesadumbre, propio de las circunstancias; el abad, que presidía la mesa, era el que daba el mal ejemplo, engullendo bárbaramente, siempre con la boca llena, sin prestar oídos a la conversación.

Era un tipo el señor abad presidente de la Colegiata de Labraz, digno de ser descrito. Más que hombre era un estómago; todos los demás órganos de su cuerpo se habían debido de atrofiar por falta de uso, el corazón, el cerebro, la médula; no tenía más que estómago. Su padre había sido cochero de un marques y su madre doncella de la marquesa.

El cochero y su mujer habían dedicado al hijo al sacerdocio, aunque no tenía condiciones más que para la digestión. Esta respuesta del abad cuando chico prueba hasta dónde llegaba la potencia de su jugo gástrico:

—¿Tú qué quieres ser? —le preguntaron una vez.

—¿Yo...?, cerdo.

—¿Y para qué?

—Para comerme las manos.

Aquel Napoleón de las digestiones llegó a ser cura; gracias al influjo del marqués le hicieron canónigo, y como el hombre disonaba entre otros ilustrados, le enviaron a Labraz y luego le hicieron abad de la Colegiata.

Era el tal, hombre de poquísima instrucción, un tanto grosero, un tanto bestia y muchos tantos sucio.

Contaba don Diego de Beamonte que una vez en el Jardín Botánico de Madrid se había encontrado con un joven de peregrino ingenio, que se llamaba Miguel de los Santos Álvarez. Paseaban los dos por el Jardín charlando, mirando los nombres científicos de los árboles y de las plantas escritos en blancos cartelones, cuando acertó a pasar un cura que, a su aspecto cerril unía el llevar la sotana llena de lamparones y el sombrero de mugre.

Mostróle con el dedo Miguel de los Santos a don Diego, y como si en la sotana del presbítero hubiese un cartelón parecido al de los árboles y plantas, dijo: «*Clericus, catholicus, hispánicus*».

De esta especie de *clericus* era el abad un magnífico ejemplar, pero como en esta especie se cuentan muchos tipos, hay que advertir que el suyo era el *manducatoris o digestivus*.

El hombre parecía que tenía empeño decidido en ir siempre sucio; sus manteos y sus sotanas eran un mapa-mundi, en el que las islas se convertían al instante en archipiélagos y los archipiélagos en continentes; su teja grandísima, más que de seda sobre fieltro, era de mugre sobre grasa; ni aunque fuese la teja con que Job se rascaba la sarna hubiese estado más sucia; pero aún tenía un bonete que daba quince y raya a su canoa.

Tenía el abad una descomunal estatura; el abdomen abultado, las piernas delgadas, las manos grandes y fuertes, los pies enormes, juanetudos, planos, que salían por debajo de los hábitos como dos gabarras.

Sus ojos, apagados y a medio cerrar por los caídos párpados, estaban a flor de carne como sujetos a la piel; la nariz, larga, era además gruesa y rojiza; la cara, estrecha; la mandíbula, prominente, y los dientes grandes y amarillos de caballo viejo. El buen *pater* le tenía asco al agua; se afeitaba de tarde en tarde y no se lavaba nunca para no perder el tiempo.

A pesar de que su cerebro estaba turbado por el nitrógeno de una alimentación tan succulenta y de que su cabeza estaba tan vacía como su estómago lleno, era un predicador que tenía sus éxitos. Su oratoria estaba al alcance de las inteligencias más romas y de los oídos más duros, porque si su cerebro no era el de un San Agustín ni el de un Orígenes, en cambio a garganta podía apostar con todos los padres de la Iglesia.

Se pasaba tres o cuatro horas seguidas vociferando, dando gritos y alaridos; sobre todo insultando a liberales y a masones.

Su estilo era de lo más pintoresco y gracioso que pudiera imaginarse. Cultivaba la nota burlesca con verdadera fortuna, y a veces sus salidas de tono provocaban las carcajadas de la gente reunida en la iglesia.

Solía comparar a Espartero con Dios, para sacar en consecuencia que el ilustre general no le llegaba a Dios ni a la suela del zapato.

Éste era el abad presidente de la Colegiata de Labraz, la primera autoridad eclesiástica del pueblo. El abad sentaba el principio de no hablar mientras comía, y después de haber bendecido la mesa no había desplegado los labios.

Don Diego de Beamonte, que tenía la idea fija de que todo iba degenerando, se puso a contar un lance de su juventud.

—Estudiaba yo en Pamplona —dijo—; tenía dos amigos y hacíamos los tres un sin fin de calaveradas. Un compañero nuestro de colegio que tenía instintos de villano, solía prestarnos dinero de una manera usuraria, y nosotros se lo devolvíamos a fin de mes con sus intereses correspondientes, y después de pagarle ya teníamos precisión de volverle a pedir que nos hiciera otro anticipo.

»Solía explotarnos miserablemente y habíamos jurado los tres amigos vengarnos de él de un modo que le dejase recuerdo para siempre.

»Un día, víspera de la ejecución de un hombre que había matado a un cura y a su ama, salimos los tres amigos a merendar a una venta de los alrededores de Pamplona, y el camarada usurero, que además de sacarnos los cuartos exigía que le convidáramos siempre, vino con nosotros.

»Al volver de la venta al pueblo, íbamos todos completamente borrachos. Llegábamos frente a las murallas al anochecer, y en la Vuelta del Castillo nos encontramos con que estaba levantado el patíbulo. No sé a quién de los tres amigos se le ocurrió que había llegado el momento de vengarse del usurero, y decidimos darle un terrible susto.

»—Yo soy el verdugo —dijo uno—, tú el cura, y tú mi ayudante. Vamos a comunicar al reo su sentencia de muerte.

»Le dijimos que no había más remedio que se reconciliara con Dios, porque íbamos a ejecutarle. El muchacho, al principio, comenzó a reírse; pero luego, al ver que le atábamos las manos, se puso a temblar y nos pidió de rodillas que le perdonáramos la vida.

»—No, no —decía uno de mis amigos—, te tenemos que ajusticiar. Eres un judío usurero. ¿Para qué hemos venido aquí si no? Reza tus oraciones, tienes tiempo de arrepentirte por habernos prestado dinero a tan alto interés.

»El reo se sentó en la escalera del patíbulo, y dijo que no subía, porque a los condenados a muerte se les daba todo lo que se les antojaba, y él quería beber.

»Le convencimos que era una tontería su deseo; le acompañamos hasta el banquillo y lo sentamos allá. No hizo más que sentarse cuando dobló la cabeza y se desmayó. Le llamamos, y viendo que no despertaba, echamos a correr todos.

—¿Y qué le pasó al muchacho aquél? —preguntó un hombre juanetudo, de

mirada atravesada y voz ronca.

—Que estuvo a punto de morir.

Rieron todos el lance, como si efectivamente tuviera mucha gracia, y convinieron en que ya no se daban bromas tan espirituales como aquélla.

—Todo ha desmerecido ya —dijo don Diego—; ya no hay gente de aquel arranque.

—¿Cree usted que no? —preguntó don Ramiro.

—Claro que no —contestó don Diego.

Todos estuvieron conformes en que la humanidad degeneraba por momentos.

—Palabras, nada más que palabras —replicó en voz alta Antonio Bengoa, el sobrino de don Diego.

—¿Qué dice ese vil boticario? —preguntó el anciano señor.

—Digo, tío, que si dijeran ustedes lo contrario de lo que dicen, tendrían ustedes razón.

—¿Ye usted? —exclamó don Diego, dirigiéndose a don Ramiro—; ahí tiene usted la prueba de que vamos de mal en peor. Yo soy más débil y de menos arrestos que mi padre; no tengo más que setenta y cinco años y estoy achacoso, no he tenido hijos; no sé lo que hubieran sido; pero tenga este sobrino que, en vez de querer ser militar y servir a su rey como toda persona bien nacida, quiere ser boticario. Ahí tiene usted la degeneración.

—Y ¿por qué no la regeneración? —preguntó palideciendo Antonio.

—La regeneración... ¡ja..., ja...!, ¿qué les parece a ustedes mi sobrinito, eh?

—¡Sí, la regeneración! Ustedes tienen el culto por la fuerza y por la brutalidad; si respetan al rey es porque el rey es fuerte; si adoran al papa es por lo mismo.

Hubo como una corriente de aire frío en el comedor.

—Y vosotros, escuezos —gritó incomodado don Diego—, ¿qué respetáis?

—¿Nosotros? Nosotros tenemos el culto de la justicia y, sobre todo, de la libertad.

La mayoría de los comensales, furibundos carlistas, se miraron como consultándose unos a otros por si era llegado el momento de resolverse. Herrandonea, uno de los hidalgos que había estado en la facción, levantó su cara angulosa y resopló ferozmente. El abad miró con ojos atontados a un lado y a otro, preguntándose por qué se le molestaba en el ejercicio de sus funciones digestivas, y el magistral tomó la palabra.

—Es el espíritu revolucionario —dijo—. Estos muchachos llevarán a España al abismo. ¿Quién tiene la culpa? Sus padres, sus mayores, los que les enseñan a olvidar las prácticas de la religión. Así el espíritu liberal se va extendiendo como la mala hierba; así va entrando en los más apartados rincones, y esos locos no lo ven; esos locos no ven la Iglesia amenazada y la sociedad en peligro...

El magistral se sentía elocuente y siguió hablando durante largo tiempo. Todos le oían religiosamente. Antonio Bengoa pugnaba por levantarse y contradecir las palabras del canónigo, pero míster Bothwell le sujetaba y le impedía hablar.

—Pensaba —dijo M. Pickwick— en la extraña mutabilidad de las cosas de este mundo.

DICKENS, *Pickwick*

Los hidalgos fueron saliendo de casa del Mayorazgo. A algunos les esperaban sus criados con un farol encendido y los iban acompañando por las callejuelas oscuras.

Míster Bothwell y Antonio Bengoa salieron juntos.

—Le voy a acompañar a usted —dijo Antonio al inglés.

—No me parece mal.

Dieron vuelta a la casa y salieron a la calle Mayor. La noche estaba fría y serena; el cielo muy estrellado; las calles oscuras; sólo alguna lámpara colgada de una cuerda se balanceaba ante una hornacina, iluminando alguna piadosa imagen.

—No estoy en nada conforme con sus ideas —exclamó de pronto el inglés—. El gesto ha sido gallardo, es verdad. Ese estúpido canónigo no dice más que necedades; pero, a pesar de todo, no estoy conforme con sus ideas.

—¿No? —preguntó extrañado Antonio, a quien las opiniones del inglés tan pronto le parecían las de un hombre de talento como las de un extravagante badulaque.

—No; yo no creo que hay que transformarlo todo.

—Para progresar hay que transformar. Sin transformación no hay progreso.

—¡Y qué!... ¿Qué con que no haya progreso?

—Yo creo que progresar es acercarse a la verdad.

—¿Y si la verdad es dolorosa?

—Aunque así sea, hay que acercarse a ella.

—¿Para qué? Además, no nos podemos acercar a ella. Sabemos los rudimentos de las cosas, pero no sabemos más, y lo probable es que no lo sepamos nunca. Conocemos, por ejemplo, que el punto multiplicado por el punto es la línea, que la línea multiplicada por la línea es la superficie, y que la superficie multiplicada por la línea es el volumen. ¿Pero se sabe si hay otro factor? ¿Quién sabe si el volumen multiplicado por ese factor desconocido es la vida?

Antonio contempló al inglés extrañado.

—¿Según usted no hay que buscar la verdad? —le dijo.

—No, porque aun encontrándola no sabríamos si era absoluta o no; para mí no hay más que verdades agradables y verdades desagradables... Las agradables hay que aceptarlas siempre, las otras rechazarlas... Yo no sé pintar, es cierto; pero me he hecho la ilusión de que pinto bien y vivo. ¿Para qué me voy convencer de que no sé pintar?

—Usted quiere entonces —repuso Bengoa— que vivamos adormecidos con nuestras ilusiones en un continuo sueño.

—En un sueño continuo, eso es, pero en un sueño agradable.

—Sin conseguir nada, sin realizar nada.

—Eso, eso... ¡Conseguir!, ¡realizar! Es la muerte. Todos esos ingleses y franceses y yanquis es lo que quieren, conquistar las cosas, realizarlas... ¡Desdichados!

—¿Por qué?

—Porque sí. Esas manzanas de oro del jardín de las Hespérides están por dentro agusanadas. Vale más verlas y decir: «¡Oh qué hermosas manzanas! ¡Oh qué manzanas tan hermosas!» Pero no hay que probarlas, porque están podridas.

—Yo no creo que estén tan podridas, míster Bothwell.

—Usted es un idealista. Usted cree que vive con las cosas y con los hombres, y vive usted únicamente con las leyes y con las ideas. Si alguna vez descubre usted una ley, hágame usted caso, a mí, sea usted prudente, no trate de aplicarla. Ha descubierto la ley... es bastante.

—Usted sí que es idealista.

—No, soy práctico; porque si esa ley es física y trata de aplicarla en una máquina, tropezará usted con la materia bruta; si es una ley social, tropezará usted con la brutalidad de los hombres.

—Entonces, siguiendo su consejo, el progreso material sería imposible.

—¡Ojalá!

—Pero eso es absurdo.

—No, no es absurdo. El progreso material no ha hecho más que debilitarnos; ha sustituido las fuerzas individuales por las energías sacadas de la materia. Mañana no necesitarán los hombres sumar, porque sumará una máquina; no necesitarán escribir, porque escribirá una máquina; no necesitarán masticar, ni digerir, porque masticará y digerirá una máquina; y la máquina pensará, hablará y hará cuadros con ese indecente invento moderno que se llama el daguerrotipo. Y un día desaparecerá la Humanidad y le sustituirá la Maquinidad funcionando por medio de un sistema maquinal, parecido al de esos socialistas canallas de París.

Antonio Bengoa contempló al inglés.

«¿Será más listo de lo que yo presumo?», pensó.

—Debíais reuniros todos los españoles en contra de esta civilización de progresos materiales que no es la vuestra. Que hagan ingleses y franceses un pueblo como Labraz.

«No, no es listo —pensó Bengoa—, no dice más que simplezas».

Habían llegado a la Puerta Nueva y volvieron sobre sus pasos.

—Yo no sé si el progreso es útil o no —dijo Antonio—. Lo que sí sé, es que el pueblo que ha vivido sufriendo durante tantos siglos, tiene derecho a vivir mejor.

—¡Qué más da! —repuso Bothwell con indiferencia—. Como dice Hamlet, «nosotros cebamos a los demás animales, para cebarnos después: el rey obeso y el

escuálido mendigo son dos diferentes manjares, dos platos para una mesa: ése es el fin.»

—No veo la consecuencia —replicó Antonio.

—En Inglaterra —añadió Bothwell— hacen suela de zapatillas con pelo de personas; claro es que con el pelo de los pobres. Los ricos se calientan los pies con la cabellera de los mendigos...

—¿Y qué?

—Es que hay otra cosa, según he leído el día pasado, que los fabricantes de alcohol van a hacer este producto con alpargatas viejas.

—Bueno, ¿y qué? No comprendo nada.

—¿Los ricos llevan alpargatas?

—No.

—Pues con las alpargatas de los pobres se hará alcohol que beberán también los ricos, irá por sus venas y golpeará en pulsaciones su cerebro. Consecuencia: que si los ricos pisan en sus zapatillas la cabeza de los pobres, los pobres golpearán con el alcohol de sus alpargatas la cabeza de los ricos.

Celebró Bengoa el argumento alambicado del inglés, y subieron ambos hacia la parte alta de la población.

—Todo se hace mediano —dijo Bothwell—. En tiempo de Moisés había un grande hombre, o dos o tres; los demás no valían nada. El valle estaba hondo, la cumbre alta. Ahora, en la humanidad y en la naturaleza sucede lo mismo; la cumbre se desmorona, el valle va subiendo. Dentro de algunos miles de años, en la tierra no habrá montes, y en la humanidad no habrá genios. Vamos a la planicie.

—Será verdad, pero vamos al bien del mayor número.

—¿Y qué significa el número? El número no será nunca una razón. Se quiere justicia, y la naturaleza es siempre injusta para nosotros; se quiere libertad, y en la realización de la libertad aparece en seguida la injusticia.

—Quizás sea verdad todo eso, señor Bothwell; pero con negaciones así tan absolutas no podría existir una nación, ni un Estado.

—Que no existan. ¿Usted siente la necesidad de una nación o de un Estado?

—Hombre, sí; si no, la vida sería imposible; habría guerras a todas horas; nos degollaríamos unos a otros.

—Mejor; el espectáculo resultaría más entretenido. Créalo usted, el progreso acabará por hacer del hombre un imbécil.

Se echó a reír Antonio Bengoa.

—Tenía razón su señor tío —siguió diciendo míster Bothwell—; vamos a la decadencia. ¿Cuándo dará la humanidad ejemplos de una tan grande energía como dio en Aníbal o en César? El mismo caso de César Borgia, ¿se repite hoy?

—No, afortunadamente.

—Por desgracia —replicó el inglés—. ¿Sabe usted el epitafio que le pusieron en la iglesia de Viana donde le enterraron?

—No.

—Pues decía así. Y el inglés recitó enfáticamente:

*Aquí yace en poca tierra
el que toda le temía;
el que la paz y la guerra
en su mano la tenía.*

*¡Oh, tú que vas a buscar
dinas cosas de loar,
si tú loas lo más dino,
aquí pare tu camino.
no cures de más andar!*

—No todos merecen un epitafio así —añadió míster Bothwell.
Se echó a reír Bengoa alegremente, y el inglés y él se separaron.

Si el amor os lleva con rapidez, llevadlo a él rápidamente; si os hiere, dadle con la espuela y lo dominaréis.

SHAKESPEARE, *Romeo y Julieta*

En los días posteriores a la muerte de Cesárea, ninguno de los de la casa salió, ni aun siquiera a la iglesia. Los balcones y ventanas de la antigua mansión señorial permanecieron cerrados herméticamente.

Don Juan estaba casi siempre en sus habitaciones con Rosarito, que desde la muerte de su madre no quería apartarse del Mayorazgo.

Micaela y Ramiro se habían entregado a su amor. Aquel intento de crimen los había unido más.

Un filósofo, que había estado en presidio mucho tiempo por estafar a unos cuantos, me decía que, en amor, nada une tanto como el crimen, y que nada desune tanto como la ridiculez o la torpeza. En nuestra alma —añadía el hombre— tenemos el culto por todo lo que es exaltación y por todo lo que es belleza. El crimen participa de estas dos cosas: hay en él siempre exaltación, hay en él casi siempre belleza. Es posible que fuera verdad lo que aseguraba aquel apreciable estafador...

Micaela veía a su amante dominado; don Ramiro pensaba: Me quiere. Y los dos se abandonaban a la corriente de amor que les iba arrastrando.

Recorrían la casa buscando sitios apartados donde nadie les encontrase, subían por escaleras desvencijadas a los graneros, se paseaban por los amplios salones vacíos que en épocas de esplendor de la familia estuvieron animados y que se hallaban desiertos y mudos en completa desolación.

En un corralillo había un coche polvoriento guardado en una manojera. Hacía cuarenta o cincuenta años que estaba allí, y era el armatoste más pesado e incómodo que pudiera imaginarse.

Las gallinas lo habían convertido en gallinero y habíanlo hecho desaparecer bajo una capa de basura. En algunos sitios se veía que estaba pintado de rojo.

En las portezuelas tenía el escudo de la casa y el juego era amarillo con relieves azules.

Entre los almohadones de tripe ponían los huevos las gallinas y empollaban las cluecas, y encima de la capota comenzaban a cantar, con su voz chillona, los gallitos chicos.

Ramiro recordaba que había hecho con la madre del Mayorazgo, en aquel coche, el último viaje en que rodaría tan pesado armatoste.

En la zaga habían puesto colchones, almohadas y mantas, un botijo colgando del eje para tener agua fresca, y como provisiones olla con vaca, garbanzos ya cocidos,

botellas con caldo, fiambre con perdices y pollo asado y un pan como una rueda de molino.

Los detalles de aquel viaje hicieron reír a Micaela, cuando los contó Ramiro.

Subían los dos amantes a las habitaciones del piso alto, y sentían como si su amor aumentase ante aquellos trastos desvencijados y polvorientos.

En los huecos de balcones y ventanas tejían sus redes las arañas; alguna golondrina entraba en la casa y volaba piando azorada ante la presencia de Micaela y Ramiro.

En algunos rincones oscuros de las buhardillas, colgados de las desconchaduras de la pared, por la uña de sus membranas aladas dormían los murciélagos.

Micaela se había entregado a su amor con el fuego de una naturaleza voluptuosa y la frialdad de su espíritu sereno. En su alma experimentaba un sentimiento íntimo de dolor y de descanso al mismo tiempo, como si al ponerse a flote los instintos que latían en su corazón, hubiera sentido el sufrimiento al mismo tiempo que la tranquilidad que produce una operación felizmente realizada.

Muchas veces, al sentir en su piel los besos de don Ramiro, pensaba en mil cosas fríamente, y al recordar su intento de crimen no experimentaba remordimiento alguno. Sentíase, sí, hundida, rebajada ante su conciencia anterior; pero en vez de encontrarse perturbada por esto, le sucedía todo lo contrario; hubiera querido hundirse más, encenagarse más. Al encanallarse, Micaela había encontrado su centro de gravedad.

En aquellas habitaciones desoladas por donde paseaban Micaela y Ramiro, el eco repetía el ruido de sus pasos, el murmullo de sus voces y el estallido de sus besos; los anchos tablones del suelo se bamboleaban a las pisadas exhalando tristes quejidos. El aire silbaba en los oscuros corredores. Las puertas gemían al abrirse, y al cerrarse golpeaban la desquiciada jamba que se deshacía en polvillo amarillento.

Desde las ventanucas se veía el campo de color de cobre, y el cielo azul pálido con alguna que otra hebra blanca como un limpio vellón de lana.

Solían los dos hacer descubrimientos: cajones llenos de botellas vacías, muebles viejos, rollos de alfombra apolillada, caballos de cartón, y estas cosas les preocupaban y hubiesen querido averiguar la historia de cada uno de aquellos trastos viejos.

En los armarios encontraban descomunales guarda-infantes, verdugados compuestos de cinco o seis aros de alambre unidos unos a otros con cintas que, partiendo de la cintura, servían para ahuecar los vestidos, y otros artefactos extraños. En los cajones, perfectamente guardados, aparecían faldas de tafetán negro con grandes pliegues, zapatos de tafilete forrados de seda de color y sin tacones, chapines con los que se andaba como en zancos, enaguas bordadas llenas de puntillas, corpiños de brocado con vivos colores, unos cerrados con alto y angosto cuello, otros con escote. Había también sombreros de tres candiles, chupas y casacas.

Resurgía en todo aquello una vida arcaica. Micaela y Ramiro se vestían con los

trajes antiguos y se paseaban y se contoneaban cómicamente.

—Esta casaca —decía don Ramiro— habrá sido de un buen hidalgo antepasado tuyo y de Juan. La llevaría a su boda y a los bautizos de sus chicos. ¡Pobre señor! Estoy seguro que se pasaba la vida rezando padrenuestros, y antes de besar a su mujer se persignaba.

—¿Y este corpiño?

—Éste sería de tu sexta o séptima abuela. Debía de ser bajita, porque el corpiño a ti te viene pequeño. No sé por qué se me figura que sería bonita; tendría los ojos verdosos como tú, el pelo rubio y el cuerpecito muy gentil. La casarían con algún hidalgo mal oliente, más feo que Picio y peludo como un oso, y la pobre, al ver algún aldeanillo guapo y rubio, de su edad, pensaría: «¡Oh, si yo no fuera hidalga!».

Y Ramiro divertía a Micaela inventando historias cómicas acerca de sus antepasados.

Alguna vez ella, en su gabinete, ensayaba tocar en el arpa o en el viejo clavicordio y las notas sonaban humildes y dulces, con la ingenuidad de las canciones infantiles. Aquellas notas le recordaban la vida pasada, y se le antojaba tan aburrida, tan llena de preocupaciones necias, que creía que había transcurrido mucho tiempo desde entonces.

Ninguno de los dos se burlaba del Mayorazgo; comprendían su grandeza de alma. Una mañana, Micaela y Ramiro le acompañaron a pasear por las alamedas que estaban detrás de la muralla, próximas al río. Aquel día Micaela sintió una verdadera nostalgia por su vida antigua; al comparar a Ramiro con Juan, comprendió la inmensa superioridad de éste sobre aquél.

Hablaban de si la vida del campo era mejor que la de las ciudades.

—A mí las ciudades me ahogan —dijo el Mayorazgo—; en ellas todo es artificial, hasta el aire. Mis inclinaciones naturales se deshacen por las palabras del uno y del otro, y tengo que volver al campo para encontrarme a mí mismo y para que mis inclinaciones recuperen su antigua fuerza.

—Dices cosas extrañas —murmuró don Ramiro.

—¿Por qué?

—Piensas lo que yo no he pensado; a mí me sucede todo lo contrario.

—¿De veras?

—Sí, en el campo no deseo nada; en la ciudad lo deseo todo. Entonces el deseo del día me atormenta como una necesidad, y hasta que no lo realizo, sufro.

—¿Y si no lo realizas? —preguntó don Juan.

—Sufro más y no lo olvido, y pongo todos los medios para realizarlo.

—¿Todos?

—Todos, sí.

Micaela escuchaba la conversación con interés creciente, se alejaba de los senderos para coger en los prados yermos alguna flor de digital y hacer un ramo de aquellas campánulas venenosas, pero no perdía una palabra de lo que hablaban.

—¿Tú encuentras explicación a tus deseos y a tus instintos? ¿Has tenido alguna vez remordimientos? —preguntó don Juan.

—Yo no —contestó don Ramiro.

—¿De manera que no sientes esa conciencia que pide cuenta de los actos realizados?

—No.

—Es una felicidad... extraña —murmuró don Juan.

—Cuando me piden cuenta de mis actos —añadió don Ramiro—, no me arrepiento, me asombro. Mis deseos son mis dueños. Creo en el sino, y que no se puede uno sustraer a él.

—También yo creo en eso.

—Si yo me hubiera hecho a mí mismo —repuso don Ramiro—, y además al mundo que me rodea... entonces ¿quién sabe?, quizás tuviera remordimientos. Pero yo no me he hecho a mí mismo.

—Yo sí —dijo gravemente don Juan.

—¿Y lo que te rodea también?

—También.

—¿Y cómo ha sido eso?

—He vivido aislado; lo poco que sé de las cosas lo he conseguido discurrendo en la soledad acerca de ellas; lo que sé de los hombres, dejando por todas partes pedazos de mi corazón. Cada nuevo dolor ha sido una ventana que ha iluminado mi alma.

—Yo tengo mi choza —dijo Ramiro— cerrada a cal y canto.

—La mía está abierta a los cuatro vientos.

—¿Tanto lugar había en tu alma para tanto dolor?

—Había aquí —murmuró don Juan, tocando su pecho— algo grande. Mi alma tenía el calor de las almas fuertes. El frío de fuera ha ido helándola poco a poco: era necesario que así sucediese. En medio del hielo de una humanidad mezquina, las almas ardientes tienen que tiritar de frío... Yo, sin que nadie me quisiera, me he helado en este mundo glacial.

Micaela contempló al Mayorazgo y le pareció ver en su rostro una gran belleza y una gran serenidad. Miró después a don Ramiro, y suspiró.

Ese anciano, esta cabeza sagrada, es la de mi padre.

V. HUGO, *Hernani*.

Días después paseaban, dando la vuelta al pueblo por fuera de las murallas, don Ramiro y el viejo don Diego de Beamonte.

Los Beamonte eran, después de los Labraz, las personas más importantes del pueblo. La nobleza de aquéllos era mucho más ilustre que la de los Labraz, pues éstos eran sólo hidalgos muy antiguos y fundadores del pueblo; pero los Beamontes habían intervenido en guerras de navarros y de franceses y su nombre figuraba en la historia.

Los Beamonte que vivían en Labraz procedían de un hijo bastardo de un Beaumont, y desde el siglo XVII habían estado al servicio del rey de España. Don Diego, el último de la familia, vivía en una hermosa casa de la calle Mayor.

Don Diego era uno de los hombres célebres de Labraz, más que nada por sus trajes, de moda anterior a la del año 30.

Los dos temas favoritos de su conversación eran la decadencia de los tiempos y la estrategia. En sus paseos por los alrededores de Labraz, solía figurarse que tenía al ejército enemigo en este monte o en el otro cerro, y pensaba en los medios que podía emplear para apoderarse de las posiciones del contrario.

Muchas veces solía interrogar al que le acompañaba en sus paseos qué es lo que haría si le atacase la caballería enemiga por el flanco derecho y la infantería cargase por el izquierdo. Si el acompañante decía que lo mejor sería retirarse, don Diego se incomodaba, y después de sentirse ofendido por la idea, explicaba las ventajas de atacar las fuerzas del contrario por esta parte o por la otra.

Había sido don Diego guardia de Corps en tiempo de Carlos IV y de Fernando VII, y nadie le hubiese podido convencer de que aquellos dos reyes, como personas y como monarcas, habían sido sencillamente abominables.

Contaba don Diego la causa de que cayera en desgracia y pidiera su retiro.

—El estómago me ha perdido a mí —solía decir.

—¿El estómago? —le preguntaba uno extrañado.

—Sí. Una vez en la Granja, una alta señora, una egregia señora, no digo quién, me dio su mano a besar, una mano que estaba llena de herpe. Yo acerqué los labios, pero no besé la mano; a los pocos días tuve que pedir el retiro.

Don Diego era dinástico ferviente y antirreligioso; aunque esto último no era obstáculo para que estuviera lleno de supersticiones.

Le indignaban a don Diego las cosas nuevas que oía, y lo que más le sulfuraba era ver que Antonio Bengoa, su sobrino, fuera de los más entusiastas por todo lo nuevo. Pensar que un sobrino suyo, en vez de ser militar quería ser boticario, le parecía el

colmo de lo absurdo.

—Si no quieres dedicarte a la milicia —le decía—, dedícate a las letras como Angelito Saavedra; pero no me vengas con pucheretes y píldoras; eso no es propio de un hidalgo.

Pero a Bengoa, que no le sonreía la perspectiva de llevar uniforme, no le gustaba tampoco rimar amor con dolor, ni hijos con prolijos, y pasaba cuando estaba en Labraz todo el tiempo que podía en casa del herrero o en la botica hablando de máquinas, de electricidad y de otras cosas que para don Diego eran perfectamente despreciables.

Paseaban aquella tarde don Diego y don Ramiro. Éste escuchaba con una afectada complacencia las palabras del anciano, y en su interior discurría el medio de encontrar dinero. Micaela, cansada de la vida que llevaba, quería marcharse cuanto antes de Labraz. Ramiro había probado la suerte varias veces en la timba, pero no estaba de vena, perdía siempre.

Mientras paseaban, don Diego continuaba con el eterno tema de su conversación, la decadencia de los tiempos.

—Todo está perdido —decía el viejo—. Mi padre, que en gloria esté, a los ochenta años todavía tenía su querindanga.

—¡Demonio! Era un valiente.

—Ya lo creo. Ella era una pelandusca, de la que se había enamorado como a los veinte años, haciendo todas las locuras de un chico.

—Sí ¿eh?

—No se puede usted figurar. En mi casa estaban asustados. La niña se conoce que aumentaba sus exigencias, y a mi padre, que no tenía un cuarto, lo primero que se le ocurrió fue vender los cuadros de la capilla. Allá vería usted sus primos, los Bengoas y los Armentias, escandalizados; pero mi padre dijo que eran suyos los cuadros y que los vendía; los parientes comisionaron al escribano para que los comprara, y mi padre vendió aquellos lienzos bastante caros, a pesar de que creo que no valían ni un pepino.

—Pues si le duró mucho la niña, les arruinaría a ustedes.

—Los derroches hubieran continuado a no haberse escapado la dama con un arriero, lo que produjo en mi padre una indignación tal que se pasaba la vida renegando y jurando que había de moler a palos al afortunado galán la primera vez que le viese. Luego, para distraerse, se jugaba hasta la camisa, y como no tenía un céntimo, empezó a desvalijar la capilla de casa, que entonces tenía algunas cosas buenas, como la de ustedes ahora.

—¿Pero hay algo bueno en la capilla de casa?

—Sí, hombre. ¿Pero no lo sabe usted? El collar de la Virgen y la corona.

—Yo creí que los habían vendido ya.

—¡Ca!... Juan es incapaz.

—Sí, lo sé; pero creí que los habrían robado... en la guerra.

—Pues no, siguen ahí. Todos los años va la gente a verlos. Si faltaran esas joyas, yo creo que la gente del pueblo le mataba a Juan.

—¿Y qué decía usted que hizo su padre? —preguntó don Ramiro.

—Que desvalijaba la capilla; primero, vendió la lámpara; luego, a un San Miguel que había en el altar con su diablo correspondiente, le quitó la espada, que era de plata, y la vendió; luego le quitó un cuerno al diablo, que era de plata también, y también lo vendió.

—¿Por qué le ha quitado usted a San Miguel la espada? —le dije.

—¿Y él para qué la necesita si es santo? —me contestó.

—Y ya de quitarle un cuerno al diablo, podía usted haberle quitado los dos.

—Le he dejado uno para que pueda defenderse; no permito luchas desiguales —me dijo con gravedad.

Celebró aquel espíritu de justicia don Ramiro, y mientras oía fue fraguando en su imaginación un proyecto.

—Un día —siguió diciendo don Diego—, estaba yo escribiéndole al administrador, y mi padre, mientras me dictaba, se afeitaba cerca de la ventana. Había concluido de escribir cuando entró en el cuarto un labrador, un desdichado, a quien su amo, que era entonces el alcalde de Labraz, le colmaba de miserias y vejaciones, y le daba además cada estacazo que le hacía echar el alma por la boca.

»El hombre comenzó a contar una larga historia de sus infortunios y dolores; pero al poco rato de oírle mi padre se volvió con la mitad de la cara enjabonada, y le dijo, mirándole a los ojos con severa frialdad:

»—Si te ha hecho eso, ¡mátale!

»—Señor, tengo familia e hijos —y el hombre continuó con sus lamentaciones.

»—Me cansas —le gritó mi padre impacientado—. ¿No te he dicho que lo mates?

»El labriego se quedó sin saber qué hacer ni qué decir, dio vueltas y vueltas al sombrero entre sus manos y se acercó a la puerta. Mi padre, que había concluido de afeitarse y que iba de caza, miró por la ventana y vio que venía el alcalde por la calle. Sin decir nada fue a un rincón donde tenía la escopeta, la cogió, levantó el gatillo, y cogiendo al labriego y acercándole a la ventana, le dijo:

»—Mira a tu amo.

»Después le dio la escopeta.

»—Está cargada con bala —añadió.

»El hombre se quedó temblando.

»—¿No te atreves, cobarde? —gritó mi padre—. Trae; ya verás.

»Me adelanté yo y levanté el cañón de la escopeta, Salió el tiro y la bala fue a clavarse en la pared de enfrente.

—¿Y supusieron que le habían disparado al alcalde? —preguntó don Ramiro.

—No; yo expliqué cómo íbamos de caza y que limpiando la escopeta se había disparado, y como se dice que el diablo las carga, pues lo creyeron. Figúrese usted hasta qué punto llegaba la energía moral de mi padre, que un día que estaba envuelto

en mantas cerca del balcón, vio al arriero de marras en la calle, y pensando que se burlaba de él, levantóse del sillón, cogió un látigo, bajó la escalera vacilando, llegó junto a su rival y le azotó hasta hacerle sangre en el cuello.

»El otro, viéndose herido, echó mano de la navaja, y a no ser por algunas personas, quizás hubiese matado a mi padre.

»Aquél fue su último rasgo de energía. Al poco tiempo se le tuvo que meter en la cama y darle friegas.

»Un criado y la mujer de éste eran los encargados de cuidarle, pero mi padre estaba incorregible y díscolo como nunca.

»Pocos momentos antes de morir, el criado y su mujer trataron de ponerle un bizcocho empapado en Jerez sobre el estómago; lo que llaman un reparo. Mi padre vio cómo lo preparaban, y cogiendo un trozo del bizcocho y llevándoselo a la boca, dijo al criado: “Domingo, los reparos adentro, adentro”.

Don Ramiro manifestó su asombro y siguió dando vueltas en la cabeza a su proyecto.

Todos en hilera van
payos, joyeros, galanes,
trovadores, capitanes,
al mercado de San Juan.

CANCIONERO

Era día de feria en Labraz; desde el amanecer, tenderos, buhoneros y vendedores de toda clase habían transportado mesas y bancos a los soportales de la plaza Mayor. Sacaban los mercaderes sus géneros de grandes cajones e iban colocándolos en sus puestos ambulantes. Algunos improvisaban tiendas, clavando un palo, en donde sujetaban un toldillo de lona; otros ponían en el suelo sus mercancías.

Iban llegando los labriegos y hortelanos de los pueblos de alrededor, unos a vender trigo, otros hortalizas, y los chalanos con recuas de mulos y de borricos.

En la plaza se amontonaba la gente; tipos de capa parda, sombrero ancho, medias de lana y abarcas; otros con el calzón corto abierto en los extremos, faja y pañuelo de color en la cabeza; algunos de boina.

Pasaban todos revista a los puestos del mercado. Aquí se vendían utensilios de cocina, amontonados sobre anchas mesas: asadores y tenazas, sartenes y almireces; allá una colección de fuelles de todos tamaños; en un lado había un parapeto de palanganas, cafeteras y linternas y otros chismes de hojalatería; en otro, filas interminables de pucheros, cacharros y jarras de loza ordinaria. En un rincón estaban los guarnicioneros con sus tiendas de arreos y correajes; en otros los vendedores de telas y de mantas y los alpargateros. En el centro de la plaza se veían montones de pimientos, de tomates y de guindillas.

Por todas las calles y callejas que desembocaban en la plaza se veían subir los aldeanos con sus mulos adornados con guarniciones rojas; en las puertas de las tabernas se reunían veinte o treinta caballerías; no faltaban tampoco esos burros blanquecinos que miran al hombre con una mezcla de resignación y dulzura.

Por entre los grupos de compradores cruzaban mendigos andrajosos con sucios morrales a la espalda y cayados blancos en la mano; viejas con refajos de colores vivísimos. Las mujeres miraban y remiraban las telas hasta que se decidían a comprarlas, y sacaban de pañuelo atado con nudos algunos cuartos; los hombres contemplaban los pintorescos jaeces de las mulas y caballos, las pintadas mantas y las alforjas de abigarrados colores o las azadas y útiles de labranza con sus astiles blancos recién pulimentados.

Un hombre con un gran cartelón explicaba la vida de un criminal, desde que empezó por la desobediencia a sus padres hasta que terminó en el patíbulo para satisfacción de todos.

Aquel día andaba paseando por la plaza don Ramiro; unas veces iba por los soportales, otras por en medio; parecía un observador indiferente, pero su mirada escudriñaba con interés entre la masa de aldeanos y vendedores.

Después de haber dado varias vueltas debió de encontrar lo que buscaba, porque se metió entre la gente y se acercó a un hombre alto y flaco, de mal aspecto, que llevaba una cartera vieja colgada al cuello.

—¿Quién vende galones...? —gritaba el hombre de vez en cuando.

Don Ramiro se acercó a él y le dijo:

—Yo le puedo vender a usted galones.

—¿Usted?

—Sí, yo. ¿Dónde podemos hablar sin que nos vean?

—¿Usted sabe la casa de la Cañamera? —preguntó el hombre.

—Sí.

—Al anoecer estaré yo allí. Suba usted hasta la buhardilla.

—Está bien.

Al anoecer don Ramiro salió de su casa embozado en la capa, y después de pasear por el pueblo entró en una callejuela estrecha, irregular y tortuosa, adonde no entraba nunca la luz del sol. Penetró en una casucha infecta. Al final de la escalera había una puerta, y llamó.

Se abrió la puerta y apareció el galonero con un candil en la mano.

—Pase usted —dijo.

Entró don Ramiro en un cuartucho ahogado, de cuyas paredes colgaban casacones viejos galoneados, sombreros de tres picos y paños para vestir catafalcos. En un rincón había una mesa de madera y sobre ella una balanza.

El galonero y don Ramiro hablaron y discutieron durante largo rato. El galonero se quejaba de lo malos que estaban los negocios; no podía dar más; don Ramiro atajaba sus razonamientos. Después de dos horas de discusión, al despedirse se oyó que en voz baja decía uno a otro:

—A las doce, ¿verdad?

—Sí.

—Hasta luego, pues.

—Hasta luego.

Dormían todos en casa del Mayorazgo. El cielo estaba oscuro; Labraz descansaba envuelto en las sombras de la noche, acurrucado al abrigo de sus murallas. En la casa y en la ciudad reinaba el más profundo silencio.

Una campanada del reloj de la Colegiata turbó durante algunos segundos el reposo que dominaba en el pueblo, vibró el aire y se extendieron por el espacio sus

ecos quejumbrosos.

Después volvió a reinar el mismo silencio. De pronto se oyó el chirrido de una puerta en el patio, viose el dardo de luz de una linterna sorda, y cruzó un bulto negro rápidamente.

El bulto aquel pasó por un corredor a la huerta, y acercándose a una puertecilla que tenía la tapia en un ángulo y que daba a la muralla, descorrió el cerrojo. Luego silbó suavemente, y en el dintel de la puerta apareció un embozado.

—La corona y el manto —dijo el de adentro.

—Está bien. Aquí está el dinero —contestó el de afuera.

Cerró el de adentro la puerta del jardín y volvió por sus pasos... y el silencio siguió imperando más imponente y sombrío a medida que los caballos de la noche giraban alrededor de la estrella del Norte.

Acababan de dar las cinco; la campana de la Colegiata anunciaba la primera misa; se oía en las calles desiertas crujir de cerrojos y de puertas; alguna luz brillaba pálidamente en las ventanas.

Silenciosamente cruzaban por las calles viejas que, con la costumbre de andar a ciegas por las mañanas, iban sin tropezar a oír misa.

En la Colegiata, la nave se hallaba en las tinieblas; no se veían los muros pobres de adornos; sólo algunas luces mortecinas acá y allá bastaban apenas para hacer resaltar el fuste de una columna, o la orla de la vestidura de algún santo colocado en un altar; la luz parecía agobiada por las sombras macizas que brotaban de todas partes.

Se oía a cera y a cuarto cerrado. Al ir penetrando las mujeres en el templo, se oía el rastrear de sus pasos, y al encenderse cerillas en el suelo, surgían de improviso los macizos sostenes de la nave, se iluminaban las columnas o volvían a sumergirse en la oscuridad. Don Ramiro, detrás de una columna, esperaba impaciente. Ya había comenzado la primera misa...

Una mujer con manto se le acercó.

—Soy yo —dijo.

—¿Y Rosarito?

—No he podido traerla.

—¿No?

—No.

Don Ramiro hizo un ademán de disgusto.

—Vamos; no hay que perder tiempo. Échate el manto a la cabeza.

—¿Estará abierto el portal?

—Ahora lo abren.

Atravesaron sin ruido la iglesia; siguieron por las calles a un hombre que llevaba dos caballos de las bridas, y salieron del pueblo entre vendedores de la feria, que

solían pasar la noche en Labraz y partían al día siguiente al amanecer.

Llegaron al Hornabeque, y Ramiro ayudó a montar a Micaela.

—Ahora al galope —dijo, y los dos espolearon sus caballos y se perdieron pronto en la oscuridad.

Hasta el mediodía no se echó de menos la falta en la casa de Micaela y don Ramiro. Al darle la noticia los criados a don Juan, el Mayorazgo dio a entender que lo sabía.

Por la noche, antes de acostarse, Quintín llamó repetidas veces a la puerta de la alcoba del Mayorazgo.

—¡Señor!, ¡señor! —gritó desolado.

—¿Qué pasa?

—Han robado las alhajas de la Virgen, la corona y el manto.

Señora doña Venus, mujer de don Amor,
noble dueña, omillome yo, vuestro servidor;
de todas cosas sodes vos el Amor señor,
todos os obedescen como a su facedor.

ARCIPRESTE DE HITIA

Entró Raimundo el cura en el cuarto de su tío. Don Ignacio Armendáriz el organista, sentado en su poltrona cerca del balcón con las antiparras sobre la nariz, leía a media voz, aunque para él solo, un manuscrito encuadernado en pergamino.

El cuarto era espacioso y bajo de techo; tenía dos balcones a una plazoleta con unos cuantos árboles. Frente a un balcón estaba la alcoba con su cama de colgaduras de sarga verde; arrimados a las paredes armarios y estantes llenos de libros, papeles y pergaminos.

Se olía en el cuarto a papel apolillado y al cuero de las encuadernaciones.

Don Ignacio, mientras iba leyendo, accionaba. No oyó a Raimundo al entrar, y éste quedó contemplándole durante algún tiempo cariñosamente.

La figura del viejo, con su nariz larga, su cara afeitada y estrecha, la frente espaciosa y los anteojos grandes de plata, tenía algo de misterioso.

—Le tengo que hablar a usted, tío —dijo Raimundo.

—¡Ah! Estas aquí —murmuró el organista apartando el libro—. ¿Qué pasa?

—Pasa que... —murmuró Raimundo, y se quedó sin poder decir una palabra más.

—¿Cómo estás? —preguntó don Ignacio—. ¿Sigues teniendo esos vahídos?

—No, ya no.

El organista levantó los anteojos hasta la frente, miró a su sobrino y se frotó las manos.

—Tengo aquí —dijo— en un libro manuscrito que he encontrado en casa del Mayorazgo, una historia muy graciosa; a mí al menos me ha hecho reír. Te voy a leer algunos trozos; ya verás, te gustará porque es muy interesante.

—Bueno.

El organista se caló las gafas, cogió de nuevo el libro y leyó:

En el monasterio de la orden de los Cartujos, cerca de Labraz, hubo ha mucho tiempo un monje llamado Verísimo, médico y conocedor de las virtudes de las plantas, varón que, a su extraordinaria santidad y perfección en las vigiliyas, abstinencias y oraciones, unía grande sencillez y gracia.

—Aquí —dijo el organista— hay una jaculatoria y una porción de reflexiones sobre la gracia, pero las pasaremos.

A pesar de esto, y por esto quizás, el Diablo, que no se cansa de acechar y de observar el calcañal de los

pecadores, no se daba punto de reposo en armar redes al monje para que Verísimo cayese, pues siempre le veía salir con victoria de la guerra que le daba, más rigurosa que aquella con la que combatió a Job, pues nunca utilizó Satanás con éste, tan fieros arcabuces y bombas de lascivia, tantas imaginaciones torpes e ilusiones deshonestas, como con el buen Verísimo empleó, y, viendo que no lo vencía, el Diablo cavilaba y cavilaba. Verísimo, en su sencillez, no temía al Demonio y aspiraba a ser mejor de lo que era.

—Aquí hay otro racimo de reflexiones acerca de la humildad y una porción de jaculatorias. ¿Las pasaremos, eh?

—Como usted quiera —dijo Raimundo indiferente.

Refiere Bartolomé de Emparanza que una vez, después de maitines, en la infra-octava de la Asunción, un religioso joven, fray Onofre, al pasar por el claustro del monasterio, comenzó a mirar a cierto sitio, clavando en él con espanto los ojos. Un hermano que iba con fray Onofre preguntóle qué veía, y él, sin hacer caso de la pregunta, se burló del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y dijo que eran hipóstases, y añadió que el Papa era un asno y que los cardenales, obispos, arzobispos, priores, monjes y ermitaños malsines de la peor especie.

Seguía blasfemando de este modo sin que se le pudiera hacer callar, cuando fray Verísimo invocó a la Virgen, y ¡cosa admirable!, fray Onofre se tranquilizó y serenó, y dijo que había visto una caterva de demonios que Verísimo arrojaba con bravura.

De este modo nuestro monje adquiría más aplomo, pero ¡ándese, ándese nadie con aplomo juntó a Satanás!

Había en una ciudad no lejana del convento un noble caballero, temeroso de Dios y de sus obras, que padecía desde larga fecha de unas tercianas, tan pertinaces, que no encontraba medio, no sólo de curarlas, ni aun siquiera de aliviarlas.

Sufría de aquel mal años y años, y viendo la inutilidad de las medicinas que empleaba, se determinó a rogar a la Comunidad que permitiese a Verísimo que fuera a visitarle, y él buen monje, con la permisión del prior, fue a verle.

Tenía el caballero una hija, doña Venus, dama de libres maneras y de diabólica hermosura, entregada a las vanidades y pompas del mundo, e hizo el demonio que con ella fuera con quien primero topase aquel santo varón. Verle la dama y amarle, todo fue uno.

El monje recomendó al enfermo caballero una tisana de sus medicinales hierbas, e iba ya a partir para el monasterio, cuando vio que se levantaba una aterradora tempestad.

Rogáronle todos los de la casa que allí se quedara a pasar la noche, y el monje dijo que sí; nunca lo hubiera hecho, porque la dama, al ver a Verísimo sintió su corazón abrasado por torpe fuego y trató de comunicarle sus ardorosas ansias.

Dormía Verísimo como un bendito, cuando oyó una voz que le gritaba: «Sal de esta casa».

Creyó el fraile que eran imaginaciones de sueño aquellos gritos, e iba a quedarse dormido, cuando volvió a sonar la voz, y entonces Verísimo, comprendiendo que el Demonio no andaba lejos de su alcoba, huyó del lecho, cruzó la casa, salió de la ciudad y escapó a unos páramos en donde habitaba, al modo que otros, un ermitaño llamado Landrino, hombre docto, como deja entenderse, y muy virtuoso.

Doña Venus, nada satisfecha del proceder del monje, fue en seguimiento de éste, se emboscó por las malezas buscando de risco en risco y de valle en valle cuantos cóncavos y grutas topaba y descubría, y encontró por fin a Verísimo en el fondo de una cueva orando con el ermitaño.

Doña Venus, más bien Satanás, pues el espíritu del Demonio se agitaba en ella con palabras dulces y melosas, le dijo: «No te atemorices, hermano, de mi vista, que no me trae objeto pecaminoso hacia ti, sino que hagamos oración los dos».

¡Miren qué palabras estas de Demonio, y qué menos podía hacer Verísimo que ceder!

Después de la colación acostáronse el ermitaño Landrino y Verísimo en el suelo y la dama en el desaliñado y duro lecho que el ermitaño guardaba para algún viandante, cuando a la media noche oyóse llamar Verísimo por la dama que le decía: «Hermano mío, socorredme y amparadme. El Demonio me quiere llevar consigo».

Acercóse Verísimo a doña Venus. Echóle la dama los brazos al cuello con espanto. El monje rezaba o instaba a doña Venus que hiciera lo propio; pero ella comenzó a darle en el rostro inmundos besos. Comprendió entonces Verísimo que el Diablo le acechaba, escapó de la cueva de Landrino y se azotó hasta quietar su carne.

Comprendiendo el esforzado varón que no encontraría la paz sino en su celda, volvió al Monasterio. Aun allí no le dejaba tranquilo el Demonio (según asegura fray Bartolomé de Emparanza), el cual da de paso el útil consejo siguiente y es a saber: que cuando la oración, el silencio, la disciplina y otros ejercicios no bastan a que la carne se dome y se quite, sino que apostadamente y adrede porfía en su tesón, combatiendo más la idea, no hay en su concepto mejor remedio (y basta ser de fray Bartolomé para ser tal) que mudar de estancia, salirse de la celda, soltar la disciplina, dejar el libro y buscar la conversación y el esparcimiento, aunque sea con las fieras, con los troncos o con los peñascos.

Aun así, Verísimo no se hallaba tranquilo, porque doña Venus le acechaba por todas partes, y sabiendo esto el Prior llamó a la dama y la amonestó con tan dulces palabras que la hija del caballero cayó a sus pies, al parecer contrita y llorando sus extravíos.

Entonces doña Venus, por amor a Verísimo, se constituyó en protectora del convento y empleó su capital en obras piadosas, e hizo que las fiestas del *cenobium* fuesen las más brillantes y fastuosas de la comarca.

Por su influencia las reglas monásticas se fueron suavizando; los altares, antes desnudos, se llenaron de imágenes coloreadas, y el mármol y las soberbias pinturas adornaron las paredes, las piedras preciosas engarzadas colgaron de los paños de las Vírgenes y se incrustaron en los cálices y custodias.

Las costumbres se habían relajado de tal manera, que los monjes pasaban el tiempo en los salones de la ciudad.

Un día llorando Verísimo la decadencia del monasterio, se encontró con doña Venus, siempre joven y hermosa, que le dijo: «Querías arrojarme, de tu lado y no has podido». «Eres el Demonio; huye de mí». «No, replicó ella; soy la Vida y la Belleza siempre triunfante, siempre victoriosa.»

Entonces Verísimo, postrándose en el suelo, exclamó: «¡María! ¡Madre de gracias! ¡Madre de misericordia! ¡Defiéndenos del enemigo malo!».

No hizo más que pronunciar estas palabras, cuando mármoles, pedrerías, pinturas soberbias, todo, cayó deshecho en el suelo de la iglesia, y Verísimo vio un demonio en forma de dragón que salía del cuerpo de doña Venus. El dragón era rojo y sangriento y escapó por el aire dando muy fuertes gritos que espantaron a todos. Esto cuenta fray Bartolomé de Emparanza en su historia de Verísimo, monje en el monasterio de Cartujos, cerca de Labraz.

—¿Qué te parece la historieta? —preguntó el organista a su sobrino, levantando sus antiparras.

—¿Qué quiere usted que me parezca?

—¿No crees que ese Verísimo era un pillo redomado?

—¡Pillo! ¿Por qué?

—Un capón despreciable.

—Es que el voto de castidad...

—Un frailuno sucio y piojoso, una pura tiña. Figúrate que tú hubieras estado en su caso, ¿qué hubieses hecho?

—¡Yo!

—Sí, tú.

—Pues, no sé.

—¿No te hubieras acercado al dragón y lo hubieras cogido en tus brazos?

—Dice usted unas cosas...

—¿Qué? ¡Un dragón en forma de chica guapa! Es bastante agradable. Si no

viniera nadie te leería lo que dice el maestro de algunas de estas cosas —y el organista se levantó de su sillón y abrió con llave un armario en donde guardaba todas las obras de Voltaire. Era el entusiasmo de Armendáriz leer aquellos libros. Éste, éste sí que lo entiende, solía decir entusiasmado.

—No me lea usted nada, tío —murmuró Raimundo.

—¿Pero qué te pasa? ¿Te persigue como a Verísimo alguna mujer hermosa y diabólica?

—No, todo lo contrario.

—¿Entonces la persigues tú?

—Yo no he dicho eso.

—Pero lo has dejado adivinar.

Raimundo enmudeció.

—Con hacer un esfuerzo de imaginación sabría quién es ella... En resumen, que estás enamorado como un cadete.

—Por Dios, tío...

—¿Y qué? Si las leyes de la Naturaleza se han de cumplir siempre. Ahora la cuestión es ésta: ¿Tú te enamoraste de ella porque tenía tales o cuales perfecciones, o te has entusiasmado sólo porque es una mujer bonita?...

—En cuanto a esto, tío, tengo la seguridad...

—¡Pero qué seguridad vas a tener tú! Si eres un doctrino.

—Seré todo lo que usted quiera; pero yo le puedo decir que he visto mujeres hermosas y las he mirado fríamente.

—Como Verísimo... Eres un tontuelo. En fin, ¿tú venías a pedirme un consejo, no es verdad?

—Sí.

—Pues óyeme. Para mí puedes seguir tres caminos: primero, el de la imbecilidad, haces como Verísimo, te azotas con unas disciplinas, te mortificas, comes acelgas y lechugas hasta que el recuerdo pecaminoso huya y la carne se aquiete; segundo, el de la hipocresía, buscas un ama guapetona que te haga olvidar el objeto de tus ansias, acaricias a tus sobrinitos cuando los vayas teniendo; y tercero, que es el camino que me parece más decoroso, te vas del pueblo.

—¿Y qué hago fuera de aquí?

—Veo que escoges la solución más digna. Si tú trabajas y escribes música, llegarás a tener gloria, dinero...

—¿Cree usted...? —dijo Raimundo con los ojos brillantes.

—Sí, ya lo creo. De manera que ya lo sabes —añadió el organista—. Yo tengo algunos cuartos. ¿A mí de qué me sirven? Tómalos y vete a París.

—¿A París? —exclamó Raimundo en el colmo del asombro.

—Sí, allí te curarás y sentirás la fiebre del trabajo. Aquí ¿qué vas a hacer? Nada. Este pueblo se va; dentro de cincuenta años será una aldea.

—¿Y qué voy a hacer yo en París?

—Estudiar, escribir música...

—¿Música religiosa?

—O música profana.

—¿Un cura escribiendo música profana?

—¿Es que crees que tus hábitos son un obstáculo para eso?

—Claro.

—Pues cuelga los hábitos. Yo no te digo más. Mi bolsa está a tu disposición; si triunfas, ya me recogerás en tu casa; si fracasas, viviremos también. Piensa lo que te digo; ya me dirás lo que resuelves...

Unas semanas después, Raimundo salió de Labraz.

LIBRO CUARTO

MARINA

El hombre que se hunde en el aislamiento queda pronto solo.

GOETHE, *Wilhelm Meister*

La noticia del sacrílego robo corrió por el pueblo con una rapidez grandísima, produciendo un verdadero pánico. El sentimiento religioso de Labraz, herido hasta en sus más recónditas fibras, respondió y vibró enérgicamente.

Lloraron las mujeres al conocer el hecho como si les hubiese sucedido una desgracia; los hombres aseguraron que el descuartizamiento, el potro, el plomo derretido y los demás espirituales tormentos inventados por nuestros abuelos para la mayor gloria de Dios, no eran bastantes para castigar el crimen del audaz sacrílego, empedernido malhechor que había despojado a la imagen de la Virgen de unas cuantas piedras brillantes que indudablemente no le servían para nada.

Hubo algunos que se asombraron de que la catástrofe no se anunciara en el cielo con cometa rojo de largo rabo; otros predijeron que después de una tamaña profanación vendría el fin del mundo, precedido de la aparición de la espantable bestia apocalíptica armada de uñas, picos, cuernos, garras y otros instrumentos cortantes y punzantes —tal como la representaba el cartel de un juglar—, a exterminar a los humanos y a destruir el planeta.

Al día siguiente de conocerse la barrabasada de don Ramiro, se reunieron en gran cónclave en la casa del Mayorazgo, el abad de la Colegiata, el magistral y el doctoral, el alcalde, el juez y algunos otros señores de tanta o de parecida importancia en el pueblo, entre los cuales estaban don Diego de Beamonte y el tío Nazarito.

Don Diego contaba a todo el que quería oírle la conversación que tuvo días antes con don Ramiro paseando alrededor del pueblo.

«Ha querido imitar a mi padre», decía el anciano señor.

Y si se le preguntaba por qué, contaba las confianzas que el autor de sus días se tomaba con un San Martín y con el diablo que tenía en la capilla.

Para don Diego, lo que había hecho don Ramiro no pasaba de ser una calaverada propia de un hombre encerrado en un pueblacho en donde se respiraba aburrimiento.

El tío Nazarito, en cambio, no salía de su asombro; el hecho le producía una estupefacción enorme. ¡Atreverse a robar las alhajas de la Virgen! Era extraordinario para él, que no se atrevía a contestar a su ama de llaves.

El alcalde y el juez mandaron propios a los pueblos inmediatos con las señas de los fugitivos para que pudiesen detenerlos; el juez instruyó la causa con las correspondientes formalidades legales, interrogó a todo el que de cerca o de lejos conocía a don Ramiro, mandó emborronar una resma de papel de oficio... y gracias a

lo hábil de sus investigaciones no averiguó nada; sólo sacó en limpio lo que la gente ya sabía: que don Ramiro y Micaela se habían escapado y que, según todos los indicios, ellos fueron los que se llevaron las alhajas.

El ningún éxito de las indagaciones estaba previsto. A la semana de ocurrir el hecho se dijo que los fugitivos habían pasado a Francia. El recobrar las alhajas comenzaba a considerarse un tanto difícil, casi imposible.

Diez o doce días después del robo, el magistral fue a ver al Mayorazgo, y en su visita, en la larga conversación que tuvieron ambos, deslizó la idea de que el jefe de la casa por ser responsable ante la Virgen de las alhajas robadas, era el que tenía el deber de restituirlas.

—Pero, señor magistral —contestó el Mayorazgo— yo no puedo pagar las culpas ajenas.

—Sí, es cierto —repuso el canónigo—; pero por estar la imagen en su casa, por el vínculo de parentesco que le une a usted con los malhechores, yo creo que debía usted hacerlo.

—Lo haría con gusto, pero no tengo un maravedí.

—¡Bah! Eso, don Juan...

—Se lo juro a usted; con los funerales de Cesárea he gastado las dos terceras partes de la renta de este año.

—Si usted quisiera...

—No, me sería imposible.

—Mire usted, don Juan; la cuestión sería que usted se comprometiera a ello; los demás le ayudaríamos.

—Pero si no puedo.

—Sí puede usted. Se pagaría a plazos. Hay que dar una satisfacción a los sentimientos religiosos de Labraz.

—Ya le digo a usted que no puedo. Con gusto lo haría, pero me es imposible.

A pesar de la terminante negativa, el magistral volvió a la carga y fue pocos días después, con otros dos canónigos, a visitar al Mayorazgo y entre los tres acosaron de tal manera a don Juan que al fin cedió, y prometió solemnemente costear un nuevo manto y alhajas a la Virgen siempre que los demás del pueblo le ayudasen.

Quedaron los tres canónigos comisionados para entenderse con un casullero de Vitoria a quien encargaron el manto y las alhajas. Don Juan firmó el compromiso de pagar al comerciante cuando estuviesen terminados los encargos.

El casullero pidió un anticipo, y como había respondido don Juan del pago, fue éste quién se encontró en el compromiso de pagar.

Aconsejaron todos al Mayorazgo que hipotecase algunas tierras, y él no tuvo más remedio que hacerlo. El magistral, viendo que cedía tan fácilmente, trató de convencer al Mayorazgo de que, para mayor seguridad de la Virgen, era conveniente trasladarla al contiguo convento de las Carmelitas. Las buenas hermanas tenían interés en llevar la imagen a su iglesia, y harían con este motivo una fiesta religiosa

solemnísima como función de desagravio.

Don Juan no se opuso al traslado, y dijo al magistral que hiciese lo que le pareciera. Sentía el Mayorazgo una gran repugnancia por lo que veía, y no deseaba más que estar solo con Rosarito. No quería ver a nadie, ni oír a nadie.

—¡Pobre chiquita mía! —le decía besando a Rosarito—; ¡qué te dejarán a ti!

Pero Rosarito no estaba en edad de preocuparse de nada y jugaba con su tío y le acompañaba llevándole de la mano por todos los cuartos de la casa.

Rosarito le contaba a su tío lo que veía y le mareaba a preguntas que él no sabía contestar satisfactoriamente.

El Mayorazgo asistía al desenvolvimiento del alma de la niña, pensaba en su porvenir. ¿Cómo sería? Sabía que era bonita, creía que era buena. Hubiera dado muchos años de su existencia por verla.

Unos meses después de la escapatoria de Micaela y de don Ramiro, don Martín Echenique, médico del barrio alto, llamó en la casa de don Juan.

Salió a abrirle la puerta una vieja, y con tono malhumorado le dijo que no sabía si estaba o no el amo en casa.

Entró el médico, pasó del zaguán al patio, subió la escalera y llamó repetidas veces en el piso principal. No contestó nadie.

Bajó nuevamente al patio y por un pasillo oscuro salió a la huerta.

—¡Juan! ¡Juan! —gritó—. ¿Estás ahí?

—¿Quién es? —contestó la voz del Mayorazgo, desde el fondo del huerto.

—Soy yo.

Quintín, el viejo criado de la casa, removía la tierra de un cuadro de hortalizas con la azada.

—Ahí está el señor —le dijo al médico.

Avanzó éste por uno de los paseos y llegó a la plazoleta que había alrededor del estanque. Allá, el Mayorazgo, sentado en el suelo movía una cuerda atada, por un cabo al tronco de un árbol para que Rosarito saltase a la comba.

El médico contempló a su amigo con una mirada de observación dolorosa.

—Tengo que hablarte —le dijo.

—¿Qué sucede?

—Sucede que vas a hacer una tontería y vengo a convencerte de que no debes hacerla.

—¿Qué tontería?

—Ya sabes lo que te digo. ¿Vas a hipotecar tus tierras para comprar el manto y las alhajas a la Virgen? ¿Verdad?

—No las voy a hipotecar; las he hipotecado ya.

—¿Con quién? ¿Con Alizaga?

—Sí.

—¿Sólo con él?

—Y con el otro procurador nuevo.

—Entonces estás perdido, no hay que esperar misericordia de ellos.

—Ni yo la pediré tampoco.

—¿Y con qué vas a vivir? ¿Qué vas a hacer?

—No sé; mientras pueda, estaré en casa; luego...

—¿Luego?

—¡Qué sé yo!... ¿Para qué hablar de cosas tristes?

—Es necesario a veces. Hay que afrontar la adversidad con valor.

—Ya llegará el momento.

—No; cada minuto que pasa empeora tu estado.

—Ya lo sé; tú me dices esto por mi bien, pero ahora no quiero ocuparme de nada; quiero vivir tranquilo, aunque sea un mes, una semana, un día —dijo el Mayorazgo—. La desgracia vendrá cuando tenga que venir. ¡Anda! Salta, Rosarito.

—No, no tienes derecho a esa tranquilidad —replicó el médico—. Si no por ti, por esa niña, debes defender tu hacienda.

—¿Qué voy a hacer?

—¿Qué? Volver sobre tu acuerdo. Yo me encargaré en tu nombre de devolver lo suyo a los usureros y de cancelar la hipoteca. ¡Que pague las alhajas quien quiera! ¿Qué culpa tienes tú de que las robaran? ¿Qué responsabilidad puede caberte en eso? ¿Te vas a sacrificar por Ramiro y Micaela que te han engañado?

—En parte tengo la obligación moral de responder de los actos de mi familia.

—No, tú no tienes obligación alguna respecto a ellos. ¿Han hecho algo por ti? Sí, te han herido en lo más hondo de tu alma.

—Está bien... calla... Además, no es sólo por ellos, es también por el pueblo entero.

—El pueblo entero te abandonará cuando te quedes sin un cuarto.

—Ya lo sé, ya lo sé.

—¿Pues entonces?...

—¿Qué quieres? He dado mi palabra. La cosa ya no tiene remedio. Paciencia.

El médico se paseó arriba y abajo en la plazoleta del huerto, con las manos sobre la espalda; después se detuvo frente al Mayorazgo.

—Juan, veo en ti una peligrosa atonía —dijo—. Estás como en un sueño.

—Pero es un sueño dulce, Martín. Déjame dormir.

—Debías despertar, tener voluntad.

—¿Para qué? Si los hechos inesperados dominan la vida, ¿a qué luchar contra ellos? Es forzoso conformarse con el destino. Además, me parece lo más cuerdo.

—No hay destino, ni fatalidad para el hombre fuerte.

—¿Y crees tú que yo no lo soy? —preguntó el Mayorazgo levantando su rostro.

—Quizás demasiado. Tienes la fortaleza de un santo o de un estoico; yo lo que te pido es que seas hombre.

—¿Y qué me falta a mí para serlo?

—Mucho; tú tienes inteligencia, eres capaz de sacrificio y de abnegación, pero tienes los instintos debilitados y la voluntad muerta. Y sin la voluntad, la vida es una sombra. Debías marcharte de Labraz, no doblegarte a las exigencias de esa gente, muy generosa con el dinero de los otros, pero que no dará un céntimo de su bolsillo para las alhajas de la Virgen.

—Sí, me marcharé, me marcharé de aquí.

—Después de haberte arruinado, ¿a dónde vas a ir, qué vas a hacer solo, sin medios de vida?

—Iré por los caminos. Rosarito me acompañará, ¿verdad, hermosa?

—Sí, padre.

—Me llama padre ahora —murmuró el Mayorazgo enternecido, y alargando los brazos tomó la niña y la besó en la frente—. Los dos iremos siempre juntos, dormiremos en los pajares de las ventas. Ésta será mi guía. ¿Verdad, Rosarito, que no me abandonarás nunca?

—Nunca, padre.

El médico contempló al ciego y a la niña ensimismado.

—No quieres vivir en la realidad, Juan —dijo moviendo la cabeza tristemente.

—¿Para qué? He vuelto a la infancia —murmuró el Mayorazgo sonriendo—, pero a una infancia mejor que la antigua, más alegre. Todas las crueldades de la suerte me parecen insignificantes teniendo esta niña que me llama padre a mi lado.

El médico permaneció algún tiempo sin hablar, después se levantó, y poniendo una mano sobre el hombro del amigo, le dijo:

—Adiós, Juan; casi creo que tienes razón; la dicha del momento vale más que la seguridad del porvenir. ¡Adiós!

—Adiós —murmuró el Mayorazgo, buscando la mano de su amigo y estrechándosela con efusión.

Don Martín atravesó el huerto, por el estrecho corredor pasó al patio y en el zaguán se encontró con la vieja que le había abierto la puerta.

—¿Le ha visto usted? —le preguntó ella.

—Sí. ¿Está siempre así?

—Siempre con la niña; yo casi no le veo.

—¿Ni a las horas de comer?

—Ni a esas horas tampoco.

—Pues ¿quién hace la comida?

—Nadie. Quintín va todos los días a casa de la Goya, trae debajo de la capa un pucherito y comen los tres.

—¿Usted cree que no le queda dinero?

—Ni un maravedí.

—¿Se lo han sacado todo?

—Todo.

—¡Qué infamia!

—El otro día me dijo que viéramos de arreglarnos como pudiéramos, porque no tenía nada.

—¿Es de veras eso, madre? —oyó el médico que decía una voz chillona. Volvió don Martín la cabeza buscando con la vista al que acababa de hablar.

—Es Mamerto —murmuró la vieja señalando al lisiado, que estaba sobre su carro mirándola.

—¿Es verdad eso? —repitió el tullido.

—Claro que es verdad.

—¿Entonces qué hacemos aquí? Vámonos, madre. No tenemos necesidad de estar en esta casa, que es la casa de un hereje. Que se las componga como pueda.

El médico miró al monstruo con curiosidad, y al ver el odio y la mala intención que se reflejaban en sus ojos amarillos, al sentir aquella mirada de abajo arriba llena de rabia, de ira, de impotencia, sintió ganas de aplastar bajo el pie a un bicho tan venenoso.

—No, yo no puedo abandonarle —repuso la vieja.

—¿Usted no? Pues yo sí —chilló el tullido—. ¡Que se quede con Quintín! Yo me voy.

—¿A dónde, hijo?

—A cualquier parte.

Y el tullido sacó el frasquito lleno de aceite que guardaba en un bolsillo de la chaqueta, y untó los ejes de las ruedas de su carro. La tal maniobra, hecha por él, en un arrebato de cólera, era más que grotesca; el médico no pudo contener la risa; Mamertín le miró fijamente con ojos iracundos, después empujó en el suelo con los dos palos cortos que llevaba en las manos y salió del portal.

Corría de prisa por la plaza de la iglesia, moviendo rápidamente sus brazos como si fueran remos. Un perro pasó junto a él, Mamertín le golpeó con uno de los palos que llevaba en la mano. El animal echó a correr aullando.

El médico sintió de nuevo ganas de aplastar como a un mal bicho aquella cosa sin apariencia humana, que se deslizaba por la tierra con más veneno que un reptil, sobre su tabla de cuatro ruedas.

Vosotros por ese camino, yo por éste.
SHAKESPEARE, *Trabajo de amor perdido*.

Pasó el invierno y parte también del verano. Don Juan apenas salía de casa, ni aun siquiera iba a la iglesia, con gran escándalo de todo el pueblo.

La casa estaba siempre cerrada, como si nadie la habitase, y únicamente a ciertas horas se veía salir a Quintín a algún recado.

Días después del carnaval, una tarde, al anochecer, se vio a Quintín, al antiguo criado del Mayorazgo, que en compañía del médico entraba en la vieja casa solariega.

Rosarito estaba enferma. Llevaba algunos días, triste, sin ganas de jugar: Había pasado una noche con fiebre, y a la mañana siguiente no pudo levantarse. El Mayorazgo estaba asustado.

—¿Cómo está? ¿Qué tiene? —preguntó el Mayorazgo con ansia al médico.

—No sé todavía; tiene mucha calentura. Veremos.

A los dos días de visitarla, el médico dijo que tenía grandes sospechas de que se trataba del tifus; al tercero la enfermedad se manifestó tan claramente, que don Martín no tuvo vacilación en diputarla gravísima.

Rosarito tenía una altísima fiebre que cada día iba aumentando; de noche, en las horas de recargo, deliraba y se movía violentamente en la cama; al amanecer, la calentura descendía algo. La pobre niña iba quedándose flaca por momentos; tenía continuamente las mejillas rojas, los labios y los dientes negruzcos.

El médico acompañaba al Mayorazgo todo el tiempo que podía, y éste no se separaba un instante de la cama de Rosarito. Quintín ayudaba a su amo a cuidar de la niña.

—Hay que tomar una enfermera —decía el médico a todas horas—. La enfermedad ésta puede durar mucho tiempo.

Pero el Mayorazgo no tenía dinero y no quería que manos mercenarias cuidasen a su sobrina; por consejo del médico escribió a unos parientes de Arnedo, y esperó la contestación, pero la contestación no vino.

En todo Labraz se hablaba del abandono en que estaba la niña, pero ninguna persona acomodada del pueblo se presentó en la casa. Únicamente el inglés iba algunas veces a preguntar por Rosarito. La gente pobre, menos aprensiva y con un espíritu de generosidad mayor, visitaba la casa con alguna frecuencia.

Un día se presentó el Predicador con las dos hijas de La Goya a preguntar por Rosarito.

Hablaron las dos muchachas con el Mayorazgo. Marina sintió una tristeza profunda al ver las huellas de cansancio y de dolor que se advertían en el rostro del

ciego; después, en un arranque de decisión, manifestó el deseo de ver a la niña.

Le opuso Blanca razones justísimas contra lo que consideraba imprudencia de su hermana; pero Marina, sin hacerle caso, siguió al Mayorazgo por los pasillos de la casa.

El cuarto en donde se hallaba Rosarito era la antigua alcoba de Micaela. Estaba contiguo a un gabinete adornado a la Pompadour, separado de la alcoba por columnas. En el gabinete había pinturas en las paredes y artesonados en el techo; en uno de los testeros, sobre la chimenea de mármol blanco, ardía una hoguera de tablas viejas y de palos de silla.

En el fondo de la alcoba, en una cama muy grande, estaba Rosarito, muy flaca, con las mejillas rojas por la calentura.

Al ver a Marina sonrió tristemente y le alargó la mano.

«No te vayas», murmuró débilmente.

La muchacha vio en los ojos de la niña una súplica tal de que no la dejara sola, que Marina, embargada por la emoción, mandó avisar a su hermana que se quedaba allí.

Blanca trató con nuevas razones de disuadir a Marina; pero ésta dijo que no consentiría dejar a la niña abandonada al cuidado de un criado viejo y de un ciego en medio de aquel caserón desolado.

Mientras Blanca y el Predicador se fueron, Marina se sentó a la cabecera de la cama de Rosarito.

Por la noche la Goya volvió a la casa del Mayorazgo y reconvino a Marina, y le hizo una serie de observaciones acerca del peligro que corría estando allí, de lo que murmuraría el pueblo.

«No me importa que digan lo que quieran —saltó diciendo Marina—, he prometido cuidar a Rosarito y la cuidaré. Los del pueblo que murmuren, que hablen; yo haré lo que creo que debo hacer.»

Tenía la muchacha una decisión inquebrantable. A los pocos días de estar allá, sin dormir apenas, cuidando de Rosarito, quedó Marina flaca, demacrada; pero la melancolía que desde algún tiempo velaba sus ojos desapareció, sustituyéndola una actividad y un ardor en ella inusitados.

El médico, al saber el rasgo de la muchacha, la felicitó calurosamente; el ciego buscó una de las manos de Marina para estrechársela entre las suyas.

Era una sensación muy nueva para Marina el vivir en aquella casa grande, en donde se mezclaba la suntuosidad y la miseria. Sentía algo como la satisfacción de un instinto de venganza al habitar el mismo cuarto en el cual había vivido la orgullosa Micaela; al mandar en la casa, aunque no hubiera en ella más personas que el Mayorazgo y Quintín. Los dos le obedecían con ciega sumisión, convencidos de que lo que ella ordenara estaba siempre bien dispuesto.

¡Qué cosas pensaba Marina de noche, mientras velaba a la cabecera de la cama de Rosarito en compañía del Mayorazgo! Nunca se le había ocurrido nada semejante,

nunca en la vida. Eran pensamientos, ideas acerca de la manera de ser de la gente del pueblo, sobre todo pensamientos acerca de sí misma. ¡Tan profundo, tan intenso como le había parecido su amor por don Ramiro y ahora lo veía en la superficie de su alma, sin llegar al fondo, como estas plantas de los estanques que nacen a flor de agua!

Otras veces, Marina, sin pensar en nada, miraba las desconchaduras de las paredes, ocultas en parte por litografías iluminadas de odaliscas y de moros, y los grabados puestos en forma de medallones, o embebida en vagos pensamientos contemplaba cómo iban ardiendo en el hogar de la chimenea los trastos viejos que traía Quintín de la buhardilla, entre los que abundaban antiguos marcos con ensambladuras, esqueletos de sillones fraileros con clavos dorados, tablas de arcones talladas y llenas de adornos.

Por la influencia de Marina, la alcoba de la enfermita quedó si no elegante al menos cómoda, limpia y abrigada. Colocó la muchacha cortinas en la cama de Rosarito y puso un gran tapiz clavado, ocultando el hueco del balcón, cuyas maderas, como no cerraban bien, dejaban pasar el aire.

Rosarito estaba cada día más grave; había llegado su enfermedad, según decía el médico, al período álgido, pero no declinaba; las oscilaciones de la fiebre eran siempre las mismas; aminoraba la calentura por las mañanas, pero volvía a tomar incremento por las tardes, al anochecer.

Así pasaron largas semanas; la niña se iba quedando en los huesos, echaba sangre por las narices, que se coagulaba y ennegrecía.

Marina descansaba apenas; Rosarito la quería tener siempre a su lado. Tenía la enferma caprichos extravagantes; uno de ellos fue pedir al Mayorazgo y a Marina que se hablaran de tú. A Marina le costó mucho trabajo acostumbrarse a ello.

Un día don Martín dijo que la niña estaba muy grave. Deliraba, hablando en voz baja, tenía una gran incoordinación en los movimientos. El desenlace funesto era el más probable.

El Mayorazgo habló con Marina; tenía el presentimiento de que Rosarito se moría, desde el comienzo de la enfermedad.

Por la noche, la niña se agravó de tal manera que se creyó el fin próximo.

El Mayorazgo no tuvo valor para estar junto a la cama de la enferma; abrió el balcón del gabinete y se apoyó en el barandado. La noche estaba tranquila. Para el ciego, la vida era en aquel instante el ensueño más horrible, la carga más espantosa. Le parecía que toda la tierra era un inmenso sepulcro y que no volvería a ser jamás reanimada por el sol. Tenía la seguridad de que la niña iba a morir, y no deseaba otra cosa sino acabar también él. Sentía la aspiración triste de aniquilarse en el seno de la tierra.

¡Cuanto antes morir, cuanto antes desaparecer! Y ya que la Naturaleza había

hecho en él, un monstruo, una desdicha viviente a la que había privado del más dulce de los bienes, deseaba que ni una inscripción recordara su nombre, que ni una piedra indicara el sitio donde se pudría su cuerpo. ¡Cuanto antes la desaparición, cuanto antes la fusión en el mar de la materia eterna o infinita!

Después de minutos que fueron para él siglos, el Mayorazgo volvió a la alcoba; la niña seguía delirando. Don Juan ocultó la cara entre las manos y esperó angustiado el momento en que Marina le dijese que todo había concluido.

Dejó de delirar la niña; se oyó en el silencio de la noche un gorgoteo siniestro, semejante al que produce el agua al salir de una botella, luego el gorgoteo cesó.

—¿Ya? —preguntó el Mayorazgo con el rostro estremecido.

—No. Por hoy no —dijo Marina—. Creo que está mejor.

El Mayorazgo levantó convulsivamente los brazos al cielo y se puso a pasear a largos pasos por el gabinete. El reloj de la Colegiata midió las horas con sus lentas campanadas, que vibraron por largo tiempo indiferentes. Un gallo cacareó a lo lejos.

El Mayorazgo se acercó a la cama, besó a la niña y dijo a Marina:

—Duerme ahora un rato.

Marina se tendió en un sillón, y en un sueño profundo descansó un par de horas. Al despertar, la luz se filtraba por entre los agujeros del tapiz, y en la ligera claridad que daba al cuarto, parecía ir palpando ligeramente los objetos. Un rayo de sol hería el cristal de la ventana.

Pasó el período agudo de la enfermedad, pero persistió la fiebre. El médico aconsejó a Marina que sacara de la cama a la niña envuelta en mantas y la llevase a la huerta, en las horas de calor.

Rosarito estaba como un esqueleto; se pasaba las horas en el regazo de Marina a quien llamaba mamá, oyendo los cuentos que la contaba, besándola en su cuello tibio.

Marina le cantaba canciones, algunas en vascuence, que había aprendido de su padre. Una de ellas era una canción muy sentimental, muy melancólica, un lamento triste y soñoliento, que a Rosarito le gustaba oír. Decía así una de las estrofas de la canción:

*Ointxo polita, zapata eder
txorkatila gustiz fina
jantzi ederki egina
telako modako fina
ai, niretzako bazina!*

Y esta última frase de la canturía se alargaba y terminaba en una nota quejumbrosa, de aniquilamiento.

Tan larga permanencia de Marina en casa del Mayorazgo produjo en el pueblo una gran indignación. La Goya predicaba a su hija, diciéndola a cada momento:

—Mira que todo el pueblo habla mal de ti.

—Que hablen —decía Marina—. Aunque todo el mundo me insulte, no dejaré a esa niña sola.

Una tarde, en la hora del crepúsculo, mientras estaban Marina, el Mayorazgo y Rosarito en la huerta, la niña, con los ojos profundos, inflamados por la fiebre, juntó su mejilla con la de Marina y le dijo:

—¿Qué hay allá, mamá?

—¿En dónde, Rosarito?

—Allá arriba —murmuró la niña, señalando el horizonte rojizo.

—Allá no hay más que nubes —repuso Marina.

—¿Y qué son las nubes?

—No sé; tu tío sabrá lo que son.

—Yo tampoco sé nada —murmuró el Mayorazgo tristemente.

—¡Oh! Yo veo muchas cosas —dijo la niña—; yo quisiera subir allí y montar a caballo sobre una nube... Llévame, mamá, allá arriba.

—Ya te llevaré.

El crepúsculo era magnífico; el sol, oculto tras de una nube, incendiaba a su alrededor el cielo... La niña, con las mejillas rojas por la fiebre, mostraba a Marina allá un dragón rojo que corría por el mar azul, aquí un gigantesco cisne, islas brillantes, montes de grana...

El Mayorazgo comprendió que la niña estaba delirando. La llevaron a casa.

Rosarito quería que la acercasen a la ventana, y contempló atentamente el sol que se ponía tras de los cerros lejanos, y las nubes que se tornaban cenicientas y grises con la aproximación de la noche.

Después la niña comenzó a balbucear; Marina notó que se iba poniendo fría y pálida, la llamó, y ella contestó de un modo vago; luego vio que la niña murmuraba algo muy débilmente. Por último, lanzó un suspiro anheloso, cerró los ojos y quedó muerta.

Por los sollozos de Marina, el Mayorazgo comprendió que había llegado el fin; se acercó vacilando, se arrodilló a los pies de Marina, cogió la mano de Rosarito, y la besó regándola con sus lágrimas.

III

¡Ahórcate, filosofía...!
Jamás habla yo escupido a la faz de la especie humana.

SHAKESPEARE, *Hamlet*

Ellos me han vuelto loco.

SHAKESPEARE, *Hamlet*

No apareció nadie aquella noche en casa del Mayorazgo. Marina vistió a la niña con su traje mejor, y el Mayorazgo y Quintín arreglaron la sala principal como en las grandes solemnidades; después el ciego llevó el cadáver a la sala y lo colocó en medio, sobre una mesa, con la cabeza apoyada en una almohada. Había en la casa guardados unos hacheros con grandes cirios amarillos que se encendían en el día de Todos los Santos, en la capilla de los Labraz de la Colegiata; el Mayorazgo mandó a Quintín que sacara los hacheros y los cirios y los encendiera. Luego le mandó cortar todas las flores que hubiese en el jardín y echarlas en el suelo.

La sala tomó, con los doce cirios encendidos, un aspecto terrible. Las figuras toscas de los cuadros parecieron vivir, brillaron las viejas cornucopias, los herrajes de las arcas y los dorados de las molduras.

Todas las cosas parecían temblar con aquella luz vacilante. Chisporroteaban los cirios.

Marina, el Mayorazgo y Quintín velaron el cadáver de la niña durante toda la noche.

Marina estaba asustada; el Mayorazgo, inmóvil, sentado en un viejo sillón de clavos dorados, parecía una estatua de piedra. Quintín iba y venía con leves pasos.

Marina, turbada por la luz y por el olor de cera, salía de la sala o iba a asomarse a un balcón que daba a la huerta. La noche estaba fresca, el viento mugía a lo lejos, se acercaba haciendo balancear los árboles, azotando las maderas de balcones y ventanas, y se perdía después en un suspiro, como la ola del mar amenazadora rompe blandamente en la desierta costa.

A veces una ráfaga de aire más débil, naciendo y muriendo enseguida, hacía crujir el gozne de una puerta y silbaba en la chimenea.

A la mañana siguiente, después del entierro de Rosarito, se reunieron en la casa la mayoría de las personas importantes del pueblo. Fueron saludando todos al Mayorazgo y desfilando, y al último no quedaron más que el magistral, el notario, el usurero Alizaga y don Diego de Beamonte.

El magistral explicó la ceremonia que iban a celebrar las monjas cuando se trasladase la imagen de la Virgen al convento vecino; le pondrían la capa y la corona nuevas, le entregarían el sello y las llaves del convento, la llevarían en procesión por los claustros, cantando el *Te Deum Laudamus*, y de rodillas le darían todas las hermanas obediencia.

El Mayorazgo oía estas explicaciones ceñudo y sombrío, con la cabeza baja, sumido en sus meditaciones.

El magistral, con la confianza que le daban a sí mismo sus dotes oratorias, algo molestado quizá por la poca atención que prestaba el ciego, le exhortó a que se resignase o insinuó la idea de que la muerte de la niña podría ser castigo a la vida licenciosa que había llevado en su última época.

El Mayorazgo no contestó, y el magistral volvió a la carga y le aconsejó que abandonase a aquella muchacha con la que había escandalizado el pueblo.

—Sí, debe usted de abandonarla —dijeron el notario y Alizaga.

—¿A quién? —preguntó el Mayorazgo, como si saliera de un sueño.

—¿A quién ha de ser?... A esa muchacha. A la hija de la mesonera —contestó con desprecio el magistral.

No había concluido de pronunciar estas palabras, cuando el Mayorazgo se levantó de su sillón y se irguió fieramente:

—¡Ah, canalla cobarde! —gritó con voz de trueno—. ¡Miserables! Después de haberme robado venís a darme consejos. Salid de aquí, si no queréis que os aplaste con mis manos.

—¡Juan, por Dios! —exclamó el magistral.

—¡Calla, cura miserable, que reniegas de tu casta! Eres hijo de un pelgar y te parece un crimen ser hijo de una mesonera. Calla. No sois capaces ninguno de una buena acción; por eso creéis que todos son miserables; no os cabe en la cabeza que haya nadie desinteresado, y venís a insultar, delante de mí, a una pobre muchacha que se ha sacrificado por mi hija.

—Está loco —murmuró el notario.

—Sí, estoy loco —rugió el Mayorazgo—; vosotros me habéis vuelto loco; vosotros, que sois capaces de todas las infamias; vosotros, que queréis entrar a saco en la conciencia y en la propiedad ajenas. Pero esto se ha acabado ya. He recobrado mi voluntad muerta. Sí, se ha acabado ya. Yo soy Sansón; yo haré pedazos vuestros templos llenos de infames ídolos; yo destruiré vuestras ciudades, que son madrigueras de monstruos. Yo embestiré como un toro furioso contra todo el aparato de vuestras mentiras. Salid.

Y el Mayorazgo se acercó con los puños cerrados a los tres hombres, que huyeron rápidamente.

A media noche, se despertó Quintín, sobresaltado, y oyó ruido de pisadas en la

escalera; se asomó a la puerta de su alcoba y vio al Mayorazgo que llevaba una antorcha encendida en la mano. «¿A dónde ya usted, señor?», le preguntó el criado.

El Mayorazgo, sin oírle, salió de la casa, cruzó la plaza de la Iglesia y se acercó a la muralla. Abajo estaban los montones de gavillas y las parvas en las eras. El Mayorazgo agitó su antorcha por encima de la cabeza y la echó en el aire con violencia.

Al poco rato se levantó de allí abajo una terrible llamarada.

—Ha incendiado usted toda la cosecha de Labraz —dijo Quintín.

—¡Mejor, que se hunda todo!, ¡que arda el pueblo entero!

—Huyamos de aquí —gritó el criado.

—Huye tú si quieres. Yo no.

Una ráfaga de viento avivó el incendio.

—¡Que brame el huracán! —gritó el Mayorazgo con voz de trueno—; ¡que el rayo lo incendie y lo aniquile todo!, ¡los campos y los bosques y las casas!, ¡que todo quede ahogado y exterminado en este pueblo maldito!

Ya la gente se había dado cuenta del incendio. Sonaban las campanas a rebato, se habían abierto las puertas de la ciudad, y hombres y mujeres salían despavoridos de Labraz.

El Mayorazgo cruzó el pueblo, atravesó la puerta de la muralla, y en la oscuridad de la noche se perdió de vista.

LIBRO QUINTO

VOLUNTAD HALLADA

El que se atreve a declararse libre se siente encadenado por todas partes; pero el que tiene el valor de reconocerse encadenado, se siente libre.

GOETHE, *Afinidades electivas*

Meses después, una tarde de invierno triste y gris, hallábanse algunas personas en la tienda de la Goya.

El día estaba oscuro; las nubes pardas que cubrían el cielo se descomponían en una lluvia menuda, mezclada con copos de nieve. No habían encendido aún el quinqué; por la ventana entraba pálida y tenue luz que apenas si era suficiente para hacer destacar las siluetas de las personas allí reunidas. Por el pasillo se veía la claridad ligera que salía de la cocina; llegaba también del interior el ruido de la mano de un almirez en el mortero.

Hablaban, sumidos en la semioscuridad, Bothwell, Perico, el liberal del pueblo y algunos otros. El inglés estaba en el uso de la palabra; contaba historias de algunos animales.

«He conocido —decía— un pobre oso que iba con unos titiriteros ganándose honradamente la vida, bailando al son de la pandereta.

»Un día, en un pueblo de la montaña, sintió pujos de independencia y se echó al monte.

»El pobre animal, al encontrarse en libertad entre la nieve, debió de creerse en el paraíso. Se arrancó el bozal, rompió la cadena y se dedicó a robar las ovejas que se le antojaban más sabrosas. Se acercaba a los rebaños en dos pies, palmoteaba como oso civilizado que era, y se llevaba la oveja que mejor le parecía.

»A veces que la alimentación de carne le hartaba, iba a tomar el postre a las colmenas. Se bañaba previamente en un arroyo, se revolcaba después en el barro para cubrirse de una costra que no pudieran atravesar los agujones de los insectos, cargaba con una colmena y comía la miel en un sitio apacible y tranquilo.

»A pesar de su inteligencia y de que no se metía con nadie, el pobre oso, perseguido y acorralado, fue muerto... Una verdadera desgracia.»

Ninguno de los circunstantes creyó que fuera una verdadera desgracia la muerte del oso, y el inglés comenzó a contar otra historia con tono lúgubre.

«Tenía yo un gato que se llamaba *Francisco* —siguió diciendo Bothwell—, que me quería mucho, pero era escocés, y por esto de un orgullo muy grande. No se dejaba dominar; había pactado tácitamente conmigo: “Yo te mato los ratones y tú me das de comer”. Y *Francisco* cumplía su palabra; pero, como he dicho, era muy orgulloso y despreciaba toda manifestación de afecto o de simpatía. Si le acariciaba, se iba mirándome con verdadero desdén.

»Sólo cuando yo estaba acostado y me suponía dormido se subía a mi cama y me acariciaba con su pata. Luego tuve otro que se llamaba *José...*».

En aquel instante, e interrumpiendo la relación del inglés, entró La Goya preguntando si habían visto a Marina. Un momento antes suponía que estaba con su hermana, pero Blanca se hallaba sola. Marina no estaba en casa.

Cosía por la tarde Marina en su cuarto, cuando al asomarse a la ventana, vio un hombre envuelto en una capa parda que se acercaba a la puerta del soportal de la calle de Jesús. Por su andar vacilante, por su estatura le llamó la atención. Hubiera dicho que era el Mayorazgo disfrazado de mendigo. Siguió Marina cosiendo y oyó que alguien cantaba en voz baja la misma canción con que ella arrullaba a Rosarito.

Bajó Marina al zaguán y vio, apoyado en uno de los pilares del soportal, al mendigo alto y corpulento de la larga capa amarilla.

—¿Eres tú? —preguntó la muchacha.

—Sí, soy yo —contestó el Mayorazgo—. Vengo a buscarte.

—¿A mí? —murmuró estremecida la muchacha.

—A ti, sí. ¿Quieres acompañarme? Estoy abandonado.

—¡Pobre don Juan!

—No; si no sientes más que piedad o compasión por mí, déjame; pero si me quieres algo, ven. Iremos por los caminos. Tú serás mi hija... Rosarito me hubiera acompañado.

Marina contempló absorta al Mayorazgo.

—Espera —le dijo.

Subió a su cuarto, escribió unas cuantas líneas en un papel y bajó al instante.

—Vamos —le dijo al Mayorazgo.

—¿No me preguntas dónde? —preguntó él.

—Donde yayas tú, iré yo.

Los dos bajaron por la calle de Jesús y salieron del pueblo. Seguía cayendo la lluvia menuda, mezclada con nieve.

—¿Qué has hecho en todo este tiempo? —preguntó Marina.

—He vivido —contestó el Mayorazgo.

—¿Nada más?

—¿Te parece poco? Además, he reconstruido mi vida, tengo un plan. En un pueblo, a orillas del Mediterráneo, mi familia poseía una casa y un huerto. Esa casa es aún mía. Iremos allá los dos andando. Allí no hace frío como aquí. Allí dicen que el cielo es azul y el cielo siempre puro. Iremos, ¿verdad?

—Sí, si tú quieres. ¿Qué camino tenemos que tomar?

—¿Qué importa el camino? Además, preguntaremos.

Se echó la noche encima y comenzó a nevar más fuerte. Entraron los dos en una casilla de peón caminero que había a un lado de la carretera. Se sentaron en un banco

y encendió Marina unos cuantos palitroques en un rincón. El Mayorazgo sacó de su morral un trozo de pan y de queso.

—Sécate al fuego, Rosarito —dijo.

—¿Por qué me llamas así? —preguntó Marina.

—Déjame que así te llame, y dime tú, padre, como ella me decía.

Marina no replicó. Las llamas iluminaban las paredes blanqueadas de la borda; el viento frío entraba llevando copos de nieve.

—Ponte en el rincón, Rosarito —dijo el Mayorazgo—. Así no te llegará el frío.

Marina se envolvió en el mantón y se acurrucó allá. Estaban ya medio dormidos cuando les despertó la voz fuerte de un hombre que decía:

—Buenas noches, amigos. Dejadme calentar en vuestro fuego.

El Mayorazgo preguntó en voz baja a Marina:

—¿Quién es?

—Es un pobre.

Era un mendigo joven, tostado por el sol, con grandes guedejas negras que le caían por la espalda. Se sentó al lado del fuego.

—¿Vienes de muy lejos? —le preguntó don Juan.

—Sí, de sitios donde no se habla castellano.

—¿Y hacia dónde vas?

—Hacia el Mediodía.

—¿Vives por allá? —preguntó el Mayorazgo.

—No. Yo vivo por donde paso.

—¿Pero no tienes un pueblo fijo para estar?

—No, ni quiero tampoco.

—¿Por qué?

—Si se puede vivir al aire libre, ¿para qué encerrarse en una de esas madrigueras que se llaman pueblos?

El mendigo sacó un pedazo negro de pan, les ofreció a Marina y al Mayorazgo.

—¿Y cómo puedes vivir siempre así? —preguntó éste.

—Me dan socorros en los pueblos por donde cruzo.

—¿Eres español?

—Sí, creo que sí.

—¿No lo sabes a punto fijo?

—Ni me importa tampoco; para el que no tiene nada, toda la tierra es igual.

—¿Y hace mucho tiempo que vives errante?

—Desde que nací. Mi padre andaba de pueblo en pueblo comerciando con baratijas que llevaba en un carro; yo he suprimido el carro y el comercio.

—¿Pero no echas de menos las casas?

—No; prefiero los matorrales y las cuevas, la hermosa libertad y el campo. A vosotros, los que vivís en las ciudades, la gana de poseer os pierde; queréis tener vuestra casa, vuestra mujer, vuestros hijos; si no tuvierais nada y no desearais nada,

seríais felices.

—¿De manera que te consideras más feliz que éstos que viven en las ciudades?

—Sí; éstos son desdichados que no tienen fuerza para vivir la vida natural.

—Me asombra tu discurso; yo creía que los vagabundos eran casi todos ladrones, más que filósofos.

—Se puede ser las dos cosas al mismo tiempo.

—Es verdad.

—Yo, cuando no tengo que comer, robo. Defiendo mi vida como puedo.

—¿Robas?

—Sí, ¿por qué te asombras? Cojo lo que necesito, algunas veces voy a la cárcel. ¡Psé! Los días que estoy encerrado me hacen encontrar más hermosa la libertad.

—Me admira el oírte.

—¡Claro! Has vivido lleno de preocupaciones, entre gente supersticiosa. Eres esclavo de la sociedad.

—Es cierto.

—Yo no; por no sujetarme no quiero habitar las ciudades, prefiero el campo. En invierno, duermo en las cunetas de la carretera, o debajo de algún puente; en verano, me tiendo en la tierra y fumo mi pipa contemplando las estrellas.

—También tú veo que eres esclavo, esclavo de tu libertad —murmuró el Mayorazgo.

—Es posible —repuso el vagabundo.

—Es seguro.

—Yo no trato de convencerte con mis ideas. Buenas noches. Voy a dormir.

Se envolvió el vagabundo en sus harapos y se tendió en el suelo...

Al día siguiente, al rayar el alba, se levantaron los tres.

—Adiós —dijo el vagabundo—; probablemente no nos volveremos a ver. Si buscáis algo, me alegraré que lo lleguéis a encontrar.

—Adiós y que la suerte te acompañe —contestó el Mayorazgo.

Salieron don Juan y Marina de la borda. Había cesado de nevar; veíanse vagamente campos llanos cubiertos de nieve; en algunos sitios en donde la capa blanca no había cubierto la tierra, ésta se presentaba roja como si fuera de sangre.

Sólo el pobre sabe lo que sufre el pobre; únicamente él, ha aprendido la manera mejor de favorecerle.

LESSING, *Nathan el sabio*.

Habían atravesado durante la primera semana parte de la Rioja, cruzando tierras llanas plantadas de viña y cerros cubiertos de olivares. Era ya al principio de la segunda semana de marcha, cuando abandonaron el camino real para internarse en el monte.

El día se presentaba tarde. Hacía una niebla espesa. Apenas se divisaban los árboles de ambos lados del camino; la yerba hallábase adornada por la escarcha; aparecían de vez en cuando formas confusas de caseríos, que se ocultaban pronto en la niebla.

Veíanse a medida que avanzaban y que la luz pálida del día nublado alumbraba más, robledales que amarilleaban, prados por donde corrían los pastores con amplias capas pardas, marchando tras de las ovejas con los gruesos garrotes enarbolados. Cruzaban el aire bandadas de cuervos y aparecía el sol en el horizonte gris pugnando por brillar como una luna amarillenta y enferma.

El camino terminaba pronto en sendas, y por una de ellas siguieron el Mayorazgo y Marina.

El sol seguía luchando con la niebla, tan pronto vencedor como vencido; aparecía en el cielo pálido, anémico; luego se enrojecía, aumentaba de color y de luz, y se nublaba de nuevo.

Ya estaba al parecer vencido cuando de repente se presentó el cielo azul, muy azul, y la luz se derramó a raudales por toda la tierra.

La mañana quedó espléndida; al traspasar unas lomas, Marina vio enfrente, montañas que brillaban al sol cubiertas por la pureza blanca de la nieve.

En una de las faldas del monte pastaban vacadas y rebaños de cabras. Algunos pastores y vaqueros vestidos, unos con capisayos blancos, otros con dalmáticas pardas, sucios y melenudos, miraban al Mayorazgo y a su compañera con la misma indiferencia que los bueyes, los cuales dejaban de pastar un momento para mirarles con sus grandes ojos tristes.

Un zagal, sentado en una piedra, tocaba en el caramillo una canción primitiva, que rompía con sus notas cándidas el aire silencioso de la mañana.

Pasó junto a los dos caminantes un vaquero corriendo y lanzando grandes piedras con la honda que hacía zumbir por encima de su cabeza.

—¿A do vais? —dijo.

—Queremos atravesar el puerto.

—Mala sazón es —replicó el vaquero.

—Sí, pero tenemos la necesidad —murmuró el Mayorazgo.

—Entonces nada digo. Id por do se ve aquel claro, encontraréis un pueblo que se llama Molinos. Ende os dirán por do debéis ir.

Marina preguntó al vaquero de muy buena gracia si no podría darles algo de comer; y el vaquero les dio una copa de cuerno que llevaba atada al cinto llena de la leche de sus vacas.

Marina y el Mayorazgo siguieron andando, y al mediodía, en que el sol calentaba de veras, se tendieron a dormir.

Al caer de la tarde, por una honda calzada en cuesta, entraron en un pueblo.

A un lado y a otro asomaban las casas con viejos escudos nobiliarios. En el atrio de la iglesia se paseaba un cura con las manos cruzadas sobre la espalda; una vieja negruzca arrollaba el lino hilado en la devanadera.

Preguntó el Mayorazgo por el alcalde a la vieja, y ésta les indicó una casa pequeña, en cuya planta baja había una herrería.

Era un sitio oscuro con dos ventanas; un chico daba con el pie al gran fuelle; un mozo tenía un hierro candente en la fragua, y un hombre robusto, con los brazos desnudos, descansaba apoyado en el astil de un martillo. Aquel hombre era el alcalde. El Mayorazgo le dijo que su hija y él iban de camino y que no tenían dinero para pagar el hospedaje.

—Esperad un momento —contestó el alcalde.

Sacó el mozo el hierro candente de las llamas y lo llevó al yunque. Resonó el ruido del martillo grande del hombre y del martillo chico del mozo como campanas. Una nube de chispas saltó alrededor de los dos hombres.

Después de martilletear largo tiempo sobre el yunque, el mozo cogió el hierro con las tenazas y lo sumergió en un cubo de agua.

El herrero, entonces, se puso la chaqueta, y dirigiéndose al Mayorazgo y a Marina, les dijo:

—Vamos. Os llevaré a la posada.

Atravesaron el pueblo, que era pequeño, muy miserable, con casas de chimeneas cónicas y tejados terreros, y entraron en la venta después de recorrer un largo corredor.

El alcalde recomendó a los dos caminantes a la dueña de la posada. La moza les hizo pasar a una plataforma alta, en donde había mesas de madera y se sentaron allí.

En el centro de la cocina unos cuantos hombres jugaban al guiñote. Entre ellos había algunos con larga melena y tufos por encima de las orejas, vestidos con capas y gorras de pelo; otros llevaban capotes blancos con capucha, y algunos vestían marselleses atados por delante con un cordón, debajo del cual llevaban un pañuelo de vivos colores.

Les sirvió la moza unas sopas llenas de pimentón y un jarro de vino.

—¿Vais a pasar el puerto? —preguntó uno de los hombres.

—Sí.

—Pues *coidad* que debe haber más de media vara de nieve y quedaréis arrecidos en la carrera.

—Sí, encima del puerto hace frío, *dimoiño* —repuso otro.

—Y además hay lobos —añadió un tercero.

—¿Pero no atacarán a las personas? —preguntó Marina.

—¿No? ¿Qué queréis que vos diga? En lo que llevamos de mes, han finado con treinta ovejas y dos o tres vacas.

—¿También se atreven con las vacas? —preguntó don Juan.

—Ya lo creo. Hará unos días que mataron una del Prioste, el pastor; apenas si dejaron los huesos.

—Pues eso no es todo —dijo otro—. Hay otra cosa peor, que Melitón el leñador anda por la montaña.

—¿Otra vez? —preguntaron todos alarmados.

—Eso me han dicho; hace una semana entró en el poblado de Quintanarejo y se llevó lo que había.

Comenzaron todos los hombres a hablar de Melitón. Había logrado infundir un terror tal en los corazones, que apenas se atrevían a decir nada malo de él.

Por la conversación pudieron sacar en limpio el Mayorazgo y Marina que el tal leñador era un redomado bandolero.

Había cometido varias muertes, robado en diferentes puntos, y violado a varias campesinas y pastoras.

«—Una vez estuvo a punto de ser cogido en un pueblo cerca de Ágreda —dijo un arriero joven—. Había sacado dinero a todos los ricos del pueblo, y una noche se presentó en la casa rectoral armado de un trabuco.

»—Aquí vengo —le dijo al cura— a que me dé usted tres onzas. Yo soy Melitón.

»—¡Hombre!, ¿eres tú? —le preguntó el cura—, entra en casa.

»Le hizo pasar y que se sentase a la mesa.

»—¿Quieres cenar?

»—No; lo que quiero son las tres onzas.

»El cura se puso a pasear tranquilamente por el cuarto.

»—¿Conque no quieres cenar conmigo?

»—No señor, lo que quiero es el dinero.

»—Está bien, ahora te lo voy a dar; —y el cura se echó sobre Melitón, le sacó el trabuco de las manos, y apuntándole con él, le gritó—: Ahí tienes el dinero, cobra — y disparó.

»Al ruido del tiro se acercaron algunos del pueblo a la casa rectoral. El bandido echó a correr; y como el cura decía: “¡Perseguidle, que es Melitón!”, salieron tras él unos cuantos pero no le pudieron alcanzar. Al día siguiente había sangre en la escalera de la casa rectoral.»

—Templado debe ser ese cura.

—Como que estuvo en la guerra, y dice que mejor andaría por los montes con un trabuco que cantando misa.

Siguieron todos los hombres hablando de Melitón y de sus hazañas; unos le defendían y le consideraban como un alma de Dios; otros pedían en su fuero interno todas las desgracias sobre la cabeza del bandido.

Oían el Mayorazgo y Marina la conversación, cuando un gato muy chiquito saltó a la falda de la muchacha. Le faltaba al animal una oreja y la cola.

—Pobrecito —dijo la muchacha pasándole la mano por el lomo—. ¿Qué le ha sucedido para estar así?

—Un maranchonero —contestó la moza— que se entretuvo en calentar las tenazas y quemarle.

Golpeó la mesa con el puño el Mayorazgo irritado.

—¿Qué le pasa? —preguntó uno de los hombres en el colmo del asombro.

—Nada.

Después de calentarse al fuego, el Mayorazgo y Marina, alumbrados por el candil de la moza, se fueron a tender al pajar.

Uno que dormía también allá se despertó y se puso a hablar con ellos. Era un arriero, un muchacho joven que tenía un mulo o iba vendiendo ciruelas, pasas y orejones por los pueblos; recorría las tierras de Burgos y de Soria, dos tierras bastante pobres según decía. Se levantaba siempre al amanecer y empezaba su tarea. Cuando concluía la venta de sus ciruelas y orejones, se volvía a su pueblo a trabajar al campo.

Mientras hablaban se llevaron el candil, y con el acompañamiento del sonar de los cencerros de las vacas, quedaron dormidos.

III

El hombre en su verdadero estado no es más que un animal miserable de dos pies, desnudo como tú.

SHAKESPEARE, *El rey Lear*

La claridad fría, mate, de una mañana gris alumbraba la aldea cuando salieron de la posada.

El Mayorazgo quiso antes de salir saludar al alcalde y darle las gracias. El herrero estaba ya levantado, ofreció a don Juan una copa de aguardiente, y hablaron un rato.

—Ahora, cuando se aclare un poco, enseñaré a la muchacha el camino.

El sol no había comenzado a brillar en los montes; densas capas de niebla cubrían la aldea. Sonó la oración, comenzaron a abrirse las puertas de las casas, los labriegos engancharon los bueyes y por las cuestas del pueblo bajaron las carretas chirriando.

Los gallos cacareaban, los herreros comenzaron los tres su trabajo, y se oyó el ruido rítmico de los martillos en el yunque.

Cuando clareó un poco, el herrero, señalando una montaña blanca de nieve, le dijo a Marina:

—¿Ves aquel monte?

—Sí.

—Pues allí debéis de ir, mirándole siempre.

Luego el alcalde le dio a la muchacha un trozo grande de pan, y después de desear un buen viaje, se dedicó a su faena.

Salieron el Mayorazgo y Marina del pueblo, atravesaron una dehesa blanqueada por la nieve, cruzada por negruzcos senderos, pasaron por encima de un arroyo que inundaba un camino, y por una hondonada fueron penetrando en una estrecha garganta.

El cielo estaba plumizo, bajo. El río verde pasaba deslizándose sobre las peñas cubiertas de musgo, se remansaba a trechos, se encajonaba al reunirse las orillas. Se veía en dos o tres sitios, abajo en la misma ribera alguna serrería sostenida sobre hileras de estacas como las antiguas habitaciones lacustres, y en el agua tranquila y negruzca que ocultaba bajo su tersa superficie el fondo del cauce, se reflejaban el tejado rojo de las serrerías y las imágenes invertidas de los altos pinos de las orillas.

Avanzó el día; el sol brilló arriba en las cumbres pobladas de pinares iluminándolos con tonos anaranjados y rojizos.

A las dos o tres horas el Mayorazgo y Marina salieron de la estrecha garganta, en cuyo fonda pasaba el río, y comenzaron a subir el monte en línea recta. Árboles arrancados de sus raíces, descarnados y secos, llenos de brazos, como pulpos blancos, parecían intentar subir por la falda del monte, en la cual nacía una vegetación pobre

de aliagas y de matorrales ya secos.

Luego comenzaron a aparecer manchones de nieve endurecida por las grandes heladas, después extensiones blancas sólo interrumpidas por los manchones oscuros de los pinares.

En medio de un bosquecillo de pinos, el Mayorazgo y Marina encendieron una hoguera, descansaron y comieron un poco de pan.

—¡Qué cansada estoy! —murmuró Marina—; pero nunca he estado tan bien.

—La felicidad no se encuentra más que en las altas cimas —repuso el Mayorazgo.

Luego que pasaron un rato, don Juan se levantó.

—Vamos —dijo—; no te vayas a entumecer.

Pasaron un primer alto y apareció otro llano.

Ya la sábana blanca se extendía inmaculada, ondulante... El sol brilló un momento muy pálido.

Se iban hundiendo hasta media pierna. Estaban cansados, sudorosos; las sienes les latían con violencia.

La claridad de la nieve ofuscaba, tenía una reverberación tan intensa, que al mirar al cielo gris pálido parecía negruzco.

Comenzó a oscurecer; nubes blancas pasaron rasando el suelo como espirales. Hacia levante, el cielo tenía los colores cobrizos de la tempestad.

Se veían montes blancos apoyados unos en otros que parecían grandes fantasmas en eterno conciliábulo. A trechos se abrían abismos profundos, enormes barrancos en cuyo fondo estaba todo desgajado y roto, con pedruscos y rocas que alguien parecía haberse entretenido en triturar.

Marina pensó si se habrían perdido, pero no dijo una palabra; siguió andando al lado del Mayorazgo, muerta de cansancio...

Terminaba el día; el viento brotaba tan pronto de una parte como de la contraria; unas veces les azotaba la cara lleno de nieve, otras les empujaba por la espalda.

—Estoy rendida —murmuró Marina—; no puedo más.

—Ven, yo te llevaré en brazos —dijo el Mayorazgo—. Tú me guiarás.

Tomó don Juan a Marina en sus brazos y siguió andando, con seguridad, sin vacilación ni cansancio. Marina, acurrucada como un niño, con la cabeza apoyada en el hombro del Mayorazgo, miraba el paisaje iluminado por la vaga luz de la luna que brillaba entre una gasa azul que dejaba todo incierto en una penumbra extraña, en un resplandor que parecía de sueño.

Y así pasaron una hora y otra sobre la terrible desolación de la nieve. De vez en cuando el Mayorazgo se detenía, respiraba varias veces hondamente, y seguía andando.

De pronto Marina vio una columna de humo pálido que salía de algo que parecía una choza.

—Allá hay humo —dijo, y saltó de los brazos del Mayorazgo.

—Por aquí, por aquí —añadió guiando a don Juan.

Era efectivamente una choza pequeña; llamaron, y como la puerta no estaba más que entornada, pasaron adentro, siguieron un corto pasillo y se encontraron un hueco, de unas tres varas en cuadro, en donde estaban acurrucados junto al fuego un viejo con el cabello como la nieve y la barba hirsuta, envuelto en un capote blanco, y un niño de doce a catorce años vestido de pieles.

—Buenas noches nos dé Dios —dijo el Mayorazgo—. Hemos perdido el camino.

—Pasad, buena gente, y calentaos —contestó el viejo.

Se sentaron Marina y el Mayorazgo sobre montones de ramas, al lado del fuego.

—Mal camino traéis —agregó el viejo— si venís de alueña.

—Pues de lejos venimos —contestó el Mayorazgo.

—¿Sois ciego?

—Sí.

—Es grande desgracia. ¿No habréis comido?

—No.

—Anda, zagal —dijo el viejo—; trae el jarro que está en la ventana.

El zagal abrió la ventana y sacó una jarra llena de leche.

—Está helada —dijo. Puso la jarra al lado del fuego y esperó a que se liquidara. Después el muchacho trajo un puñado de castañas, y Marina y él se pusieron a asarlas en el rescoldo de la lumbre.

—¿Es vuestra hija esta muchacha? —preguntó el viejo.

—Sí.

—Es muy alta. Vos sois joven todavía. ¿Cómo os llamáis?

—Juan.

—Yo me llamo Lope y soy guardador de ganados.

—¿Hay muchos lobos por aquí? —preguntó el Mayorazgo.

—Muchos hay. ¿No visteis a la puerta del chozo un pino con tableros entre sus ramas más gruesas?

—No.

—Pues lo hay. En esos tableros dejan el hato y la comida los pastores para resguardarlos del hambre de los lobos.

—¿Pero tantos andan?...

—Sí andan... Muchos.

Devoraron el Mayorazgo y Marina las castañas, bebieron la leche caliente y se dispusieron a dormir.

No había pasado una hora cuando el Mayorazgo se despertó con sobresalto y oyó el ruido de una puerta; Marina se despertó también. Se presentó en la choza un hombre joven, fuerte, de aspecto feroz, con las guedejas largas, la barba enmarañada, los ojos bajos. Vestía un abrigo de tela parda en forma de dalmática, llevaba pieles de carnero atadas a las piernas y abarcas. Un hacha de leñador colgaba de su cinto.

—¡Aho! ¡Aho! —gritó.

—He miedo —exclamó el zagal.

—¿Eres tú, Melitón? —dijo el anciano Lope temblando.

—Sí, yo soy. Véngovos a ver, Lope. No os asustéis. ¿Estás *tremando* garzón? —exclamó el hombre dirigiéndose al zagal—. Desde lejos vi que teníades visitas; ¿qué hablábades ha poco?

—Hablábamos de los lobos —murmuró Lope tartamudeando— que matan mucho ganado.

—Hacen bien. Todos los animales hacen lo mismo.

—Sí, es verdad.

—Todos matan. Y si no ¿cómo se iba a *vevir*? —exclamó el leñador ceñudo, bruscamente—. Muchas veces oí decir que otro mundo hay, en donde todo el mundo vive queriéndose y sin hacerse daño. No lo creo, ni lo creeré nunca.

—¿Por qué? —preguntó don Juan.

—Porque no. Si yo no matara ovejas, ¿de qué *veviría*? Si el leñador no matara el árbol, ¿quién quemaría leña en el pueblo? Si no matara bestias el cazador, ¿quién comería carne? Los osos y los lobos, las zorras y los pájaros, los hombres y las comadreja, todos matan y hacen daño; es su regla.

—Pero puede haber una regla superior a ésta —replicó el Mayorazgo.

El leñador no contestó, miró al ciego atentamente y después a Marina.

—¿Quién es esta mujer? —preguntó.

—Es la hija de este buen hombre —contestó Lope.

—Es hermosa. Yen aquí, *mochacha*.

—¿Qué la quieres? —preguntó el Mayorazgo.

—A ti nada te digo —replicó el leñador—. Ven aquí, *mochacha*.

—No irá —contestó don Juan.

—Soy Melitón el leñador, el que ha hecho finar más cristianos que ovejas un lobo.

—¿Y qué?

—Soy el que roba y mata; de mí todo el mundo habla con pavor. Dame esa *mochacha*.

—Ven por ella.

Melitón se acercó, el Mayorazgo le cogió con la mano izquierda por el brazo y con la derecha le descargó tan terrible golpe, que el leñador cayó al suelo bramando de coraje. Levantóse, y sacó del cinto el hacha y blandiéndola se fue hacia el Mayorazgo. Se interpuso Marina y le hizo errar el golpe, volvió a levantar el brazo, pero el Mayorazgo tuvo la suerte de agarrarle por el cuello y tumbarle.

Cayeron los dos a tierra, Melitón debajo, el Mayorazgo arriba, y se entabló una lucha terrible. Crujían las espaldas por los esfuerzos; el Mayorazgo sujetaba al bandido brutalmente; Melitón bramaba frenético, arañaba, llegó a morder a su contrario una mano. Entonces don Juan le golpeó y le zarandeó tan bárbaramente, que Melitón pidió

a gritos que le dejara ya. El Mayorazgo le dejó levantarse, y el bandido, magullado y maltrecho, salió vacilando de la choza.

Lope atrancó la puerta y volvió a contemplar con admiración profunda al Mayorazgo.

—¿Te ha herido en la mano? —le preguntó Marina.

—No es nada. Una mordedura. Ahora duerme, chiquita. No hay cuidado, no volverá...

Y a pesar de la inquietud que había producido la lucha, al poco rato, rendidos por el cansancio, todos dormían en la choza.

A la mañana siguiente se despertaron Marina y el Mayorazgo.

Había salido el sol, no se podían mirar aquellas anchas extensiones de nieve sin quedar turbado por la luz. Acompañó Lope a los caminantes hasta el final de la meseta, desde donde se veía un anchísimo barranco, con dos lagunas en medio.

—Bajad por ahí —les dijo— y en dos horas encontráis el primer poblado. ¡Ah! No paséis junto a esa laguna Negra.

—¿Por qué no?

—Podíais finar allá.

—¿Pero por qué?

—Porque es una laguna donde hay una mujer que vive en el fondo y que mata al que se le acerca. Todo el que se mira en esa agua, muere.

—Está bien, no nos acercaremos —repuso el Mayorazgo—. Adiós, y gracias, señor Lope.

—Adiós, y buena suerte.

Comenzaron Marina y el Mayorazgo a bajar al gran barranco cubierto de nieve. De las dos lagunas una estaba completamente helada; la otra era negra como una mancha de tinta, y se comprendía su fama de misteriosa, parecía el ojo redondo de un monstruo. Se veía desde lo alto en el interior de un embudo que quizás fuera en otro tiempo el antiguo cráter de un volcán.

—Vamos a la laguna Negra —dijo el Mayorazgo a Marina.

—¿Para qué?

—Vamos.

Atravesaron la laguna que estaba helada y se acercaron a la otra. Marina dijo que el agua era muy profunda y muy clara. Llegaron hasta la orilla misma.

—¿Se reflejan nuestros cuerpos? —preguntó el Mayorazgo.

—Sí.

—Y no nos pasa nada. Ya ves, todo lo maravilloso es mentira. Sigamos.

Dejaron atrás las lagunas, subieron la otra vertiente del barranco y cruzaron algunas lomas nevadas.

Pronto la nieve dejó de presentarse continua y compacta. Luego comenzaron a

aparecer los pinos aislados y después los pinares extensos, negros y tristes.

Al caer de la tarde se encontraron con un camino de herradura que pasaba por el raso de un pinar donde había una choza de pastor abandonada. Hicieron allí alto, Marina apiló leñas secas y encendió una hoguera que en el aire limpio parecía una llama religiosa dedicada a algún dios.

Se tendieron en el suelo. Marina contemplaba absorta el paisaje, los pinares que se extendían a sus pies como abismos de negrura, los descampados llenos de matorrales de brezo y de retama, y los montes lejanos por los cuales corrían pinceladas de violeta.

Al hacerse de noche durmieron los dos acurrucados en la choza.

Escribimos estas líneas a gran distancia del lugar dichoso, en donde durante largos años nos hemos encontrado la víspera de Navidad en un alegre círculo de amigos. La mayoría de los corazones que palpitaban entonces a nuestro lado dejaron de latir; las manos que gustábamos estrechar están descarnadas; las pupilas que buscábamos han perdido su brillo, y sin embargo, el recuerdo de la vieja mansión, de la gran sala; las bromas, las risas, las voces alegres, los rostros sonrientes, todo, hasta las circunstancias más frívolas de estas reuniones felices, se presentan en tropel en nuestro espíritu cuando vuelve esta fiesta.

DICKENS, *Pickwick*

El día siguiente amaneció nevando; el Mayorazgo y Marina siguieron el camino que pasaba por cerca de la choza, y a las dos horas se encontraron de improviso con un poblado de diez o doce caseríos reunidos que formaban una plaza en medio.

En la casa que parecía la principal estaban dos hombres en la puerta, y allí preguntó el Mayorazgo si les podrían dar por caridad, hospedaje.

Uno de los hombres le dijo que pasara a la cocina, y Marina y él entraron dentro y se sentaron al lado del hogar en donde ardían dos grandes troncos de encina sostenidos por un extremo por unos banquillos.

Había muchas personas en la cocina, y por ellas supo el Mayorazgo que aquella casa era la del ganadero más rico del lugar, hombre joven, casado hacía un año, y cuya mujer estaba en vísperas de dar a luz.

Asistía a la mujer su suegra, que era experimentada en estas cosas; pero el marido había llamado al médico del pueblo vecino y se esperaba su llegada con impaciencia.

La madre de la mujer, sin valor para asistir a su hija, esperaba impaciente; la cuñada del amo, sentada en el fogón, cuidaba de las ollas y andaba de un lado a otro siempre en movimiento.

Al mediodía comieron todos y se siguió hablando. En el cuarto de al lado, que era donde estaba el matrimonio, se oían los lamentos de la mujer y las exhortaciones de su suegra y del marido para que tuviese calma.

Poco después de comer llegó el médico a caballo, entró en la cocina con el capote y la montera llenos de nieve. Se sacudió el abrigo al entrar, se deslió la bufanda y se acercó al fuego a calentarse las manos.

—Señor médico —dijo el marido—. Venga usted pronto.

—No hay prisa —murmuró el médico con calma.

Era éste un viejo chiquito, vigoroso y robusto; tenía la cara, las orejas y el cuello rojo, de color de cobre, el bigote blanco y fuerte.

Después de calentarse entró frotándose las manos en el cuarto, y poco después salió seguido del marido, que daba muestras del mayor azoramiento.

—¿Pero cree usted, señor médico?...

—Sí, hombre, va bien. No tengas cuidado —y se puso a dar zancadas en la cocina, silbando tonadillas de sus buenos tiempos de estudiante—. El ciudadano se hará esperar —añadió sentándose junto al fuego.

Mugían los bueyes en el establo, ladraban los perros de las casas cercanas, el aire silbaba en la chimenea. De vez en cuando se oía el sonar de las esquilas de un rebaño que un pastor llevaba a guardar al pueblo.

—¡Vaya un tiempo —murmuró el médico— para andar por esos caminos!

—¡Ja..., ja...! —contestó el abuelo— y que vos no podéis decir que no, señor médico.

—Mientras las mujeres tengan estas bromas —replicó el doctor con desenfado.

Rieron todos la gracia; el médico contempló al Mayorazgo y a Marina.

—¿Qué? ¿Vienen ustedes de muy lejos? —les preguntó.

—De allá, de la parte de Navarra.

—¿Andando?

—Sí, andando.

—Mal tiempo hace para eso.

—Cuando la necesidad obliga...

—Es verdad.

El médico volvió a mirar atentamente al Mayorazgo y a Marina.

—¿Ahora quedará la nieve hasta la primavera? —preguntó la muchacha.

—Hasta Abril o Mayo, en que empiecen los campos a morir —contestó el abuelo.

El médico se levantó al oír un grito y dijo:

—Esto ya es otra cosa —y entró en el cuarto.

Luego se oyeron ayes, gritos de dolor desesperados; Marina escuchaba llena de curiosidad; después se oyó un grito más fuerte y un chillido agudo.

Se abrió la puerta y apareció la suegra con una cesta redonda y plana, y en medio, entre mantas, el recién nacido. Lo llevó cerca del fuego y se puso a vestirle. Era un niño.

El abuelo, la madre y los pastores que había se acercaron a mirarle.

—¡Jo!... ¡y que grandullón es el bellaco! —dijo uno.

—Parece un becerro.

Hicieron todos un sin fin de comentarios, y cuando vino el médico, preguntó:

—¿Dónde está ese ciudadano?

—Aquí.

—A ver. Es fuerte; será un chicarrón como su padre.

—¿Es guapo? —preguntó el Mayorazgo.

—Sí, muy hermoso.

—¡Pobrecillo! —murmuró don Juan en voz baja— ¡qué mal regalo te han hecho

con la vida!

—¿Tan mal le ha ido a usted por la vida, compadre? —preguntó irónicamente el médico.

—Sí, señor; bastante mal.

—Pues ¿qué le ha pasado a usted?

—Es doloroso para mí contarlo.

—¿Desgracias?...

—Sí, desgracias grandes.

El médico volvió a observar al Mayorazgo con atención; luego se despidió de todos, y con la promesa de volver al día siguiente sin falta, se puso su capote, se envolvió la bufanda, montó a caballo y se alejó al momento. Seguía nevando; danzaban los copos de nieve en el aire.

De noche se encendió el candil, brillaban los aros bruñidos de las herradas a la claridad de las llamas.

Después de cenar, los pastores se marcharon unos a sus casas; otros, que eran criados del ganadero, trajeron unos sacos de paja, y ellos y Marina y el Mayorazgo se tendieron con los pies hacia la lumbre. El día siguiente, que era de Nochebuena, se bautizaría al recién nacido.

Como en la casa no había pescado para comer de vigilia, se dispuso que la cena comenzara a las doce de la noche.

A media tarde comenzaron los preparativos, que fueron espléndidos.

En el fogón de la chimenea en donde ardía el tronco más grueso de la leñera, había grandes ollas, una caldera y dos corderos clavados en largos asadores sostenidos por trípodes de hierro.

Marina, como hija de una posadera, sabía hacer platos de leche y se encargó de los postres, y en una mesa pequeña amasaba rosquillas y batía huevos en grandes calderas.

A su alrededor una nube de chiquillos contemplaba sus maniobras con la esperanza todos de que les dieran luego el caldero del arroz con leche o el de las natillas para rebañarlos.

La abuela del niño recién nacido coció en el horno las rosquillas redondas y alargadas hechas por Marina, a las cuales espolvorearon luego con pimienta, azúcar y anís.

Mientras Marina y la cuñada del dueño trabajaban en la cocina, entre aquel enjambre de chiquillos, iban llegando los pastores del monte, encerraban sus rebaños en el aprisco y se ponían al lado del fuego.

Ya entrada la noche se puso la mesa en medio de la cocina, y cuando sonaron las doce se sentaron todos. El abuelo se sentó en la cabecera, el Mayorazgo a su derecha y el dueño, de la casa a la izquierda.

Marina y la cuñada del amo sirvieron la comida. Primero se trajeron dos sopas, una de pan y otra de fideos, el mayor lujo de la aldea.

El abuelo bendijo la mesa y se pusieron todos a comer.

Tras de la sopa se fueron sucediendo las viandas, buenas presas de carne, corderos y después los platos de postre.

Dejaron entonces todos la mesa y se pusieron alrededor de la gran chimenea; el abuelo echó dos brazados de ramaje seco que hicieron una gran llamarada. Algunas ramas huecas chasqueaban y estallaban con estruendo.

Uno de los cabreros, haciendo sonar una pandereta, se puso a cantar villancicos, monótonos; dos pastores vascongados, padre e hijo, entonaron las canciones de su país, unas canturías largas y tristes.

Propuso el abuelo que se entretuvieran con juegos de adivinanzas; pero como todos los de la aldea sabían las mismas, no tenía para ellos interés grande, y de común acuerdo se decidió proponer la adivinanza a Marina y al Mayorazgo, que eran los únicos que no las conocían.

—A ver esta adivinanza si la acertáis —dijo el abuelo, dirigiéndose a don Juan:

*Trabajo mucho subiendo y bajando
y por premio siempre me dejan colgado.
Cuando empiezo mi faena desnudo estoy,
y a medida que trabajo vistiéndome voy;
hago la cuerda con la que me han de ahorcar
y colgando y dando vueltas engordo más.*

Miraron todos al Mayorazgo con interés.

—No lo *adevina*, no lo *adevina* —dijeron los cabreros.

—Quizás sea el huso —repuso el Mayorazgo.

—Pues sí, pues sí que lo ha *adevinado*.

—A ver si acierta éste —dijo uno de los cabreros:

*Una casuca
de buen parecer
nin los carpinteros
la saben facer;
solamente Dios
con su gran poder.*

—¿Será la nuez? —preguntó el Mayorazgo.

Asombráronse todos de la inteligencia del Mayorazgo, y uno de los cabreros vizcaínos propuso otra adivinanza, que fue traduciendo del vascuence:

*Cuatro que aplastan la tierra,
que llenaron cuatro jarras,
dos puntas altas,*

dos ventanas y un hisopo.

—La vaca.

—¡Ah, el *adivinador*!

—¿Por qué no nos cuenta ahora algún cuento? —preguntó el abuelo.

Arguyó el Mayorazgo que no recordaba ninguno, pero a todos los cabreros les pareció esto imposible. Don Juan registró en la memoria y recordó que su abuela solía contarles un cuento de un gigante, y aunque no lo recordaba bien comenzó a contarle.

—Había —dijo— un hombre extraordinario que se llamaba Barriga-grande. Era alto como una montaña y tan grueso que cada dedo suyo era mayor que la encina más grande del monte.

—*Dimoño* ¡y qué grandullón debía de ser el bellaco!

—Al nacer sus padres, llevaron una vaca al niño para que bebiera la leche, pero Barriga-grande se echó sobre ella y se la tragó de un bocado.

»Entonces los padres, viendo la voracidad de su hijo, determinaron abandonarlo en el monte; reunieron todos los bueyes que había en el pueblo y arrastraron a Barriga-grande a un monte muy apartado en donde lo dejaron.»

Acordóse al llegar aquí el Mayorazgo que podía adornar a su héroe con todas las hazañas de Hércules y fue describiendo éstas una por una. La lucha con la hidra de Lerma y con el Minotauro produjo un gran entusiasmo en los oyentes; pero no lo produjo menos la inteligencia del héroe al limpiar los establos de Augeas variando el curso del río Alfeo. Después de los doce trabajos siguió con el cuento vulgar de su nodriza.

—Marchaba Barriga-grande a la corte de un gran rey, cuando se encontró en el camino con una zorra que le dijo: «Barriga-grande, ¿a dónde vas?». «A la corte». «¿Quieres llevarme contigo?». «Bueno». Se acercó la zorra y Barriga-grande se la tragó.

»Siguió tranquilamente su camino, ¡ale, ale!, y al poco rato se encuentra con un toro y le dice como la zorra: “Barriga-grande, ¿a dónde vas?”. “Pues a la corte”. “Si quisieras llevarme contigo”. “No hay inconveniente”, y se tragó el toro como se había tragado la zorra.

»No tardó mucho tiempo en ver a un arriero que iba con una recua de doce mulas al pueblo. Al ver a Barriga-grande le preguntó como la zorra y el toro: “Barriga-grande, ¿a dónde vas?”. “A la corte”. “¡Caramba, qué a gusto iría contigo!”. “Ven, si quieres te llevaré”; y abrió la boca y fueron pasando adentro las doce mulas y el arriero.

»Barriga-grande había tragado tanto que tenía sed, y al pasar junto un río se arrodilló en la tierra se agachó y se tragó el río. Así repleto llegó a la corte y pidió permiso para ver al rey; le hicieron pasar a un jardín y cuando se encontró los corrales, dijo: “Salte, zorra”. Salió la zorra, y a esta quiero y a ésta no quiero, destrozó todas las gallinas de un corral. Pasó Barriga-grande a un salón lleno de arcas

con onzas de oro y de éste a otro, y al llegar a las despensas, dijo: “Salte, arriero”. Apareció el arriero con sus doce mulas, y las cargó de chorizos, jamones, cecinas, y se fue.

»En esto llegaron los criados del palacio, notaron la falta de las provisiones en la despensa y dijeron: “Barriga-grande las ha comido”.

»Entonces el rey, en castigo, mandó que lo fusilaran, y como el gigante era tan alto, de miedo de que no le mataran, ordenó que fueran todos sus soldados.

»Llevaron a Barriga-grande a la plaza del pueblo y los soldados apuntaron: A la una, a las dos... Y ya iban a decir a las tres, cuando Barriga grande dijo: “Salte, toro”. Salió el toro y cogió a un soldado y lo echó al aire, y luego al otro, y al otro, y no dejó ni uno.

»Entonces el rey, viendo que era un hombre tan extraordinario, dijo: “Nada; lo que hay que hacer es un monte de leña, echarle encima a Barriga-grande, amarrarle bien y pegar fuego después y hacer una gran hoguera”.

—*Agora sí que yan no i remedio nengun para el coitado* —gritó uno de los cabreros.

—¡Sandio! ¿Y por qué no?

—*Cualque* cosa nueva pensaría, todos éstos son brujos y tienen hechicerías para salir de malos pasos.

—Lo echaron encima de la leña, le sujetaron manos y piernas, le ataron y le prendieron fuego a la leña. Se encendió una gran hoguera. La gente decía: «Ahora, ahora ya se quema», cuando Barriga-grande gritó: «Salte, río». Y salió el río y apagó todo el fuego.

»Entonces el rey, viendo que era un hombre tan extraordinario, le dio todo el oro que quiso para que fuese a su tierra. Allí Barriga-grande se casó con una gigantea y fue muy feliz. Y colorín *colorao*... este cuento se ha *acabao*.

El final del cuento fue acogido con una gran algazara.

—Siga, siga la trulla —decía el abuelo.

Y ya era cerca del amanecer cuando se acostaron.

EPÍLOGO

Esto en nada se parece a una boda.

SHAKESPEARE, *Mucho ruido para nada*

Y pasaron muchos días andando, andando, recorriendo pueblos y atravesaron casi todo Aragón y entraron en el Maestrazgo.

Una tarde al anochecer, al subir a una cumbre, Marina vio a lo lejos la costa y la mancha azul del Mediterráneo que se confundía con el horizonte.

El cielo tomó después tonos de un rojo pálido, los montes oscuros se embozaron en la niebla de la noche, y la mancha azul del mar se confundió con el cielo.

Aquella tierra entrevista un momento, era la tierra del sol, la tierra prometida, a donde iban marchando desde hacía tanto tiempo.

Soñando con ella durmieron los dos al pie de un árbol...

A la mañana siguiente, por un camino a cuyos lados crecían las zarzas y los cardos, bajaron a un valle cubierto de árboles y cruzado por un arroyo. Aquel bosque parecía desde lejos una niebla parda sostenida por negras columnas.

Los árboles estaban todavía sin hojas, pero en algunos brotaban ya los retoños; la yedra verde envolvía los rugosos troncos; brillaban en las cortezas los musgos amarillos y blancos.

Entró en el bosque un rayo de sol; los pájaros salieron en bandadas; por entre los matorrales de brezo cantó la malviz, silbó el tordo y el sol fue levantando su cabeza radiante sobre las cimas de los montes nevados.

El cielo quedó azul, puro y espléndido; en las faldas de los montes alguna flor de oro brilló entre los matorrales de retama.

El arroyo, crecido por el deshielo de la nieve, corría por entre juncos verdes. El aire estaba tibio, lleno de olor de tierra; la hierba llena de los botones blancos y amarillos de las margaritas. Alguna mariposa brillante temblaba sobre las hierbas; los pájaros y los grandes moscones cruzaban rápidamente el aire azul...

El Mayorazgo estaba triste; Marina también se encontraba preocupada. Aquel despertar de la naturaleza, aquella ráfaga de vida que se sentía en el aire, les había infundido a los dos una extraña laxitud.

—¿Descansaremos aquí? —preguntó Marina.

—Como quieras, Rosarito.

Se tendieron en el suelo. De repente Marina, incorporándose, murmuró con energía:

—Yo no soy Rosarito; ya no soy una niña.

El Mayorazgo ahogó un suspiro de deseo.

—Sí, es verdad —murmuró tristemente.

—¿Qué tienes? —preguntó ella.

—Que te quiero y no debo quererte, porque soy un desgraciado, un monstruo.

—No —exclamó Marina—. Yo también te quiero.

—¿Y querrás ser mía?

—Eres mi señor, eres mi amo —murmuró Marina...

Y el ciego y la niña se fundieron los dos en un largo beso.

Madrid, 28 de diciembre de 1902.



PÍO BAROJA fue uno de los grandes exponentes de la llamada *Generación del 98*, conocido por su producción novelística, entre la que destacan títulos como *Memorias de un hombre de acción* (1935) y *Zalacaín el aventurero* (1908), que fue llevada al cine en dos ocasiones.

Nacido en San Sebastián, Baroja estudió medicina en Madrid y, tras un corto periodo como médico rural, volvió a la capital iniciando sus colaboraciones periodísticas en diarios y revistas como *Germinal*, *Revista Nueva* o *Arte Joven*, entre otras.

La postura política de Baroja fue evolucionando de una izquierda militante a un escepticismo que no le libró de problemas con la censura franquista al reflejar la Guerra Civil en *Miserias de la guerra* y *A la desbandada*, esta última todavía sin publicar.

La obra de Baroja combina tanto novela como ensayo y memorias. *Memorias de un hombre de acción* apareció en forma de 22 volúmenes entre 1913 y 1935. Además, Baroja agrupó su obra en varias trilogías, como *Tierra vasca*, *La vida fantástica* o *La lucha por la vida*.

Baroja fue un novelista influyente y entre sus admiradores se cuentan autores nacionales, como Camilo José Cela, e internacionales, como lo fueron Ernest Hemingway o John Dos Passos.

Debido a su postura política y opciones personales, como su reconocido ateísmo, Baroja no disfrutó de demasiados reconocimientos en vida, aunque fue miembro de la

Real Academia de la Lengua desde 1935.